Jacobo García







Años luz

Dos décadas de una crónica latinoamericana

Premio Anagrama de Crónica /
Fundación Giangiacomo Feltrinelli

ANAGRAMA
CRÓNICAS

Índice

Portada
1. Todo empezó en una pista de baile
2. Un gol para un golpe de estado
3. Un volcán solo para pobres
4. Hatajo de mitoteras
5. La primera bofetada
6. La muerte baila con Chavela y con María Sabina
Agradecimientos
Notas
Créditos

El día 18 de junio de 2026, el jurado compuesto por Martín Caparrós, Carlo Feltrinelli, Leila Guerriero, Juan Villoro y la editora Silvia Sesé concedió el 7.º Premio Anagrama de Crónica / Fundación Giangiacomo Feltrinelli a *Años luz* de Jacobo García.

A Livia, a Miguel Ángel y a David, mis amores

1. TODO EMPEZÓ EN UNA PISTA DE BAILE

Este es un libro sobre América Latina que comienza en Ucrania.

Son las tres de la madrugada y, como dice la canción de los Burning, doy vueltas en mi cama. Estoy en la ciudad de Kramatorsk, en el frente del este de Ucrania, enviado por el periódico *El País* para cubrir la guerra. Es junio de 2022 y no hay gas. La luz viene y va, y cada pocos minutos oigo caer las bombas sobre lejanos campos de girasoles. Solo había tenido una sensación parecida en Afganistán, cuando la Alianza del Norte resistía el ataque talibán y los hombres de Ahmad Masud lanzaban de forma esporádica proyectiles, más que para atacar, para recordar que había alguien al otro lado de las colinas. Pero en Ucrania esto es algo continuo, frecuente. Por la mañana, por la tarde o por la noche. Un sonido integrado a cualquier actividad diaria.

La mayoría de los proyectiles cae en el campo y en zonas despobladas, y suenan lejos como un ruido ajeno, parecido a un trueno, pero en otras ocasiones lo hacen cerca y de forma inquietante. Entonces, un impacto seco mueve el suelo y la vibración sube de los pies a la cabeza. Los expertos llaman a esto «ablandar el terreno», que consiste, básicamente, en el ataque sistemático de la artillería contra una población previo al avance de las tropas. Una especie de «aviso» para que la gente pueda huir antes de que entren los tanques primero y los soldados, fusil en mano, después. Todo este bombardeo, mañana, tarde, noche y madrugada, tiene un efecto psicológico demoledor. Con ataques de ansiedad, mal dormidos y angustiados, los vecinos que se quedan tienen la sensación de que un enorme gigante está a punto de llegar para arrasar con todo.

Escucho la mayoría de los proyectiles caer a varios kilómetros de

distancia, pero, metido bajo las sábanas, comienzo a pensar que, si quisiera, el ejército ruso no tendría que esforzarse mucho en corregir unos grados el objetivo y apuntar al edificio donde intento dormir. Ni siquiera tendría que haber nadie maléfico detrás de la decisión de modificar el tiro. Igual dos soldados están charlando relajados en la retaguardia, bebiendo vodka o viendo un partido del Spartak de Moscú, y uno de ellos, sin darse cuenta, se apoya en la palanca equivocada, altera un par de grados las coordenadas y el misil me cae encima. Reflexiones absurdas que hace uno en la cama.

Así que de vez en cuando, ya sea por ablandar el terreno o por un gol del Spartak, cada diez, cien o mil proyectiles, uno de ellos cae en algún edificio donde quedan vecinos. Entonces, los periodistas acudimos al lugar, hablamos con quienes ahí viven, estaban caminando cerca cuando cayó el misil o, simplemente, acaban de llegar donde ahora hay un cráter para rezar y curiosear. Quienes ahí viven casi siempre son ancianos que piensan que su casa vale más que su vida y se niegan a ser evacuados a ciudades como Kiev o Járkov, donde tendrían que estar en la indigencia y dormir en los pasillos de alguna estación de metro cuando antes tenían una casa con jardín y con flores. Por si no fuera ya difícil conciliar el sueño, la sirena antiaérea que advierte de un ataque inminente grita sin parar. En una ciudad como Kramatorsk, la sirena que avisa de un ataque aéreo es como el oleaje del mar: solo te das cuenta de su existencia si en algún momento deja de sonar.

Los hoteles están cerrados, así que he alquilado, con otra periodista de una cadena de televisión española, un pequeño apartamento en el tercer piso de un edificio soviético de cemento gris y líneas rectas desde donde vemos las columnas de humo. Hace semanas que no hay electricidad de forma continua, y una de mis obsesiones es que los teléfonos móviles y el ordenador estén cargados por si hay que escribir rápido y enviar la crónica al periódico. Por la ventana veo también vehículos militares que regresan del frente con heridos. Luego vuelvo a la cama y repaso el resto de las tareas pendientes: conseguir comida, averiguar dónde hay otro punto de carga en la ciudad, lograr efectivo para pagar la habitación.

Controlada la logística, me preocupa no encontrar la historia que debo escribir para el periódico al día siguiente, que haya ataques en zonas de las que estoy alejado o contagiarme del estado anímico de una periodista a la que ayer me encontré en la calle. Lleva cinco meses cubriendo el conflicto y comenzó a llorar sin poder frenar en medio de una conversación intrascendente. Me preocupa también que el *fixer* no quiera avanzar más, no quiera acompañarme a un pueblo del frente para hacer un reportaje para el domingo o que no haya cobertura.

Tengo muchas preocupaciones y angustias, pero ninguna de ellas es el miedo. Sé que en una guerra pueden pasar mil cosas terribles, pero ninguna de ellas es que alguien entre por la noche en mi habitación y quiera coserme a balazos. Tampoco lo es que cuando me desplace de un lugar a otro, un vehículo se atraviese en la carretera para cortarme el paso y ejecutarme, o que la periodista que me acompaña sea violada por cuatro tipos.

Metido en la cama de Kramatorsk, sirenas, explosiones y silencio se alternan durante la noche. Tengo mil sensaciones inquietantes mientras observo el techo con la sábana a la altura de la nariz, pero sé que ganará el cansancio y terminaré dándome la vuelta hasta quedarme dormido.

Todo es muy distinto a la primera vez que estuve en Tamaulipas. Fue en el año 2006 y no pegué ojo. Había estado haciendo algunas entrevistas investigando sobre la presencia del crimen organizado en la frontera entre México y Estados Unidos e hice algo tan estúpido que hoy me entra la risa al recordarlo: atranqué con una silla la puerta de la habitación por si alguien intentaba entrar por la fuerza. Muchos años después, cuando en Ucrania el tren que me sacaba de Kramatorsk silbó y se puso en marcha, sentí una profunda pena por los amigos y conocidos que dejaba atrás. En cambio, en México, cuando me subí al avión de regreso de aquel viaje y la azafata de Aeroméxico cerró la puerta del Boeing que me llevaba de Tamaulipas a la capital, me hundí en el asiento 14D y resoplé mirando hacia donde están las mascarillas. Cuando salí de Kramatorsk sentí tristeza, pero al dejar Tamaulipas sentí un alivio como nunca he vuelto a vivir después.

A once mil cuarenta y cinco kilómetros de distancia –los que separan Ucrania de México–, una bala es igual a otra bala, pero durante los dos meses que pasé en Ucrania cubriendo la guerra, nunca oí a nadie contar que le habían robado al tomar un taxi, a ninguna compañera decir que un jefe de la policía había intentado tocarle las tetas o que un alcalde la había amenazado con enterrarla viva por meter las narices donde no debía. Tampoco recuerdo a ningún reportero mexicano de los que se pasan el día recorriendo pueblos en busca de información que no haya vivido un susto parecido en algún momento. Después de más de cuatro años de guerra, en Ucrania han muerto dieciséis periodistas mientras realizaban su trabajo, en cifras de Reporteros Sin Fronteras. Según esta misma organización, en los últimos seis años en México han sido asesinados el triple.

Con todas sus crueldades, en Ucrania se vive una guerra declarada con contendientes claros, frentes definidos y ejércitos que cumplen «ciertas» reglas. Por ejemplo, cada tanto se pacta un intercambio de prisioneros.

En México, sin embargo, el enemigo y las líneas del frente son difusos. ¿Es posible llegar al pueblo donde sucedió la masacre?, ¿esa carretera es segura?, ¿esta fuente me traicionará?, ¿el alcalde trabaja para Sinaloa o para Jalisco?, ¿para los Ardillos o para los Viagra?

Muchas veces, la prioridad para algunos periodistas en México no es saber si una fuente es o no fiable, sino saber si tratarán de matarlo después. En Ucrania, a finales de 2022 se acordó un alto al fuego de treinta y seis horas durante la Pascua ortodoxa. Por el contrario, en México, los días de Navidad suelen ser los más violentos del año.

Por azares del oficio, he conocido distintos tipos de violencia. En unos casos, de refilón, y en otros, de cerca: la guerra clásica de Ucrania, la rebeldía tribal de Afganistán, la brutalidad de Siria o el descontrol libio; los últimos años de la guerra en Colombia, la de los coches bomba y las sierras mecánicas; el macabro sadismo de las pandillas centroamericanas o la arbitraria criminalidad urbana de Caracas, pero creo que no hay nada como México. Ni en tamaño, ni

en duración ni en crueldad. Un día es un fusilamiento de varias personas en la plaza del pueblo, otro es un campo de formación de sicarios y otro más un perro mordisqueando restos humanos arrojados a la calle. Hemos incorporado con naturalidad una degradación inimaginable en otros lugares y momentos. La permanente presencia de un algo oscuro, impredecible, vengativo, iracundo y gratuito en cada muerte. En resumen, prefiero cubrir diez guerras en Ucrania a ser periodista en Tamaulipas. En Ucrania, al menos, no violan, no roban y no matan por la espalda.

Cuando, en mayo de 2019, llegué con el fotógrafo Héctor Guerrero a Tepalcatepec, en Michoacán, el Cártel Jalisco Nueva Generación (CJNG) estaba en pleno ascenso, y Nemesio Oseguera, el Mencho, acababa de instalarse en el trono del narcotráfico mundial como sucesor del Chapo Guzmán. Sus sicarios habían atacado solo unas horas antes el pueblo, y las primeras entrevistas a los supervivientes las hicimos parados sobre un manto de casquillos después de una batalla que se prolongó varias horas. Durante los últimos veinte años, he cubierto en México enfrentamientos entre cárteles que, por la extensión de la zona en disputa, el armamento utilizado, la duración de la refriega o el número de muertos, dejan un balance comparable al de algunas batallas libradas en Siria, Irak o Afganistán. Por más que trate de no pensar en eso caminando con la libreta en la mano: aunque en México no hay guerra, tampoco hay paz.

Le he dado muchas vueltas a la violencia en México. ¿Por qué en Ucrania puedo dormir y allí no? ¿Por qué en México estoy tenso y envío, cada pocas horas, mi ubicación en tiempo real a editores o compañeros para que sepan que estoy bien? ¿Por qué guardo en la lista de favoritos del teléfono móvil el contacto de organizaciones como Reporteros Sin Fronteras o Artículo 19 para poder llamar con solo un movimiento del dedo? ¿Por qué en México la presencia de un soldado o un policía me provoca más temor que calma? Creo que en Ucrania, incluso si se diera una situación complicada con soldados rusos, nunca terminaría desmembrado, enterrado en un monte cercano o dentro del maletero de un coche. Y eso, la absurda

sensación de que nunca me pasará algo así, aunque parezca un tema menor, alivia bastante.

He pensado mucho sobre ello y creo que nadie nace genéticamente malo. Se han publicado largos y sesudos ensayos antropológicos y filosóficos sobre el tema, y me resisto a pensar que tiene que ver con el lugar de nacimiento. La violencia irracional y despiadada en México tiene que ver con la miseria, el desprecio por la vida y la impunidad. Siempre la impunidad.

Se mata porque se quiere y porque se puede. Porque es gratis. Porque no tiene consecuencias. Porque nunca hay detenidos y, cuando los hay, nunca tenemos la certeza de que sean los culpables. Muertes y narcotráfico son caras de una misma moneda y de un enorme negocio que se regula desde más arriba como una llave de paso. Una industria en la que de un lado ponen los muertos y del otro, las fosas nasales. En Estados Unidos, solo en la frontera hay más de nueve mil armerías, un promedio de tres por kilómetro. Y en México, el narco es el quinto empleador más grande del país, y genera entre ciento sesenta mil y ciento ochenta y cinco mil puestos de trabajo.

URUAPAN, LA PISTA DE BAILE DONDE EMPEZÓ TODO

Hubo un tiempo en que, para los cárteles, era suficiente con matar. Luego fue matar más y mejor. O sea, que se vea, que se sepa, que se entere todo el mundo de que alguien nuevo llegó a la ciudad. Matar y colgar los cadáveres de un puente de Nuevo Laredo. Matar y esparcir los restos humanos por el pueblo. Matar y disolver los cadáveres en un barril con ácido.

Nada de esto sucedió por generación espontánea ni se incubó de un día a otro; pero la noche de 2006, cuando las cabezas de David, Martín, Daniel, Simón y Cristian aparecieron en la pista de baile de una decrépita discoteca de Uruapan, en Michoacán, la muerte había tomado otro camino. Nunca antes había escrito sobre una matanza

en mitad de un bar, y desde entonces he escrito sobre tantas que he perdido la cuenta. Los colegas mexicanos suelen decir: «No éramos periodistas de guerra, pero la guerra vino a nosotros».

Es difícil determinar cuándo comenzó esta forma de violencia. ¿Fueron los aztecas?, ¿los conquistadores?, ¿los independentistas?, ¿los revolucionarios?... No obstante, en el México moderno y violento hay un día, más bien una noche, en la discoteca de Michoacán, en que la violencia cambió de rostro. Después de aquello han aparecido cuerpos ahorcados, desmembrados, emparedados, encobijados, decapitados o enterrados vivos. Se ha matado hasta la saciedad con fusilamientos, coches bomba, minas antipersona o drones, y se ha disparado en aeropuertos, restaurantes, funerarias, colegios, iglesias o festivales de música tecno. Sin embargo, cuando la noche del 7 de septiembre de 2006, cinco cabezas aparecieron en la pista de baile del Sol y Sombra, se había traspasado una línea. Alguien había lanzado cinco cabezas con sus bigotes, sus patillas, sus párpados semiabiertos y su tez marrón al centro del local un sábado de madrugada.

Solo siete días antes, Felipe Calderón había tomado posesión de su cargo como presidente del país para el periodo de 2006 a 2012, y aquella fue la presentación en sociedad de un nuevo tipo de violencia y un nuevo cártel: la Familia Michoacana.

Cuando llegué a aquel lugar para escribir un reportaje para el periódico *El Mundo*, me encontré a una asustada población rural en la que el cura era la voz de referencia y el cultivo del aguacate se extendía hasta donde alcanzaba la vista, lo que provocaba una mayor penetración de las mafias en el territorio. De la noche a la mañana, salvajes monocultivos habían llegado para quedarse. Honduras se llenó de palma africana, Costa Rica de piñas, Guatemala de cafetales y bananeros, y Argentina de soja. En Michoacán fue el aguacate, al calor de su consumo desatado en Estados Unidos (en los quince minutos que duró la última actuación de Bad Bunny en la Super Bowl se consumió más guacamole del que se consume en España en tres meses).

Después de aquella matanza, el gobernador de Michoacán, Lázaro Cárdenas Batel, nieto del histórico general, corrió a la residencia

oficial de Los Pinos para pedir ayuda al Gobierno central. En una especie de muñecas rusas de la violencia, la Familia Michoacana se había impuesto a los Zetas en un lugar donde antes operaban el Cártel del Golfo y el de Sinaloa, quienes a su vez habían sido desterrados por los Caballeros Templarios que después serían suplantados por Jalisco Nueva Generación.

Pero en el árbol genealógico del narcotráfico, la aparición de un nuevo *homo erectus* nace con nuevas reglas y nuevos negocios. En este caso, al tráfico de drogas, migrantes y órganos, el nuevo cártel suma la explotación de puertos y minas como una nueva fuente de ingresos. Nada que diera dinero quedaba fuera de su control. Por primera vez un estado, Michoacán, aceptaba que estaba desbordado y recurría al Gobierno central para pedir ayuda. La respuesta de Calderón fue movilizar a más de cien mil soldados y añadir un actor más a la descomposición: el Ejército. Casi dos décadas después de aquella decisión, si alguien hace una búsqueda en Google y escribe las palabras *Uruapan* y *decapitación*, los resultados no remitirán a las cabezas de la discoteca, sino a otras aparecidas días antes.

TAMAULIPAS, LA VICTORIA DEL MUERTO

La mañana del 28 de junio de 2010 preparaba la maleta para viajar de Ciudad de México a Tamaulipas, adonde iba para entrevistar a Rodolfo Torre Cantú, el candidato a la gobernación del PRI, un médico de cuarenta y cinco años que aspiraba a gobernar una región clave del país por sus reservas de gas y su estratégica ubicación en la frontera con Estados Unidos, a solo quinientos kilómetros de Houston. Hasta ese año, nadie que no fuera del PRI había gobernado nunca Tamaulipas. Cantú era el favorito para ganar las elecciones que se celebrarían el siguiente fin de semana, y en el periódico *El Mundo* me habían reservado una página para contar aquellas elecciones.

No había terminado de meter la ropa en la maleta cuando oí la

noticia en la radio: Rodolfo Torre Cantú, el candidato al que tenía previsto entrevistar dos días después, había sido asesinado junto con todos sus colaboradores. Las tres camionetas en las que viajaba con su equipo habían sufrido una emboscada cuando se desplazaban de una ciudad a otra en la recta final de la campaña. Un comando detuvo los vehículos y abrió fuego contra todo.

A la mañana siguiente, la noticia de su muerte, ilustrada con una fotografía de los siete cadáveres sobre el asfalto, fue portada del diario *Reforma*. Se trataba del asesinato político de más alto nivel sucedido en México desde la muerte de Luis Donaldo Colosio en 1994, y la clase política estaba en shock.

Llamé entonces a Paco Herranz, el jefe de Internacional, para darle la noticia, preocupado también por la página que habíamos programado para el fin de semana. Con el asesinato de Torre Cantú ya no había entrevista y, por tanto, mi viaje no tenía sentido. Pero me ordenó lo contrario: «Ve para allí lo más rápido que puedas».

Tres días después, la crónica que envié desde el tanatorio comenzaba así:

> La cita iba a ser ayer en la sede del PRI, en Ciudad Victoria. Íbamos a acompañar durante su último día de campaña al candidato que ahora está metido en una caja de madera. Así están las cosas en Tamaulipas. El ataúd de pino es el mejor resumen para explicar la violencia que ha terminado con la vida de decenas de candidatos en la región. Así que, en lugar de a entrevistas y a mítines, acudimos a un funeral que parece detenido en el tiempo, con imágenes de aquellas que recuerdan a los peores días del país y a los peores días del PRI. Los trajes oscuros, las gafas de sol y las corbatas estrechas y negras sobre camisas blancas de los dirigentes del partido están alineados como una selección de fútbol durante el himno nacional, para dar el último adiós a Rodolfo Torre Cantú. Pero en lugar del himno, en el salón de actos suena la música y el eslogan de campaña con el que había logrado convencer al setenta por ciento del electorado, según las encuestas: «Para que tú estés mejor». La vieja guardia del partido más antiguo de América Latina se reúne de nuevo frente a un féretro para recordar que no han cambiado mucho las cosas desde el asesinato de Luis Donaldo Colosio, cuando estaba a un paso de convertirse en presidente de México. Dieciséis años después sigue sin saberse quién ordenó aquel crimen, y dos días después tampoco hay rastro de los autores de esta masacre.

Aquel día, en el frío salón de actos, mientras los periodistas de televisión ensayaban ante la cámara la entradilla para el informativo y la policía vigilaba el funeral con el dedo en el gatillo, yo tomaba notas en la libreta. Entre los testimonios que recogí estaba el de una vecina al borde del ataque de nervios; sus palabras fueron una mezcla de la tensión y el hartazgo que lo llenaban todo. «Ya basta de discursos. Estamos cansados de tantas palabras. Estamos asustados. La gente quiere salir a la calle, moverse sin miedo a que la intercepten en la carretera. Quiere poder hablar con tranquilidad», me dijo aquella mujer gruesa que se levantaba las gafas para secarse las lágrimas y que dijo llamarse Mariana. Por el tono y la pausa que hizo, acababa de inventarse el nombre para que yo tuviera algo que apuntar. Al día siguiente, el hermano del muerto, Egidio Torre Cantú, un ingeniero que jamás se había dedicado a la política, aceptó reemplazar al hombre al que estábamos enterrando y asumió presentarse como candidato a las elecciones que se celebrarían setenta y dos horas más tarde. Sin embargo, con tan poco tiempo no fue posible cambiar el nombre en las papeletas, y el instituto electoral aceptó que los votos que lograra el asesinado se contabilizaran en la candidatura de su hermano.

El día de la votación se vivió en medio de un espeso silencio, como si en lugar de elecciones se estuviera celebrando un funeral colectivo, con calles vacías, colegios electorales aterrorizados y votantes que caminaban a toda velocidad para ejercer el acto más valiente de su vida: votar.

Finalmente, Egidio Torre Cantú ganó las elecciones gracias a unas urnas llenas de papeletas con el nombre de su hermano. Un muerto había ganado las elecciones, y aquello se asumió con la normalidad de quien ve salir el sol.

Desde entonces he vuelto a asistir a muchos funerales de políticos: en unos casos, operadores sin escrúpulos al servicio del crimen organizado, y en otros, absurdos aspirantes que no tuvieron a un buen amigo cerca que les convenciera de que tratar de ser alcalde de su pueblo tal vez no era la mejor idea.

Cuando en el año 2002 comencé a cubrir elecciones locales en México, los periodistas más veteranos me advirtieron de que el narco

siempre lograba infiltrar a su candidato y de que parte del juego consistía en descubrir de quién se trataba. Lo habitual solía ser un aspirante en la nómina de algún cártel local y al que los escoltas, las armas, las camionetas de cristales oscuros o un exótico zoo de tigres albinos terminaban delatando. Era el tipo que se llevaría la porción más grande del pastel sin tener que esforzarse mucho. Solo mirando a otro lado. La diferencia entre ayer y hoy es que antes el narco controlaba un candidato, y ahora, en muchos lugares, domina la lista completa.

Después de muchos años cubriendo dramas, tengo la sensación de que todas las matanzas y las masacres se parecen y casi siempre se presentan dos elementos en común: la pobreza y la impunidad.

Pocas veces son ministros, secretarios de Gobierno, vecinos de barrios ricos o gente de piel blanca. Casi todos los funerales tienen los mismos elementos comunes: casas miserables, techos de lámina, gallinas picoteando entre los zapatos, velas y suelo de tierra frente al que hay estacionada una camioneta pickup. La muerte del Mencho tras su detención en febrero de 2026 extendió las masacres a veinte de los treinta y un estados del país, pero lo normal es que siempre sean los mismos lugares: Uruapan, Apatzingán, Caborca, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo..., poblaciones malditas que permiten trazar un mapa del horror que se actualiza una y otra vez.

Cada vez que he rezado junto a gente que no conocía, me ha venido a la cabeza la primera frase de *Anna Karénina*: «Todas las familias felices se parecen entre sí, pero cada familia desdichada lo es a su manera».

CIUDAD JUÁREZ 2010, EL SAMURÁI MATA «POR GUSTO»

En 1961, la revista *The New Yorker* envió a Hannah Arendt a Jerusalén para cubrir el juicio contra Adolf Eichmann, un destacado miembro del partido nazi, conocido por sus masivas detenciones de judíos, a los que después enviaba a la cámara de gas. De aquella

cobertura salió un libro, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, en el que se analiza la violencia y el comportamiento humano en relación con el grupo y la sumisión a un sistema que supera al individuo. La conclusión de Arendt es que Eichmann no era inocente, pero tampoco un hombre especialmente cruel, sino un burócrata. Un obediente operario dentro de un sistema basado en el exterminio.

El concepto de «banalidad del mal» se universalizó para definir la forma en que algunas personas actúan dentro de las reglas de un sistema al que pertenecen sin reflexionar sobre sus actos ni preocuparse por las consecuencias, sino tan solo por el correcto cumplimiento de sus obligaciones. La tortura, las ejecuciones o la práctica de actos «malvados» no eran evaluadas por sus efectos siempre y cuando la orden para su ejecución la hubiera dado un superior.

Llevaba varios años en México cuando devoré aquel libro con la ansiedad de quien está ante una «verdad revelada». Ese verano de 2009 había estado en la cárcel de Ciudad Juárez entrevistando a un sicario, y aquello me ayudó a encajar algunas piezas.

Hasta entonces, consideraba que la desigualdad o la impunidad eran la única gasolina que alimentaba una nueva forma de matar. Nunca había contemplado la posibilidad de «matar por gusto» hasta que, sentados en la litera de la celda, se lo escuché decir al Samurái.

No era la primera vez que entraba en una prisión, pero sí la primera que me sentaba a solas con un sicario que parecía mi amigo en una lúgubre celda decorada con humedades y llamativas recreaciones prehispánicas. Jesús, más conocido por su apodo, era un tipo espigado y fibroso de piel morena. Le llamaban Samurái porque cuando se ponía hasta arriba de marihuana se le achinaban los ojos. Había sido condenado a veinte años de cárcel por «unos cuantos muertos», y a él me remitieron otros sicarios como el único líder del cártel de los Aztecas autorizado para hablar.

En aquella construcción de muros altos y gruesos rematados por alambre de espino estaban encerrados los presos más salvajes de la región más cruel. Un tétrico lugar que recluía a miembros de tres grupos al servicio de los principales cárteles de México: los Aztecas,

los Mexicles y los Artistas Asesinos convivían separados en patios amurallados para que no se destrozaran entre sí.

A pesar de sus grandilocuentes nombres ellos eran, en realidad, una franquicia menor pero sanguinaria de los grandes cárteles del narcotráfico mexicano en la línea. La mano de obra tonta de los cárteles de Juárez, del Golfo y de Sinaloa, sin más cometido que vigilar la frontera. Algo así como los guaruras (porteros) de discoteca.

Sentados sobre aquel colchón, charlando tan cerca el uno del otro como un confesor y el feligrés, me habló de rabia, de familias rotas y de matar por gusto. Durante horas me describió un país que se descomponía y se volvía cada vez más violento, donde niños mataban a otros niños, y los adolescentes jugaban con la consola por la mañana y con el AK-47 por la noche. Cuando terminamos de hablar, tuve la sensación de que para entender el país donde pretendía trabajar como corresponsal podía prescindir de los pensadores, los tertulianos y los grandes estudios socioeconómicos, y nutrirme solo de escuchar una y otra vez la grabación.

Había llegado hasta el Samurái, un pandillero condenado por participar, ordenar y ocultar decenas de crímenes, gracias a unos buenos amigos que llevaban mucho tiempo haciendo periodismo durante la época de plomo.

Precisamente de Ciudad Juárez ha salido en las últimas décadas una de las mejores generaciones del periodismo latinoamericano. Han recibido amenazas y sus redacciones han sido atacadas con explosivos, pero, durante años, reporteras como Sandra Rodríguez, Lucy Sosa o Rocío Gallegos hicieron el mejor periodismo de México en las páginas de *El Diario de Juárez*.

Ellas fueron las primeras que se dieron cuenta de que algo no iba bien cuando a finales de los años noventa comenzaron a aparecer, un día sí y otro también, cadáveres de mujeres sobre los que nadie daba una explicación coherente. Las autoridades dijeron entonces que era cosa de un «loco descontrolado» y de un «homicida solitario», pero ellas nunca se tragaron la versión oficial, y cuando todavía no conocíamos la palabra *feminicidio*, investigaron hasta la extenuación, haciendo de las muertas de Juárez una causa personal.

Textos como los suyos o el libro de Sergio González Rodríguez *Huesos en el desierto*, que bebió de muchos de esos reportajes, fueron algunos de los motivos de que una semana después de cumplir veintiséis años, con quinientos dólares en el bolsillo y una mochila de colegio como equipaje, decidiera ir a México. Cosas así no las leía en Madrid.

A cambio, aquellas periodistas pagaron un alto precio: asistieron a funerales de compañeros asesinados, las redacciones en las que trabajaban fueron tiroteadas, tuvieron que dejar de reportear solas y vieron cómo las compañías de seguros de vida se negaban a renovarles la póliza. Durante largo tiempo soportaron la indiferencia del gremio y las burlas oficiales, hasta que, bastantes años después, la Comisión Interamericana obligó al Estado mexicano a pedir perdón por tanto desprecio oficial. Muchas de esas brillantes periodistas han sido las colegas en las que la prensa de medio mundo ha encontrado el apoyo y el enfoque más acertado para informar desde un lugar complicado, donde entender los códigos o moverse sin torpezas es más importante que una buena entrevista. Pero cuando terminaban su jornada de trabajo, también estaban ahí para echar un tequila hasta la madrugada. Discutíamos sobre autores, fuentes, enfoques, capos, cárteles, Vicente Fox, Felipe Calderón, corresponsales o la mirada colonial. Cantábamos a Juan Gabriel, a José José o a Soda Stereo. Cada noche que he pasado con ellas ha sido un baño de energía, amor a la profesión y entusiasmo difícil de encontrar.

En los años posteriores, de 2006 a 2012, Ciudad Juárez llegó a ser la urbe más violenta de Latinoamérica, que es como obtener una matrícula de honor en francés en la Sorbona. Acosado por las balas de narcos y de policías, aquel grupo de periodistas sumaban rabia y coraje a su raquítico salario. Ganaron todos los premios nacionales e internacionales posibles y marcaron el camino para una generación de periodistas que acabábamos de desembarcar en el fenómeno de la violencia.

Ciudad Juárez era por entonces el epicentro sangriento de un país roto que contabilizaba treinta y tres muertos al día, un tercio de ellos en esta localidad. En esa época, Juárez era una ciudad de un millón

de habitantes que había dejado de ser el motor industrial del norte de México, pero seguía siendo un notable puticlub del sur de Estados Unidos. Lejos habían quedado los tiempos en los que venían a divertirse Frank Sinatra, Marilyn Monroe, Steve McQueen o John Wayne. Ahora era una polvorienta población atenazada por el miedo, incluso entre los gringos que llegaban a por sexo barato, y se desayunaba cada mañana con una masacre. Ese 2010, Juárez terminó el año como el lugar más sangriento desde la Revolución. Eran los tiempos en que Ciudad Juárez me recordaba la escena de *Apocalypse Now* en la que Martin Sheen, recién levantado en un hotel de mala muerte, se acerca a la ventana y murmulla: «Saigón. Mierda. Todavía estoy en Saigón». Lo nuestro tenía menos épica y más humor negro, y bromeábamos contando que nuestro hotel, el Holiday Inn, era más «in» que «holiday» por las veces que las autoridades recomendaban no salir a la calle por razones de seguridad.

Hace algunos años, durante una charla en la universidad con estudiantes de periodismo, una redactora de *El Diario de Juárez*, Sandra Rodríguez, hizo un amargo retrato de las amenazas y los riesgos de informar en una ciudad fronteriza en el país más homicida del mundo para los periodistas. Después de un largo rato describiendo angustias, uno de los alumnos le preguntó: «¿Y por qué no se van de Juárez?». «Por mis compañeros muertos y porque mis colegas de El Paso [la primera ciudad de Estados Unidos al cruzar la frontera] se vuelven locos por historias como las que aquí cubrimos y terminan escribiendo sobre un gato que se subió a un árbol», respondió. Cuando acabó de hablar, yo me sentía un garbanzo hundido en el patio de butacas, sacudido por una contagiosa vocación que hablaba de forma tan humilde. Un fenómeno, la humildad, nuevo en mi gremio. Gracias a periodistas como ellas, una de las ciudades más violentas del mundo era también, para los recién aterrizados como yo, la más bonita del mundo.

En la cárcel de Juárez se comían frijoles lanzados a una bandeja de hierro con una cuchara redonda de servir bolas de helado. Cuando el funcionario me soltó dentro y cerró la puerta, caminé con

el fotógrafo Saúl Ruiz por el laberinto de pasillos decorados con grafitis de colores chillones de héroes aztecas y serpientes emplumadas, señas de identidad de los Aztecas, una banda nacida en las cárceles de Estados Unidos que ahora trabajaba a destajo para un cártel más grande.

La celda en la que charlamos varias horas tenía seis literas, un aparato de música, un televisor, cinco fotos de vírgenes, tres fotos más de amigos y familiares, dos velas prendidas, varias manchas de humedad y un váter sin tapa. Sentado en el colchón, sus respuestas eran una sucesión de bofetadas y silencios suficientes para dejar claro que era el portavoz designado.

El Samurái me describió asesinatos crueles y absurdos y me habló de una nueva forma de matar ejecutada por mano de obra joven y barata tras la llegada al poder de Calderón y su estrategia de movilizar a miles de soldados para enfrentar al crimen organizado:

P. ¿Cómo es el sicario de ahora?

R. Son personas jóvenes e inmaduras que no han estado nunca en el negocio. De ahí vienen las órdenes ahora. Chicos de familias humildes y descompuestas que tienen ganas de cosas. De comer bien, de vivir bien. Son jóvenes y tienen sueños. La lástima es que duran muy poco porque en este mundo nuestro la vida es corta y todo se queda en sueños.

P. ¿Cuál es la situación actual?

R. Estamos en una guerra porque el Gobierno no está haciendo las cosas como deben hacerse.

P. ¿Cómo deben hacerse?

R. El Gobierno tiene que sentarse y hablar como usted y yo ahora y llegar a un acuerdo. Con policía y ejército esto se hace más grande. Lo estamos viviendo. Aquí hay una guerra, y el presidente quiere frenar esta guerra con más guerra. Trayendo a Juárez a miles y miles de policías y soldados.

P. ¿Entonces?

R. Hay que crear industrias y puestos de trabajo porque esa es la base. Cuando se descompone el núcleo familiar, los hijos van y corren donde les ofrecen dinero rápido. Las soluciones que está dando el Gobierno están obsoletas. Ellos no saben lo que pasa en las calles. Deben mezclarse con la sociedad y no lo hacen. Tienen que vivir lo que vivimos nosotros, pasar lo que pasamos y carecer de lo que nosotros carecemos para entender lo que aquí pasa.

P. ¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

R. Ahora se mata a los hijos, a la familia, y se les corta la cabeza. Es un grado

«muy mucho» de violencia y ya no se mata por poder, por influencias o por negocio...; se mata por gusto.

P. ¿Por gusto?

R. Sí, la mitad de las muertes en las calles son ya por gusto. Hay gente cansada y enrabietada, y cualquiera tiene un arma.

Hoy, la cifra de muertos es tres veces mayor. He recordado muy a menudo aquella entrevista cuyo potente contenido oculto no fui capaz de dimensionar en su momento. El Samurái, de quien no he vuelto a saber nada, estaba describiendo palabra por palabra la que años más tarde sería la estrategia de Andrés Manuel López Obrador para hacer frente a «la gente cansada y enrabietada». O sea, planes sociales y paso militar atrás. Sus resultados, sin embargo, son bastante escasos.

A Ciudad Juárez sigue uniéndome una relación de amor y odio que comparo con un noviazgo mal terminado. Un lugar en el desierto que concentra lo mejor y peor de México. La nobleza, la generosidad y el orgullo norteño con la crueldad y la descomposición social, aderezado por una endiablada ubicación geográfica. La distancia entre Juárez (Chihuahua) y El Paso (Texas) es un puente que se recorre en pocos minutos. A este lado está una de las ciudades más violentas de México y al otro, la más tranquila de Estados Unidos. De hecho, aquel sangriento 2011, en Juárez eran asesinadas nueve personas al día, la misma cifra de homicidios que se contabilizaron en El Paso en dos años, el noventa por ciento de ellos resueltos por la policía. La diferencia era tan notable, que cuando en El Paso sonaban las sirenas, los vecinos se sobresaltaban, pero cuando en Juárez dejaban de hacerlo, era noticia en el periódico. Y no es una exageración. Una vez, en 2011, publiqué en *El Mundo* un texto que se tituló: «El día que no murió nadie en Ciudad Juárez». Una crónica que arrancaba así:

El domingo 6 de febrero ocurrió algo extraordinario en Juárez. Aquel gélido día, en la ciudad solo se oyeron el viento, los gritos de los cambistas de dólares y la voz de los vendedores ambulantes. Las sirenas de la Cruz Roja no salieron del hospital, las ambulancias no corrieron a toda velocidad por las avenidas, la

policía no tuvo que contar casquillos, acordonar con cinta amarilla ni buscar en los bolsillos de los cadáveres. Solo se dedicó a organizar el tráfico, a atender a la población y a cobrar «mordidas». Por una vez, todo parecía normal. «¿Por qué no podemos estar siempre así en Ciudad Juárez?, seríamos una potencia», señala Marcela Robles, de cuarenta y seis años, dueña de un modesto comedor del centro. Marcela se refiere a los años noventa, aquellos tiempos en que sus gigantescas fábricas de ropa de marca y electrodomésticos daban empleo a miles de mujeres que llegaban de todo el país, y Juárez era la única ciudad de América Latina capaz de presumir de «pleno empleo». Eran los tiempos en que Ciudad Juárez aportaba el cinco por ciento del PIB a la economía mexicana. Pero aquellos tiempos pasaron a la historia, y ahora los vecinos diferencian a la perfección si el disparo es de un revólver o de un AK-47 y si los inversores son coreanos o taiwaneses. En los últimos meses, el cuarenta por ciento de los restaurantes y el veinte por ciento de los bares han cerrado, y unas cien mil personas han emigrado.

Por supuesto, el espejismo del «6 de febrero» se rompió al día siguiente con una matanza entre sicarios adolescentes en la que murió una niña de ocho años ejecutada por gente como el Samurái. Cuando para escribir este libro revisé el ejemplar de Hannah Arendt que había devorado aquella tarde al salir de la cárcel de Juárez, encontré entre sus páginas el billete de avión de una compañía aérea que dejó de existir poco después, Mexicana de Aviación, y una frase que subrayé después de hablar con el Samurái: «La triste verdad es que la mayor parte del mal lo hacen personas que nunca deciden ser buenas o malas».

AYOTZINAPA, UN PAÍS QUE TOCÓ FONDO

En estas últimas dos décadas de acostumbrarnos a terribles episodios diarios, con la desaparición de cuarenta y tres estudiantes de la escuela rural de Ayotzinapa en 2014 se alcanzó el punto álgido de la degradación.

En esta deprimida población de mil doscientos habitantes cercana a Iguala, en Guerrero, se concentraron durante meses todos los

demonios de un país: pobreza, corrupción policial, desprecio a lo indígena, narcotráfico, indiferencia oficial... Todo eso resumido en una escuela de ladrillo y techo de cemento del que asomaban varillas rematadas por botellas de Coca-Cola. Recorrer los pasillos de aquella escuela era un paseo por el último nivel del infierno al que pueden descender una sociedad y su clase política. Aunque eran numerosas las voces que decían que los 43 estudiantes, con edades entre los diecisiete y los veinticinco años, habían sido quemados en una gigantesca pira, cientos de personas de varios países los buscaron durante semanas con la convicción de que se trataba de una mentira más con muchos cabos sueltos sobre el papel del Ejército aquella noche o la connivencia entre asesinos y autoridades.

A medida que México iba siendo consciente de lo sucedido, en el país se instaló un ambiente de derrota. Un abatimiento y un silencio tan aplastante como el que acompaña a un terremoto en los minutos posteriores. Una tristeza que lo llena todo, pero esta vez con una gran cantidad de ira acumulándose minuto a minuto.

La noche del viernes 26 de septiembre de 2014 me llamó por teléfono una amiga, colega de la agencia Associated Press. «Oye, que hay cincuenta y ocho personas desaparecidas en Iguala.» «Aparecerán pronto.» «Estudiantes revoltosos.» «Alguien quiso darles un susto», pensé. Mal. Todo mal. No lo vi. Por suerte para el periodismo, nunca dirigiré un periódico, porque en aquellas primeras horas no logré calibrar que estaba ante una de las mayores tragedias del México moderno. Al día siguiente, sábado, *Reforma* publicó en páginas interiores una pequeña pieza con lo poco que se sabía: «Matan policías a alumno de Ayotzinapa». El domingo, la noticia ya estaba en portada: «Cincuenta y ocho estudiantes desaparecidos». El lunes empezaron las primeras protestas de un centenar de padres y hermanos, y el martes 1 de octubre los titulares de prensa incluyeron por primera vez un número grabado en la memoria de un país: «43».

Las protestas se extendieron entonces a todo el país. Ardieron ayuntamientos, se apedrearon oficinas del PRI, se saquearon comercios y se pararon las universidades. Las hubo en las ferias internacionales del libro de Guadalajara (FIL) y de Madrid (LIBER), y

hasta frente a la embajada mexicana en Delhi. México y medio mundo era un clamor pidiendo explicaciones a un presidente, Enrique Peña Nieto, que guardaba silencio.

Iguala, la cabecera municipal, no es un remoto poblado perdido en las montañas. Tiene unos ciento treinta mil habitantes y es la tercera ciudad en importancia del estado de Guerrero, después de Acapulco y Chilpancingo. Hasta aquel 26 de septiembre, la sonriente fotografía del alcalde, José Luis Abarca, al mando de la sanguinaria policía, era la foto que colgaba en todas las dependencias municipales con la banda tricolor cruzándole el pecho. Sin embargo, aquella tarde a su esposa le dio por celebrar un acto benéfico en la plaza de Iguala con orquesta y botana, y ochenta estudiantes de la Normal de Ayotzinapa se presentaron en el lugar y boicotearon el evento subidos en autobuses de línea que previamente habían tomado por la fuerza. Indignado, el alcalde reaccionó ordenando a su policía dar un escarmiento a los chicos. Esa fue, al menos, la versión oficial.

La Normal de Ayotzinapa es una escuela rural de magisterio con una larga tradición de activismo de izquierdas, donde se forman cientos de alumnos indígenas que regresarán después a sus comunidades para ser educadores. Policías y estudiantes, unos por «narcos» y otros por «nacos», se odiaban a muerte desde siempre.

Así que la policía local, brazo armado del alcalde de Iguala y, por extensión, del cártel dominante en la zona, Guerreros Unidos, se fue a por los autobuses en los que se desplazaban los ochenta estudiantes. A los agentes, alguien les había hecho creer que los jóvenes llevaban en uno de los cinco vehículos una importante carga de heroína con la que estaban traficando. Y, claro, mover un autobús con heroína en sus narices, más el agravio a la alcaldesa, fue mucho atrevimiento en una ciudad tan pequeña. La policía detuvo a veinte estudiantes, los subió a los coches patrulla y nunca más se volvió a saber de ellos. Después regresó a por los que faltaban y los capturó uno a uno. En medio de la batalla, incluso el autobús del equipo de fútbol local, Los Avispones, fue tiroteado cuando los narcopolicías confundieron a los futbolistas con los estudiantes. Además de la desaparición de los 43, fueron asesinadas otras seis personas: tres

estudiantes y tres personas ajenas a la escuela, producto de los ataques a balazos de policías municipales y grupos criminales. El resto de los estudiantes que no habían sido detenidos ni asesinados lograron escapar y esconderse hasta que todo pasó.

En los días posteriores, los periodistas escribíamos rápido. Se publicaba mucho y con muchas equivocaciones. Los ojos de medio mundo estaban puestos en aquel pueblo, y cientos de periodistas llegamos a Iguala para cubrir las desapariciones. Las grandes cadenas de televisión enviaron a sus presentadores estrella y se emitieron especiales, y yo, como tantos otros compañeros, pasé más tiempo en Iguala que en casa. Fueron días duros, de largas conversaciones con los colegas y de reuniones clandestinas con forenses, abogados de derechos humanos, organismos internacionales y políticos que ayudaran a entender todo aquello.

Durante muchos días recorrí cerros y vertederos de la zona buscando con las familias restos humanos que arrojaran alguna pista de los estudiantes. Subí y bajé laderas junto a familiares que cargaban con palas, azadones, picos, cucharas o destornilladores para remover la tierra. Uno de los días más frustrantes fue aquella tarde en la que un grupo de madres halló en los cerros cercanos a Cocula varios huesos y trozos de ropa. Después de la alegría inicial por haber encontrado una posible falange de un hijo llegó el desasosiego al saber que aquellos huesos no pertenecían a ninguno de los 43 estudiantes, sino a víctimas de matanzas anteriores que nada tenían que ver con esta. De ese tamaño era el agujero.

Cuando cuatro meses después de la desaparición, sí, cuatro meses, Enrique Peña Nieto y su procurador Jesús Murillo Karam presentaron la versión oficial de lo sucedido en Ayotzinapa, conocida como «la verdad histórica», el país ya se había levantado y Peña Nieto estaba sentenciado. No llevaba ni dos años en el poder y ya nunca más se repuso. El grito «¡Basta ya!» se había instalado en la sociedad mexicana.

De aquellos intensos y extraños días extraigo un par de conclusiones y algunos detalles que siguen grabados en la memoria.

El primer balance tiene que ver con la fuerza y la importancia del periodismo. La prensa mexicana no se tragó la «verdad histórica»

con la que el Gobierno de Peña Nieto trató de zanjar la situación. Una generación de periodistas se hizo mayor de edad cuestionando la versión oficial que omitía, por ejemplo, el papel del Ejército. Puso rostro a las madres, dio voz a las familias y el país entero descubrió que había escuelas para indígenas pobres a los que la subvención oficial no llegaba ni para dar de comer. La prensa local investigó hasta la saciedad, y de «las muertas de Juárez» a la desaparición de los 43, el periodismo mexicano había crecido pasando de un horror a otro.

Estoy convencido de la función y las obligaciones que tiene el periodismo en la construcción de una mejor democracia. A pesar del desprecio institucional, los asesinatos de periodistas y la corrupción que rodea a los grandes medios y sus propietarios, las revelaciones de la prensa han tumbado gobiernos, han denunciado a empresas abusivas, han impulsado cambios legislativos o han señalado la corrupción militar. El periodista argentino José Vales, por ejemplo, localizó al capitán Ricardo Miguel Cavallo, un salvaje torturador de la ESMA condenado a cadena perpetua en 2011 y que hasta entonces había estado escondido en México, haciéndose pasar por un gris funcionario del Registro Nacional de Vehículos (RENAVE). Daniel Lizárraga descubrió que la lujosa vivienda en la que residía Enrique Peña Nieto había sido pagada por una constructora beneficiada con decenas de adjudicaciones públicas; Pablo Ferri, las matanzas extrajudiciales del ejército mexicano, y las investigaciones derivadas del escándalo de Odebrecht han causado decenas de dimisiones y procesos judiciales. Cada una de estas averiguaciones ha ayudado a construir cambios, haciendo un mundo mejor al publicar y sacar a la luz algo que se pretendía ocultar. En América Latina, el periodismo se reivindica a diario, y es difícil no contagiarse del entusiasmo que genera cuando una borrasca generalizada sobrevuela los medios.

Una parte del periodismo latinoamericano opera como si cada derecho conquistado estuviera en riesgo y vive la profesión con el cuchillo entre los dientes.

Año tras año surgen nuevos proyectos periodísticos de redacciones jóvenes que traspiran ilusión y vitalidad, y todos los días salen al terreno de juego pensando que hoy sí: derrocarán al

presidente. Decenas de medios como *La Silla Vacía* (Colombia), *El Faro* (El Salvador), *Efecto Cocuyo* (Venezuela), *Revista Factum* (El Salvador, Guatemala y Honduras) o *El Estornudo* (Cuba) han aparecido en la última década y funcionan con plantillas escasas, sin recursos y sometidos a salvajes presiones. Pero todas sus redacciones parecían contar con un Bob Woodward, un Carl Bernstein, un Seymour Hersh, una Mónica González o un Pedro Joaquín Chamorro dispuestos a comerse el mundo. Y esto es apasionante. Por el contrario, mi llegada muchos años después a la redacción de Madrid fue como pasar de un carnaval a una misa de doce. En Europa, los medios son paquidermos incrustados en un sistema que ha terminado dando la razón al escritor Juan Villoro cuando dijo aquello de que en Europa, cuando aún se vendía masivamente el papel, «los periódicos cada vez son más delgados y los jefes más gordos». Los medios de comunicación atraviesan un desprestigio generalizado, y dada su complicada viabilidad económica, sobreviven haciendo de correa de transmisión de los partidos políticos. Donde la democracia está en riesgo, la prensa es un importante constructor, pero donde los derechos parecen estar garantizados, los medios son un actor ruidoso más en un contexto donde no se oye nada. Donde la democracia parece estar a salvo, nadie mira para saber dónde está el salvavidas.

La segunda conclusión sobre todo lo sucedido con los 43 de Ayotzinapa es que nunca había sentido con tanta claridad la importancia de una frase que había oído muchas veces, de Argentina a Colombia, Chile o Venezuela: «Fue el Estado». El tamaño de aquella cruel salvajada resumía, como pocas, una forma de operar en la que estaban implicados todos los poderes públicos existentes: policías, militares, Ayuntamiento, alcalde, su mujer, Gobierno central, oposición, estado de Guerrero, periodistas locales...; todas las instituciones habían participado de una forma u otra en una desaparición colectiva. Como si fuera una película, la noche de las desapariciones, todos ellos desempeñaron algún papel en la salvaje masacre ejecutada frente a decenas de testigos en un país miembro del G20.

En aquella rabia y aquel dolor acumulados está la semilla de la

victoria de López Obrador cinco años después. Las lágrimas y la indignación de aquellos padres activaron a la juventud y a las clases medias mexicanas, pavimentando su victoria. Su arrolladora llegada al poder fue la última oportunidad de canalizar de forma pacífica el hartazgo de un país entero que ya no gritaba: «Que se vayan todos», sino: «Que se mueran todos». Tan bronco en algunos aspectos y tan sutil en otros, desde la llegada del PRI al poder en 1923, México tiene una capacidad solo comparable al Vaticano para elegir el relevo preciso en cada momento, y encontró en la victoria de López Obrador la posibilidad de abrir una olla exprés al borde de la explosión. La extraña sensación de que una mano invisible reconduce los procesos cuando están a punto de desbordarse.

Mientras tanto: tierra, huesos, madres, sábanas, silencio, viento. Ayotzinapa, Bucha, El Mozote, Bojayá..., y la extraña sensación de que todas las fosas se parecen, aunque cada una lo sufre a su manera.

MICHOACÁN, LAS GUERRAS DE MÉXICO

Una de las razones que hacen que la muerte conviva con naturalidad en México y en otras muchas partes de América Latina es la distancia física y mental de las élites con el problema y su capacidad para aislarse. A más violencia, más guaruras y a más muertos, muros más altos. Da igual que sean las pandillas centroamericanas, el narco mexicano o la guerrilla colombiana. La explosión en 2003 de un coche bomba en los sótanos de El Nogal, un exclusivo club de Bogotá, en el que murieron treinta y seis personas, tuvo impacto en la evolución de la guerra entre las FARC-EP y el Gobierno, y en la necesidad de acelerar el proceso de paz, una repercusión muy superior a cualquiera de las masacres anteriores en zonas rurales.

México sigue el mismo patrón, y aunque grandes ciudades del país como Monterrey o Guadalajara han atravesado épocas muy duras,

Ciudad de México ha vivido tradicionalmente al margen de la violencia y sus derivadas: muertos en las calles, derecho de piso (extorsión a comerciantes), robo, secuestro... Hasta que dejó de ser así, y lugares como Tláhuac, Ecatepec o Naucalpan, en el Valle de México, se convirtieron en bases de operaciones para las sucursales de cárteles más grandes. Sin embargo, el día a día se sufre en pueblos, aldeas y rancherías a los que no iremos nunca, con muertos que en los viejos periódicos de papel ocupan el espacio de un breve.

Algo así pasaba en Michoacán en septiembre de 2019, tan solo catorce meses después de que López Obrador ganara las elecciones y de que la pacificación «por decreto» llegara al país gracias a su decisión de retirar parcialmente al ejército de las calles. Eso, al menos, es lo que repetía una y otra vez el político salido del pueblo y de las luchas sociales que presumía de conocer a su gente. No obstante, en aquellos primeros días de vino y rosas del tabasqueño, a seiscientos setenta y dos kilómetros de Palacio Nacional, en el estado de Michoacán, se estaba viviendo una enloquecida y salvaje guerra que yo no veía contar en ningún lado.

«¿Es seguro hacer turismo en México?», me preguntan una y otra vez mis amigos cuando se plantean venir a verme. «¿Lees lo que escribo habitualmente?», suelo responder. «Claro, por eso te lo pregunto.» «Pues no me hagas ni caso», les contesto. Pertenezco a esa parte de la sociedad que no vive en escenarios en disputa, ni en un tramo de la ruta que conduce a Estados Unidos, ni cerca de puertos por donde entran la cocaína de Sudamérica o los químicos de China. Tampoco vivo en montañas donde se cultiva amapola ni tengo una tienda, un taller o una plantación de aguacates que me obliguen a pagar derecho de piso. O sea, en principio, no estoy entre los potenciales «extorsionables». Sin embargo, el ejército estadounidense sostiene que un tercio del país –un tercio– o está controlado por el crimen organizado o tiene una fuerte presencia.

Vive, por tanto, en un estado de tensión con el que la capital y los centros de poder rara vez empatizan.

Habían pasado muchos años, pero aquella aburrida mañana de 2019, sentado en la redacción, me dio por llamar al comandante Teto, a quien había conocido seis años antes, durante el levantamiento de las Autodefensas, una serie de grupos de civiles armados que se habían enfrentado a los cárteles a cara descubierta.

Teto, que ni era comandante ni era nada, tenía cuarenta y dos años, se llamaba Héctor Zepeda y era un tipo seco y de poca charla al que se le marcaban todos los músculos sin haber pasado nunca por un gimnasio. Llevaba gorra de béisbol, barba tipo «candado», un anillo con una generosa piedra roja y caminaba siempre como si acabara de bajar del caballo: con un chaleco antibalas y dos cananas desbordadas de munición cruzadas a la altura del pecho.

Antes de convertirse en líder de las Autodefensas de Coahuayana, un municipio de diez mil habitantes situado a una hora y media de la ciudad de Colima, el comandante Teto vendía repuestos de automóvil. El cártel de Los Caballeros Templarios había asesinado a su hermano Julio, y cuando lo conocí lideraba a los vecinos de Coahuayana que se habían unido a las Autodefensas para defender su pueblo. Después regresé a Ciudad de México; el movimiento de las Autodefensas fue disolviéndose y nunca más volví a saber de él.

Habían pasado cinco años de aquello, pero probé suerte. Todo lo que viví en las setenta y dos horas posteriores a aquella llamada junto a Héctor Guerrero, mi amigo y fotógrafo de *El País*, fue lo más disparatado y clarificador sobre violencia que había experimentado nunca.

Piii, piii, piii.

–¿Qué onda?

–¿Qué tal, comandante?, ¿cómo va todo? ¿Será que puedo ir a dar una vuelta por allí a ver cómo está la situación?

–Claro, amigo; pásese por aquí y nos visita –me contestó.

Cinco días después, el viernes 30 de agosto, estaba dentro de uno de los vehículos conocidos como «monstruos» perteneciente a las Autodefensas. No sé cómo terminé allí, pero, cuando quise darme cuenta, iba empotrado en una caravana de camionetas, todas ellas modificadas, que parecían sacadas de la película *Mad Max* y encabezadas por el comandante Teto. Sin pretenderlo, formaba parte de un moderno ejército de Pancho Villa que, en lugar de a caballo, se movía por la frontera entre Michoacán y Colima con más de veinte vehículos absurdos, revestidos de un blindaje artesanal de hierro, acero y aluminio unidos a golpe de soplete en los garajes del ejido. Ellos eran la nueva policía.

Siete Leguas –«el caballo que Villa más estimaba», como canta el corrido– se llamaba la Lincoln de ocho plazas en la que viajábamos. Aquellas puertas eran una sucesión de placas de hierro; las ventanas, una superposición de cristales gruesos de oficina bancaria, y sobre la manija se abría una estrecha rendija horizontal, como si fuera un buzón, por donde asomaba el cañón de un arma. En el techo, Teto y los suyos habían fabricado una esclusa, como si fuera el periscopio de un submarino, desde la que era posible asomarse y seguir disparando.

Detrás de nosotros iban una Ford, un Jeep, una Dodge, otra Lincoln. Una negra, una blanca, una roja... Así, hasta quince camionetas 4×4 formaban el convoy que protegía Coahuayana, la última población de Michoacán antes de entrar en Colima, en la costa del Pacífico. Para todos los que estábamos allí, la sofisticada estrategia en caso de ataque se resumía en una frase: «Encerrarse en la van y echar bala hasta que se termine la munición». A fuerza de remiendos, el vehículo había sufrido tantas modificaciones que cuando se puso a llover, el agua se colaba en el habitáculo en pequeñas cascadas que caían sobre los pasajeros, armados hasta los dientes. Pero daba igual: el interior de aquel vehículo era el lugar más seguro para el comandante, que dirigía a ochenta hombres malencarados hacia cualquier desconocido.

Al frente de la caravana, conduciendo la primera camioneta, el comandante Teto avanzaba lentamente por su pueblo, girando la cabeza a derecha e izquierda para detectar a sospechosos. Teto era

capaz de hacer muchas cosas a la vez. Mientras hablaba de su pueblo, de la papaya, de su difunto hermano o del olvido del Gobierno, manejaba el volante con la mano izquierda. Con la derecha consultaba el WhatsApp de su teléfono con el AR-15 entre las piernas, como quien lleva a un hijo sobre las rodillas al que enseña a conducir.

En un momento dado, dejé de escribir sobre el calor, la papaya y su hermano muerto y anoté en la libreta solo las armas que tenía a simple vista dentro de la camioneta: el rifle automático en las piernas y dos pistolas calibre 22 en el cinturón de Teto. Otro AR-15 junto a mí en el asiento del copiloto y, en la parte de atrás, César, el pescador, y David, el tendero, sumaban cuatro pistolas más, dos AK-47, seis cartucheras y cuatro cananas en el pecho. Entre los asientos de ambos, una ametralladora Barrett con mira telescópica y un lanzagranadas. Héctor y yo seguíamos la conversación con los pies sobre tres bolsas de supermercado llenas de balas. La caravana Frankenstein se movía despacio por el municipio, vigilándolo todo y deteniendo al azar a cualquier sospechoso. Un joven tatuado en una moto que al parecer vendía cristal a domicilio, el conductor de un coche sin matrícula o un chico que caminaba tranquilamente, pero que ninguno de los que iban en el coche sabía decir quién era. Cuando la caravana llegaba al enorme cartel que indicaba el comienzo del estado de Colima, daba la vuelta y volvía a empezar, aunque ahora patrullando entre las bananeras y los inmensos campos de papaya, junto al río.

Teto hablaba sin parar y sin soltar el teléfono. Su WhatsApp echaba humo, y el tono agradable del comienzo se volvía por momentos tenso y disperso. Hasta que en un momento dado se giró y me mostró entusiasmado la pantalla.

Mientras se realizaba el reportaje en Coahuayana, sus viejos amigos de las Autodefensas de Tepalcatepec, otro pueblo michoacano, le describían en tiempo real la batalla que estaban librando a ciento noventa y dos kilómetros de ahí. Y nada de lo que entraba en su teléfono pintaba bien. Según esas noticias, un grupo de cien sicarios del Cártel Jalisco Nueva Generación había intentado entrar y tomar el control del pueblo, y acababa de enterarse del

resultado del enfrentamiento. Tras varias horas pendiente del móvil, el último mensaje le puso contento: «Ni una baja», me dijo, mostrando un mensaje de WhatsApp con un pulgar levantado. «Bueno, de los nuestros –añadió, con fría sonrisa–. A ellos les chingamos nueve cabrones.»

Con la naturalidad de quien va al pueblo de al lado a comprar galletas a bordo de un vehículo forrado de hierro del que asoman tres rifles automáticos y con lanza-gas pimienta a la altura de las ruedas, Teto describía la tensa realidad en la que vivían desde que, en 2018, el Cártel Jalisco Nueva Generación se había convertido en el cártel emergente en el país y se había propuesto entrar en Michoacán, a tres horas en coche de la capital.

Mucho antes de que llegara López Obrador al poder, en la zona se sucedían las muertes, los decapitados, los cuerpos desmembrados lanzados a la calle, y los ahorcados en árboles y puentes públicos. Era la forma de decir: «He llegado». En esta rica región del centro del país, de donde sale el setenta por ciento del aguacate y gran parte del limón y la papaya que se consumen en el mundo, la disputa entre las Autodefensas y el poderoso Cártel Jalisco tenía lugar, metro a metro, a sangre y fuego, en los límites con Colima y Jalisco. «Nos jugamos la vida para echar al cártel de Los Caballeros Templarios a puro balazo y ahora no vamos a dejar que vengan los de Jalisco a meterse –decía Teto acariciando su rifle, refiriéndose al grupo criminal que hasta 2014 controlaba estas tierras–. No permitiremos que vuelvan los asesinatos, las extorsiones ni los secuestros. Desde que las Autodefensas vigilan Coahuayana, los delitos se han reducido a cero. Somos un pueblo que se ha unido para defender a sus familias.»

Hasta ese día, los únicos capaces de frenar al poderoso CJNG en su intento por controlar Michoacán habían sido ellos, herederos de las Autodefensas, el movimiento popular que en 2013 había encandilado al mundo cuando se levantó en armas contra Los Caballeros Templarios y comenzó una cruzada que fue expulsándolos pueblo a pueblo. Luego el movimiento se disolvió y algunos de sus miembros fueron encarcelados, otros volvieron al cultivo del limón, otros se convirtieron en policías rurales y otros trataron de hacer

carrera política aprovechando su enorme tirón popular. Otros más les tomaron el gusto a las armas y se asociaron a cárteles más pequeños, casi familiares, dedicados al narcotráfico. Pero con la caída del Chapo Guzmán y el debilitamiento del Cártel de Sinaloa y el del Golfo, el CJNG había surgido como el actor criminal más fuerte, acaudalado y violento del país. En pleno proceso de expansión, con presencia en toda América Latina y con un pie en Asia, que el CJNG tratara de apoderarse del vecino Michoacán por las buenas o por las malas era solo cuestión de tiempo. Desde entonces, los vecinos se dividían en dos: los que habían huido y los que esperaban en cualquier momento un ataque de los hombres del capo de moda, Nemesio Oseguera, alias el Mencho.

Al día siguiente, después de que nos contara aquello, decidimos marcharnos antes de que saliera el sol hacia el lugar donde se estaba librando esa batalla.

Subimos cerros, atravesamos pueblos, bajamos colinas y vimos amanecer mientras conducíamos en medio del espectacular verde de Michoacán. México tiene la capacidad de aportar un bendito humor negro en los momentos más jodidos, unos chilaquiles sublimes o un amanecer que te deja sin palabras. Momentos que no caben en ninguna crónica cuando todo parece que se desmorona, pero que te conquistan agarrándote por la pechera.

Tardamos más de cuatro horas en recorrer los ciento noventa y dos kilómetros que separaban Coahuayana de Tepalcatepec, pero, de ellos, treinta y seis nos helaron la sangre.

La crónica que envié para el periódico describía así el camino hasta allí:

> La carretera de la muerte no es la que recorre los Andes o la ladera de los Annapurnas, sino los treinta y seis kilómetros que unen Jalisco y Michoacán a través de Jilotlán, un pequeño pueblo rodeado de pinos y encinas, considerado el cuartel general del CJNG en el oeste del país. Un municipio de nueve mil habitantes conformado por muchos ranchos dispersos y un pequeño zócalo con casas de teja. Sobre la carretera hay una buena tienda de herramientas y un

imponente campo de fútbol con un césped y unas gradas recién construidas con una calidad que mataría de envidia a cualquier equipo profesional. De lejos, los sicarios del CJNG parecen jornaleros que regresan hacinados en la parte de atrás de una camioneta. De cerca, sin embargo, lo que parecían el azadón o el machete son en realidad AR-15 y AK-47. Uno de ellos va con el brazo vendado manchado de sangre. Son las secuelas de la batalla de ayer.

La ruta fue un recorrido por el escenario de una guerra: llantas quemadas, casquillos y furgonetas tiroteadas y abandonadas a la carrera en la cuneta.

Unos metros antes de llegar a Tepalcatepec nos detuvimos junto a un retén donde una docena de hombres protegidos con chalecos antibalas, pantalones con muchos bolsillos y cinturones llenos de munición al borde del colapso nervioso nos recibieron apuntándonos con los fusiles. Después de identificarnos y desplegar toda la simpatía posible, se relajaron.

Nuestro coche era el primer vehículo que aparecía por aquella carretera tras la huida de los sicarios del CJNG con los que nos habíamos cruzado. El agresivo autodefensa que nos había recibido, un armario de cuarenta y dos años, metro noventa de altura y manos como guantes de béisbol, terminó siendo un simpático agricultor deseoso de desahogarse con los detalles de lo que acababa de vivir. «Terminé todos los cargadores y tuve que ir a por más. Y ayer igual, vacié los nueve cargadores que llevaba», me dijo en la trinchera, tocando un cinturón vacío de munición. En la suma acelerada que hice en la libreta, calculé que había disparado trescientas noventa veces.

Uno de sus compadres, al que también llamaban «comandante», me contó frustrado que cuando vio acercarse al CJNG, llamó al cuartel del Ejército en Apatzingán para pedir ayuda, advirtiendo de que decenas de camionetas en fila se dirigían hacia el pueblo. Sin embargo, la orden que habían recibido los militares desde Ciudad de México era «no intervenir y esperar a que todo terminara», le confesó el alto mando al otro lado de la línea. Y así fue. Diez horas después de la brutal batalla, los soldados llegaron al pueblo, elaboraron un breve informe y se retiraron.

El campesino que acababa de disparar trescientas noventa veces se quebraba al describir la crisis nerviosa en la que vivían los vecinos desde hacía años. «Es humillante el abandono en que nos han dejado las autoridades. Estamos haciendo su trabajo de dar seguridad a la población y encima nos desprecian», me dijo, detrás de unos sacos llenos de arena, en el páramo donde termina Michoacán y comienza Jalisco. «Desde que hace seis años echamos a los Templarios, sabemos que estamos muertos. Pero preferimos morir así, peleando, y no como perros amenazados», me confesó otro, al borde de las lágrimas.

Violencia y Michoacán no eran un fenómeno nuevo. Michoacán fue uno de los primeros lugares en exportar marihuana a Estados Unidos gracias a su tierra fértil y la calidad de su semilla. No obstante, después aparecieron minas, redes de migrantes y más droga gracias al puerto internacional, y la situación se salió de control. Fue entonces, como conté más arriba, cuando el gobernador del estado pidió auxilio a Calderón ante la brutal violencia impuesta por los Zetas, la Familia Michoacana y los Caballeros Templarios. La respuesta del presidente mexicano fue desplegar por todo el país a más de cien mil militares. Aquello agitó un avispero que dejó un balance desolador: a cambio de mantener a raya a los principales cárteles, multiplicó el número de muertos y desaparecidos.

Michoacán es una región estratégica por ser zona de paso de la droga que se mueve hacia el norte y por el control del puerto Lázaro Cárdenas, punto de entrada de los químicos para las drogas sintéticas que ha hecho multimillonario al CJNG gracias a su conexión con China por el Pacífico. Otros dos ingredientes más sazonaban la olla: el dinero que deja la minería ilegal y el aguacate.

Y es que Estados Unidos mantiene, desde su fundación como país, un doble discurso sobre todo lo que pasa en México y la responsabilidad que tiene sobre ello. En 2023, su Gobierno ofreció por primera vez un dato concreto al denunciar que un tercio de México está bajo el control del crimen organizado. El presidente Donald Trump utilizó la migración y su famoso muro para ganar sus primeras elecciones, y durante su segundo mandato amenaza día tras día con enviar soldados estadounidenses si la droga sigue

cruzando la frontera. Sin embargo, no dice una palabra de los dos millones de consumidores que demandan cada mes más y más gramos de cocaína. En ese insaciable aumento de consumidores reside gran parte del problema de la violencia que se sufre al sur del río Bravo.

Antes de aquella batalla, había estado en Tepalcatepec entrevistando a José Manuel Mireles cuando lideraba las Autodefensas, y volví allí en 2017, cuando salió de prisión después de pasar tres años encarcelado por posesión de armas. Mireles, médico de profesión, había sido la cara visible de aquel ejército popular de veinticinco mil agricultores, rancheros y vecinos que, hartos de extorsiones, secuestros, decapitaciones y torturas, se levantaron en armas y se ganaron la simpatía de gran parte del país y de medio mundo. Incluso en Hollywood se rodó una película sobre Mireles y el levantamiento popular titulada *Tierra de cárteles* (*Cartel Land*, 2015), que fue nominada al Oscar al mejor documental.

El caso es que la frontera entre Jalisco y Michoacán es la nueva «Masía» del crimen organizado. Una cantera de capos similar a lo que durante años fueron Sinaloa, Badiraguato y el Triángulo Dorado, de donde salieron los capos más importantes, como el Chapo Guzmán, el Mayo Zambada, Arturo Beltrán Leyva, Caro Quintero o Félix Gallardo.

Pero ahora, esta remota zona de México ardía por los cuatro costados, entre otras cosas, por dos vecinos: el Mencho, líder del CJNG y nacido en Aguililla, y Juan José Farías, alias el Abuelo, nacido solo a unos kilómetros de allí y uno de los líderes de las Autodefensas que en 2013 decidió unirse al crimen organizado y montar su propio cártel. Para las autoridades era un delincuente, pero para su pueblo era un «luchador social» que fue recibido con mariachis y fuegos artificiales cuando en 2018 quedó en libertad sin cargos.

Con las voces recogidas en el pueblo y en aquella trinchera, traté de hacerme un mapa mental de la batalla de Tepalcatepec recién terminada. Según lo que me iban contando, por la extensión de la zona en disputa –los sesenta y seis kilómetros que Michoacán comparte con Colima y los quinientos sesenta y tres que comparte

con Jalisco–, por el número de hombres movilizados –unos ciento veinte de cada bando–, por el armamento empleado –medio centenar de vehículos blindados, francotiradores, miles de balas, lanzagranadas Barrett y diez bombas de mano–, por la estrategia utilizada –una avioneta del CJNG había sobrevolado dos días antes el municipio lanzando folletos sobre la población para advertir a los vecinos que no salieran de casa–, por la duración de la batalla –casi tres horas de fuego cruzado a lo largo de dos días– y por el número de bajas –nueve muertos y once heridos–, el balance era similar al de algunas batallas libradas en Siria, Ucrania y Afganistán.

Después de aquel intenso día, decidimos movernos a La Ruana para entrevistar a Hipólito Mora. Mora era otro cultivador de limones que, cansado de las extorsiones, se había unido al movimiento popular que se había rebelado contra los cárteles de la droga.

Cubierto siempre con un sombrero de rancho, Mora era un hombre temperamental y vehemente que hablaba con entusiasmo, al que no le costó convertirse, junto a Mireles, en uno de los líderes del levantamiento. Habían pasado cinco años desde que lo vi por última vez, y cuando llegué a su casa no quedaba ni rastro de aquel carismático jefe. En lugar de al enérgico líder, me encontré a un hombre envejecido y asustado que vivía atrincherado en una casa con almenas, rodeado de policías y obsesionado por el asesinato de su hijo. Peña Nieto había disuelto el movimiento de las Autodefensas comprando o encarcelando a los principales líderes, como Mireles, y un tercer grupo se había unido a los cárteles de la droga.

Mora, sin embargo, pertenecía a un cuarto grupo. Testarudo como era, se encaró a López Obrador por su política de «abrazos y no balazos» al no enfrentar los cárteles, y criticó a sus antiguos camaradas por pasarse al crimen organizado. Sus enemigos tampoco le perdonaban su pasado, y poco a poco fue quedándose cada vez más solo en su llamado a un nuevo levantamiento popular. «Ojalá el Gobierno se pusiera en nuestros huaraches. Han vuelto a secuestrar y a exigir derecho de piso y yo no tengo otra solución que volver a tomar las armas –me dijo aquel día–. Esta gente no entiende otro idioma, y no hay nada que hablar con ellos porque no es posible dialogar con el diablo.» Recuerdo aquella entrevista como la

conversación con un hombre atormentado que caminaba de lado a lado arrastrando los pies con una pistola en el cinturón. A los sesenta y cuatro años, Hipólito Mora era un hombre siempre a un paso del pánico, solo esperaba que llegaran a por él en cualquier momento. Aunque ni siquiera sabía quién.

De aquellos días de locura salió una crónica que se publicó en *El País*, titulada «En el corazón de la guerra en México». El texto fue bastante leído y circuló mucho en redes por la salvajada de los detalles que en él se contaban; en los días posteriores me llamaron también de alguna cadena de televisión y participé en programas de radio para hablar de la cobertura. Creo que el periodismo había cumplido uno de sus objetivos al acercar al lector una realidad poco conocida. Si además la historia incluye –para los lectores mexicanos– cercanía geográfica, es difícil que un reportaje no funcione. En nuestra vocación de periodistas y antropólogos frustrados que caminan con la libreta en una mano y el cazamariposas en la otra buscando historias, el éxito de aquella crónica fue resultado de dos ingredientes poco habituales en los medios: tiempo y jefes que me lo dieron. Un privilegio cada vez más escaso en una redacción. Caminar, olfatear, sentir, hablar sin prisa y tomar mil cervezas absurdas con gente a la que nunca volverás a ver para tratar de unir las piezas del puzle. El lujo de llegar a una redacción y poder decir que no hay historia o que traigo tres bajo el brazo.

Pero nadie vuelve intacto de una cobertura así. Las imágenes, las conversaciones, la tensión, las caras, los acentos, las lágrimas y el humor negro de aquellos días agitan. Uno regresa a casa pensando que en la calle no se comenta ninguna otra cosa y que en los restaurantes solo se habla de lo que acabas de ver.

Así que al día siguiente estuve muy atento a la «mañanera», la rueda de prensa que López Obrador ofrecía todos los días a primera hora, y me senté frente al televisor con un café. En momentos así entiendes que al problema le queda mucho recorrido al ver que el

hombre que revolucionó la comunicación política con apariciones diarias en televisión de más de dos horas dedicaba cuarenta segundos a hablar de lo que acabábamos de publicar.

Cinco años después de aquello, una tarde, sentado en la redacción de Miguel Yuste, en Madrid, me llegó una alerta al móvil. Hipólito Mora había sido asesinado. Según la escasa información oficial que se conocía, «Dos camionetas cerraron el paso a los dos vehículos en los que viajaban Mora y sus escoltas, a quienes dispararon antes de prender fuego a uno de ellos y darse a la fuga. Cuando las autoridades llegaron al lugar, Mora yacía sin vida y con quemaduras en la mayor parte de su cuerpo».

Cuando días después llamé al comandante Teto, solo me dijo que estaba «golpiao» y cada vez más solo, pero que seguía «resistiendo» en aquel caluroso pueblo situado a diez mil kilómetros de distancia de mi mesa.

Fue una llamada breve y llena de silencios, antes de volver a mi día lluvioso y a las noticias de desahucios o a los escándalos de Ayuso y de Ábalos que me rodeaban. Después de colgar, escribí una aburrida crónica sobre el alcalde de Madrid, llegué al metro, me acomodé en el vagón, metí la llave en la puerta de casa y cené con Izara como un autómata, con la cabeza en otro lado.

2. UN GOL PARA UN GOLPE DE ESTADO

Acababa de entrar en mi casa, en Ciudad de México, después de varios días en Guadalajara cubriendo la Feria Internacional del Libro, cuando me encontré con tres extraños mensajes en el contestador del teléfono, en una época en la que todavía tenía uno sobre la mesa. El primero era una llamada que se interrumpía; el segundo, la voz de un hombre del que solo recuerdo: «Te crees muy listo, pendejo», y el tercero, una canción. Se trataba de un corrido mexicano cuyo estribillo decía algo como: «Cuídate, que te están buscandoooo...». Durante los días siguientes, las llamadas al móvil se cortaban de pronto o sonaban interferencias, hasta que un amigo policía me confirmó que se trataba de un pinchazo. Aquello duró lo que tardaron en cansarse. Calculo que un par de meses.

Hasta ese día, yo creía haber hecho reportajes y columnas con entidad suficiente como para agitar al poder y provocar cambios o dimisiones, algunos eran sobre corrupción, abusos policiales o desapariciones sin resolver. Los había escrito con rabia, convencido de que desde algún despacho se ordenarían ceses o irritarían a algún ministro que pediría mi cabeza. Pensaba que el periodismo de investigación y el trabajo de reportero desde el terreno serían el azote incómodo del poder luchando contra las injusticias. Pero era obvio que me equivoqué. Aquel día descubrí que alguien, desde muy arriba, estaba enojado de verdad por haberle hecho una tonta pregunta sobre libros al futuro presidente de México.

El actual modelo mediático te permite rellenar periódicos y minutos de televisión para entretener y mantener las apariencias hasta que traspasas una línea, y ahí se terminó la fiesta. El sistema nos deja jugar a ser periodistas mientras no se vean amenazados los grandes intereses económicos y políticos que los impulsan. Si eso

sucede, la maquinaria opera de forma implacable. Así que cuando el cinismo me invade, pienso en aquel editorialista de la prensa franquista que, durante la crisis de los misiles, cada vez que se sentaba indignado frente a la Olivetti, tecleaba musitando: «Se van a enterar en Moscú».

El poder que he conocido es un espacio ocupado por gente que habita entre nosotros, pero que nunca fue elegida de forma democrática por nadie: el embajador de Estados Unidos, un empresario del café, la petrolera Chevron, un líder pandillero o el pastor evangélico que llena de fieles todos los domingos templos o estadios.

Sin embargo, para conquistar el poder político y participar de la partitocracia todavía no se ha encontrado una fórmula mejor que el voto para llegar a lo más alto. El candidato necesita reunir el mayor apoyo popular posible, lo que implica disimular las carencias o revestirlas de oropel y secretismo para convertir en inteligente y resolutivo a quien aspira a gobernar. En la construcción de un presidente, incluso el más inútil de los aspirantes aparecerá como un inmenso líder si es arropado con eficacia por estrategas, empresarios, medios de comunicación y embajadas.

El camino no es fácil. La política latinoamericana es una potente trituradora a la que solo sobreviven los más refinados carniceros. En América Latina, entre quienes han tocado poder, solo el uruguayo José Mujica reúne cierto consenso a la hora de concederle la indulgencia. No es una tarea fácil. Hasta de la madre Teresa de Calcuta alguien escribió una vez un libro denunciando lo mal bicho que era, y de Kapuściński, que se lo inventaba todo.

La debilidad institucional hace que la democracia en América Latina sea una construcción piramidal levantada de la mano de hiperliderazgos.

Hoy en día, solo el peronismo, el castrismo y el chavismo han sobrevivido a la muerte de sus fundadores. No obstante, han llegado a nuestros días con tales deformaciones que solo queda de ello la marca blanca de lo que en su día fueron modelos rompedores. En paralelo, el sandinismo de Daniel Ortega sigue atornillado en el poder. El indigenismo de Evo Morales y el kirchnerismo de Néstor y

Cristina Kirchner agonizan tras su salida del cargo –a excepción del heterodoxo fujimorismo de Keiko, que ganó la presidencia– porque fueron incapaces de crear estructuras transversales y coherentes que no hayan sido fagocitadas por la corrupción y los delirios de grandeza. En México, López Obrador terminó su mandato en 2024 con uno de los índices de popularidad más altos del continente, pero no logró consolidar una base popular que le trascendiera, más allá de llevar a Claudia Sheinbaum, su eterna discípula, a la presidencia. La vieja estrategia de la «tensión permanente», manejada con destreza durante sus seis años en el poder, no oculta su fracaso en la creación de un modelo político más allá de los subsidios. El PRI de los años setenta, en el que se formó e inspiró después López Obrador para la fundación del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), sigue siendo un movimiento, más que un partido, donde el líder ejerce de madre y padre de la nación que abraza a sus hijos.

Cuando el 13 de abril de 2002 Hugo Chávez recuperó el poder después de un golpe de Estado de cuarenta y ocho horas, gracias, entre otras cosas, a que miles de caraqueños bajaron de los cerros y rodearon Miraflores exigiendo su regreso, Chávez comprendió la importancia de tener bien engrasada la calle y de contar con un ejército paralelo. Creó entonces las «milicias populares» y los «motorizados», grupos de simpatizantes capaces de imponer en los barrios el mantra bolivariano con argumentos o con golpes, según las necesidades.

Las encuestas periódicas que publica Latinobarómetro confirman año tras año que en América Latina la democracia es un valor a la baja, y cada vez más votantes reconocen en voz alta que prefieren una dictadura que garantice pan y casa a un sistema democrático que no resuelva sus problemas. Esta frustración es mayor entre los países que más tarde han llegado a la democracia, una sensación especialmente marcada en los centroamericanos que en los años noventa pusieron fin a las guerras civiles, pero que tres décadas después siguen viviendo en una de las regiones más desiguales y crueles del mundo. En este contexto hay pocos estímulos para pensar que la democracia y los derechos sociales son valores que merecen ser defendidos.

Gracias al periodismo, en los últimos lustros he entrevistado, de forma individual o junto con otros periodistas, a multitud de presidentes latinoamericanos desde que eran candidatos. Andrés Manuel López Obrador, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto en México. Álvaro Uribe, Juan Manuel Santos y Gustavo Petro en Colombia. Nayib Bukele en El Salvador, Nicolás Maduro en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador, así como algunos de los últimos presidentes peruanos. De este grupo, solo unos pocos gozan de un retiro tranquilo. De hecho, el peruano Alan García se disparó en la cabeza, y su sucesor, Ollanta Humala, fue condenado a quince años de cárcel por lavado de activos. Entre los mandatarios centroamericanos y caribeños el balance es aún más dramático: los salvadoreños Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén, el guatemalteco Otto Pérez Molina, el hondureño Juan Orlando Hernández y el haitiano Jovenel Moïse están exiliados, encarcelados o muertos. Para ellos, el poder fue una silla eléctrica disfrazada de trono.

He cubierto casi una treintena de elecciones presidenciales y decenas más de comicios estatales, y he pasado muchas horas junto a asesores, expertos y ministros que me han ayudado a confirmar lo que solo es posible intuir de refilón en una entrevista: que la gran mayoría no son nada especial.

Figuras movidas por terceros con una limitada capacidad de trabajo que entienden el poder como un punto de llegada, y no de partida. Casi todos ellos están muy solos, y el ejercicio del poder los encierra aún más en un pequeño círculo donde se sienten en confianza.

A veces se trata de una decepción extraña que ni siquiera tiene que ver con el programa político. Un día, durante la campaña de 2007, fui a casa de Rigoberta Menchú, candidata a las elecciones presidenciales de Guatemala. Por alguna razón que no recuerdo, nadie la avisó de que iría, así que me la encontré vestida con ropa deportiva, un pantalón y un jersey Adidas negro, en su casa de Quiché. Al verme, volvió a su habitación, se puso un güipil indígena y comenzó a hacer declaraciones, en las que siempre hablaba en

tercera persona: «La premio Nobel opina...», «La premio Nobel cree...», «La premio Nobel quisiera decir...».

El talento y la arrolladora personalidad que un día llevaron a este tipo de personajes a lo más alto suelen diluirse ante presiones e intereses para los que no estaban preparados. De cerca, tampoco pasarían un examen: miran el culo a su secretaria cuando se va del despacho, conceden licencias de obras a sus viejos amigos y engordan viendo el fútbol en el salón.

Son los menos quienes reinterpretan la política y dan un giro a lo que se espera de ellos. De entre todos, solo unos pocos logran entusiasmar o, lo que es lo mismo, llenarnos de dioses, según el origen griego del término. De este grupo, sin duda, el más destacado fue Fidel Castro. Después llegaron Chávez y Uribe, convertidos en alumnos aventajados del populismo... hasta la aparición de Bukele.

CHÁVEZ Y URIBE, YO PONDRÉ LA GUERRA

Durante muchos años seguí muy de cerca a Hugo Chávez. Asistí a épicos discursos en la calle junto a miles de personas, lo vi participar en cumbres internacionales y conversar horas seguidas con militantes y trabajadores. Estuve cuando inauguró viviendas, expropió empresas y tierras, regaló tractores y dio eternas ruedas de prensa en Miraflores.

Era una máquina de cautivar, enamorar y manipular. Agudos periodistas que aspiraban a ponerlo en aprietos salían rendidos ante su capacidad de seducción. Con un estilo directo y cercano, era una fuerza de la naturaleza que logró convencer a millones de venezolanos que jamás hubieran votado por él. Con sus luces y sombras, se convirtió en uno de los personajes más importantes del siglo XXI. Desde que Fidel Castro entró en La Habana de verde olivo y con un fusil al hombro, la izquierda latinoamericana no contaba con una figura de magnitud similar,

pero en esta ocasión, con la legitimidad de los votos. Chávez alteró el equilibrio de fuerzas en la región y convenció a la Cuba de los hermanos Castro, la Argentina de los Kirchner, el Brasil de Lula y el Uruguay de Mujica de la necesidad de actuar unidos y crear un bloque –más político que económico– que con los años se ha ido diluyendo. La habilidad de Chávez era tal que logró convencer a todos de que vender chompas de lana de llama de Bolivia en Cuba podía ser un buen negocio.

Su *alter ego* en la región era un presidente vecino, el colombiano Álvaro Uribe, que había llegado al poder en 2002, tres años después de que lo hiciera Chávez. Agresivo, populista y carismático como él, Uribe gozó durante mucho tiempo de uno de los niveles de aprobación más altos del continente.

Comprendí mejor al personaje el día que lo acompañé en 2005 a un «consejo comunal», una especie de asamblea pública en un pueblo cercano a Bogotá, donde él y sus ministros se enfrentaban a los vecinos. Sentado a una mesa de campo con un cuaderno y un lápiz, colocaba a sus principales ministros de pie tras él e iba dando la palabra a decenas de campesinos y desplazados por la guerra que detallaban sus problemas. Uribe repartía los turnos de intervención entre los vecinos mientras ninguneaba a sus ministros o les llamaba la atención delante de todos por su falta de soluciones.

«Usted, ministro Cano, apunte el teléfono de este señor y dele seguimiento a lo que está diciendo de los cultivos que perdió.» «A ver, Cecilia María, investígueme ahora mismo por qué no está funcionando la escuela en el pueblo de este señor y si es cierto que la guerrilla se apareció allí.» «Usted, ministro Londoño, ¿qué problemas tiene ese ambulatorio que dijo hace tres meses que iba a estar operativo?» Jamás había visto algo igual. Aquella gente lo miraba como si fuera un mesías. Les hacía sentirse escuchados.

Uribe manejaba el poder de forma personalista, como si fuera una hacienda, y yo tenía la impresión de estar ante un Chávez de derechas.

Personalidades tan iguales, tan antagónicas y tan vecinas estaban destinadas a chocar tarde o temprano. Y así fue durante la década

que ambos coincidieron en el poder. Hubo incluso un día en el que el bolivariano anunció «tambores de guerra» contra Colombia.

El detonante fue el ataque de Uribe a la cúpula de las FARC en suelo ecuatoriano en marzo de 2008. Lejos de la sofisticación israelí para aniquilar a enemigos, Uribe directamente bombardeó desde el aire un campamento guerrillero y mató a Raúl Reyes y a todo lo que había alrededor. La respuesta de Chávez, el gran aliado regional de Rafael Correa, fue declarar la guerra a Colombia: «Señor ministro de la Defensa, movilice de inmediato diez batallones de tanques hacia la frontera con Colombia y ordene que se despliegue la aviación militar», anunció en televisión.

Hay una frase tan vieja como manida según la cual si una persona dice que llueve y otra que no, el trabajo del periodista no es darles voz a ambas partes, sino abrir la ventana y comprobar qué ocurre. Y eso es lo que intenté hacer.

Viajé desde Bogotá a la ciudad de Riohacha, capital de la península de La Guajira, con Joaquim Ibarz, el histórico corresponsal de *La Vanguardia*. Durante varios días, bajo un sol de justicia, recorrimos cientos de kilómetros por la línea que separa Venezuela y Colombia buscando la guerra que anunciaban por televisión. Estuvimos en pueblos, aldeas, trochas y cuarteles a uno y otro lado de la frontera, donde, en realidad, nada pasaba y la vida seguía indiferente su caótico transcurrir.

Los tambores de guerra pasaban de largo por aquel misterioso y desértico paisaje donde no había tensión, sino un gran cabreo entre los indígenas wayuu debido al cierre fronterizo que había hecho subir el precio de la gasolina de contrabando. Lo único que detecté fueron las pocas ganas que tenían los vecinos de ambos lados de pelearse con sus hermanos de enfrente.

Los soldados venezolanos habían recibido la orden de no hablar con los periodistas, menos aún extranjeros, pero semejante orden en un país caribeño es, a excepción de Cuba, misión imposible.

En viajes de este tipo es bueno viajar con un frontal para escribir sin luz y tabaco de sobra como la mejor palanca para iniciar una conversación. Todo el mundo quiere cigarrillos, y hasta al que no fuma se le antoja. Entre las tropas bolivarianas, más preocupadas

por comer tres veces al día que por invadir al enemigo, nada hacía pensar que estábamos en guerra. Con uno de aquellos soldados de guardia, a las puertas de un cuartel de infantería, ubicado a decenas de horas en autobús de la capital, surgió la conversación de la que salió el titular de la crónica que se publicó al día siguiente: «Guerra, ¿de qué guerra me habla?».

En realidad, tanta belicosidad era más mediática que real, y Hugo Chávez era el menos interesado en medirse con un potente ejército como el colombiano, frente al venezolano, que por entonces parecía de aficionados. Todas las noches, sin embargo, al llegar al hotel veíamos en la televisión cómo Chávez y Uribe volvían a intercambiar insultos y amenazas, transmitiendo la sensación de que la frontera era un lugar militarizado en el que estaban a punto de empezar a rugir los cañones y los misiles. Chávez necesitaba salvar el bloque continental de izquierdas que lideraba, y estaba obligado a dar la cara por Correa y denunciar aquel salvaje atropello. Pero, igual que tantas otras veces, el enfrentamiento tenía más de dialéctica y literatura que de fuego.

Así que días después, sentado en un miserable puesto de comida en la frontera junto a comerciantes, pastores y traficantes de gasolina que entraban y salían de los «caminos verdes» cargados de garrafas, un camionero venezolano acostumbrado a moverse por la línea le dio un mordisco a la arepa de salchicha y resumió con una frase el poco entusiasmo bélico que se respiraba: «Es más probable que un militar venezolano muera de parto que en acto de servicio», dijo con la boca llena.

Frente a la retórica belicista que tantos minutos de televisión ocupaba, el periodismo permitió algo tan simple como ir, ver y contar. Por aquel entonces, las comunicaciones eran menos invasivas e instantáneas que ahora, y los jefes no enviaban mensajes de WhatsApp para pedir al enviado al terreno un texto urgente al calor de una declaración escrita en X. El peligro de las redes para los periodistas no solo está en la capacidad para orientar enfoques, de acuerdo con la efectividad del algoritmo, sino en la osadía de aquellos jefes que las consumen para intentar convencerte de que lo que ves con tus ojos no es cierto.

Durante aquella intensa cobertura recorrí un paisaje ajeno y remoto que me ayudó a entender un poco más el continente que trataba de contar. Fue un lujo poder perderme por uno de los lugares que más me fascinan: las fronteras. En los interminables recorridos en destartalados coches, a Joaquim Ibarz le gustaba contar anécdotas absurdas. «¿Sabes que el único muerto en la guerra de la independencia de Panamá con Colombia fue un burro? Los estadounidenses llegaron frente a la costa, dispararon un cañonazo, mataron un burro y se declaró la paz al día siguiente», decía, riéndose. Echo de menos aquellas coberturas y conversaciones que tanto me han aportado.

Desde entonces, Colombia y Venezuela han formado parte de mi vida y mi trabajo en el continente. Viví dos años en Bogotá como corresponsal de la agencia Associated Press, y antes había pasado largas temporadas en Venezuela. El golpe de Estado contra Chávez en abril de 2002 fue mi primera cobertura, y hasta el fraude de las elecciones de 2024, que alejaron de la presidencia a Edmundo González, he estado vinculado a todo lo que allí sucede. Henrique Capriles, Manuel Rosales, Julio Borges, Leopoldo López, Juan Guaidó, María Corina Machado...: los líderes opositores han ido desfilando mientras el chavismo se atornillaba al poder. He alquilado habitaciones en Sabana Grande, Chaguaramos y las Torres de Parque Central, y el deterioro del país me duele como pocas cosas.

Cambia mucho la forma de mirar un país cuando las personas dejan de ser una fuente de información y se convierten en amigos. Aterricé en una ilusionante Venezuela hace casi veinticinco años, y cada vez que he vuelto me encuentro siempre con la misma respuesta cuando pregunto por alguno de ellos: «Ya no está en el país», «Se fue hace unos meses», «Vive en Colombia», «Se largó a Panamá», «Está tratando de llegar a España...» son las habituales.

Unas tres décadas después de la llegada de Chávez al poder, casi nueve millones de venezolanos han salido del país, sobre todo a Colombia, que ha asimilado con asombrosa tranquilidad, un éxodo solo comparable al de Ucrania, que seis millones de ucranianos han abandonado por la guerra.

Perú y Brasil han vivido oleadas migratorias similares, la frontera

de México con Estados Unidos está desbordada de venezolanos malviviendo en centros de acogida, y la cruel selva del Darién, que ocupa todo el sur de Panamá, engulle anualmente decenas de emigrantes. Una crisis humanitaria sin precedentes en el continente que se ha vivido en distintas etapas. De Venezuela se fueron primero los ricos; después, las clases medias, y en los últimos años, los más jodidos de la pirámide: los que no tienen dinero ni para pagar al «pollero» y tratan de atravesar por su cuenta una de las selvas más duras del mundo.

Durante esos años de coberturas en Venezuela, uno de los reportajes que más recuerdo lo escribí en la capital del estado Yaracuy junto a un grupo de venezolanos de origen gallego y canario, dueños de algunas tierras con ganado en las que también se cultivaban café y naranjas. En un país acostumbrado a vivir del petróleo, encontrar a familias que produjeran alimentos era casi un milagro. Pero, de un día para otro, a ellos, y también a cientos de portugueses e italianos, les quitaron sus tierras mientras el chavismo alimentaba desde la televisión una agresiva xenofobia.

Ante aquella recién estrenada orfandad, el embajador de España en Venezuela, Raúl Morodo, miraba hacia otro lado: los despreciaba y ni siquiera los recibía. Costaba entender la indiferencia y el ninguneo de Morodo hacia aquel grupo de octogenarios que había nacido en España, que había llegado a Venezuela siendo adolescente y que de un día para otro se había quedado al borde de la indigencia. Era la época del «exprópiese» de Chávez en la cadena nacional, al que medio mundo le reía las gracias. Porque no se trató solo de apoderarse de sus tierras, sino también de humillarlos y convertirlos en venezolanos de segunda clase.

Una de las fotos que guardo cerca de mi mesa es la de Rosa, una tinerfeña de setenta años que me abrazó y rompió a llorar, recordando al grupo de hombres que un día entró en su cafetal con machetes, colocó varias carpas, telas, palos y nunca más se fue. Los últimos días habíamos estado recorriendo sus tierras, pero hombres armados las ocupaban y vigilaban para que nadie se acercara, así que nos desplazábamos escondidos mientras Rosa aguantaba tanta impotencia. Al despedirnos, volvió a abrazarme llorando. Aquel

reportaje se publicó en *El Mundo* en 2005 y se tituló «Las víctimas españolas de la revolución de Chávez», y una de las fotos que Agustín Pery incluyó junto al texto fue la de aquel abrazo. Una de las dolorosas satisfacciones que me dejó aquella cobertura llegó en octubre de 2024, cuando la Audiencia Nacional condenó a Raúl Morodo a diez meses de cárcel y a pagar un millón cuatrocientos mil euros por fraude fiscal, al ocultar a Hacienda los más de cuatro millones ingresados por su hijo por falsas asesorías legales a la empresa estatal de Petróleos de Venezuela (PDVSA) durante su etapa como embajador.

Hubo una época en que el chavismo era algo más civilizado y mantenía contactos con quien no pensaba igual que él. Para reportajes como aquel tomé cafés con el vicepresidente José Vicente Rangel y la poderosa Delcy Rodríguez, hoy «presidenta encargada» de Venezuela y por entonces viceministra de Exteriores, en un ilusionante periodo en el que el chavismo aceptaba sentarse a una mesa y escuchar preguntas incómodas. Una vez, incluso, la diputada Iris Varela, en la actualidad responsable de las cárceles del país, me llevó en su coche durante una cumbre internacional en la que perdí el autobús. Aquella mujer desquiciada que, de vez en cuando, aparece en televisión como una de las más furibundas defensoras del chavismo más intransigente y violento fue la más amable del mundo.

En esos años, el precio del barril de petróleo superaba los setenta dólares, y Venezuela extraía tres millones doscientos mil barriles diarios, frente al millón actual debido a la ineficiencia de la PDVSA. Eran tiempos en los que había dinero y la sana intención de cambiar el país. Pasé muchas horas también con la oposición. Desde aquella noche de mayo de 2007, con el cierre de Radio Caracas Televisión (RCTV) en las instalaciones de la cadena, hasta la campaña «puerta a puerta» de Henrique Capriles o María Corina Machado en el transcurso de las elecciones de 2012. Entrevisté a muchas madres que habían perdido a sus hijos en las protestas, y a familiares de los diecinueve muertos en el ataque a la manifestación del 11 de abril de 2002 que detonó el golpe.

Contar Venezuela ha sido uno de los retos más difíciles de estas

dos décadas. La narrativa inicial había colocado a Hugo Chávez como un militar de izquierdas, de piel morena, que criticaba con dureza el imperialismo de Estados Unidos. Aquello sedujo a millones de personas en todo el mundo. Durante años fue la estrella de las cumbres internacionales, el péndulo continental se movía a su favor, y hasta se despidió lanzando besos a la multitud cuando, en 2009, acudió a la Gran Vía de Madrid a comprar libros.

Todo ese capital fue diluyéndose, y diez años más tarde, en 2019, cuatro millones de venezolanos habían salido ya del país. Hacer periodismo era jugarse el pellejo. La prensa local –mi amigo Daniel Lozano, pero también los corresponsales internacionales– sufría enormes presiones, estaba señalada y se vetaba a las fuentes. A lo largo de mi etapa en la agencia Associated Press vi cómo se iba vaciando la delegación de Caracas porque era difícil encontrar a buenos periodistas que aguantaran en la ciudad. Por eso recuerdo que los colegas nos enviamos encabronados una columna de Almudena Grandes titulada «Verdades alternativas» y publicada a finales de marzo de 2019 en *El País*; empezaba diciendo: «No recuerdo haber leído en ninguna parte un relato fiable sobre lo que ocurre en Venezuela. Sobre mí se han derramado, eso sí, toneladas de información. No escribo con intenciones ocultas, ni pretendo aumentar la confusión, al contrario. Simplemente, me gustaría saber la verdad. Y tal vez es culpa mía. Tal vez se han publicado grandes análisis y me los he perdido». Y terminaba así: «Pero no recuerdo haber visto, o leído o escuchado en ninguna parte un relato objetivo, fiable y veraz sobre las razones de la situación que padece Venezuela».

En realidad, aquella era también la opinión de muchos que no querían ver. En la prensa se habían publicado miles de reportajes sobre la situación de Venezuela. La corrupción galopante, el autoritarismo o el robo de elecciones, pero una parte de la sociedad había elegido no verlo. Exageraciones de la derecha, prensa manipuladora, intentos de hacer caer un gobierno de izquierdas o intentos por desestabilizar a un socio de China, se argumentaba. Sin embargo, era suficiente con leer en su propio periódico las crónicas de Francesco Manetto desde Caracas. Ocho meses después de

aquella columna, el día de Reyes de 2020, a Manetto le dieron una paliza por el mero hecho de estar en la Asamblea Nacional cubriendo un pleno. Lo reconocieron como periodista, lo arrinconaron contra una puerta y una turba de bestias comenzó a darle patadas y puñetazos hasta que se cansó. Incluso le golpearon con un casco de moto. Manetto fue hospitalizado, tuvieron que operarle de urgencia y sufrió un desprendimiento de retina cuyas consecuencias no le impiden hoy ser el más rápido ojeador de noticias en la redacción de Madrid. No obstante, años más tarde sigue pareciéndome infame esa columna que eligió cerrar los ojos a ver lo que estaba sucediendo. Una columna muy de nuestros tiempos, cuando la realidad no debe joderte una buena opinión.

De todas las entrevistas que he realizado como periodista, una de las que más recuerdo es la que le hice al general Raúl Isaías Baduel, en 2012, en la cárcel de Ramo Verde la víspera de las elecciones presidenciales que medían a Chávez con Capriles. Con la ayuda de su hija, me hice pasar por un familiar del general y entré en aquella prisión, por la que pasaron otros opositores como Leopoldo López. Dentro me encontré con un hombre respetado al que todos los presos saludaban llevándose la mano a la sien. Baduel era un militar atípico que adornaba su celda con imágenes de budas y dioses hindúes, y mataba las horas devorando literatura. Por supuesto, estaba prohibido entrar en la cárcel con grabadora, teléfono o cuaderno, pero Baduel me facilitó el papel y el bolígrafo que necesitaba para hacer la entrevista. En la celda comenzamos una conversación que dio pie a una entrevista que empezaba así:

> El 17 de diciembre de 1982, dos jóvenes soldados del ejército venezolano juraron bajo un árbol centenario no descansar hasta ver una democracia real en Venezuela. Aquel pacto, conocido como el «juramento de Samán de Güere», fue el compromiso entre dos amigos que se querían como hermanos: Hugo Chávez y Raúl Baduel, padrino de uno de sus hijos. Aquella lealtad tampoco se quebró en 2002 cuando Baduel se opuso al golpe de Estado contra Chávez y se movilizó para devolverlo a Miraflores después de dos días de vacío de poder.
>
> En respuesta, Chávez lo convirtió en su ministro de Defensa y su hombre más cercano. Sin embargo, diez años después, el primero es presidente de Venezuela y el segundo está condenado a ocho años de cárcel en una prisión

militar por apropiación de treinta millones de bolívares. El Arnaldo Ochoa venezolano fue condenado inmediatamente después de que denunciara el rumbo totalitario de Chávez.

Durante aquella entrevista, Baduel me describió a un Chávez que en nada se parecía al hombre al que había conocido años atrás. Un Chávez que aspiraba a quedarse de forma vitalicia en el poder, imponiendo una agenda de odio que destruiría el aparato productivo del país, me dijo aquel hombre íntegro que había caído en desgracia desde que denunciara el giro autoritario de su antiguo amigo. Cuando terminamos de hablar, le devolví el bolígrafo, doblé las hojas en cuadritos muy pequeños que escondí entre las nalgas y salí caminando de la prisión como si hubiera sido violado por una manada de bisontes. Tiempo después, Baduel fue trasladado a la macabra prisión del Helicoide, donde murió nueve años más tarde, a la edad de sesenta y seis.

EL ETERNO SELFI DE BUKELE EN EL SALVADOR

De entre todos los nuevos actores surgidos en los últimos años en América Latina, el personaje que más me ha interesado es Nayib Bukele. El impacto generado por su llegada al poder en El Salvador y su forma de ejercer la presidencia han hecho de él, con mucha diferencia, el fenómeno social y político más interesante de los que han sacudido la región, solo comparable al chavismo. Ni la llegada al poder del indigenismo de Evo Morales en Bolivia, la revolución ciudadana de Rafael Correa en Ecuador, los Kirchner y Milei en Argentina, Lula y Bolsonaro en Brasil o López Obrador en México reúnen tantas peculiaridades y han supuesto cambios tan profundos como la irrupción de Bukele al frente del país más pequeño de la América continental.

No era fácil intuir que un publicista de treinta y siete años de apellido palestino que utilizaba zapatos italianos, gel fijador y

pañuelo Hermès en la solapa podría llegar a ser presidente de uno de los países más pobres de América Latina. Y menos aún que lograría enamorar y cambiar de arriba abajo un país entero a la velocidad con que él lo hizo. En solo cinco años, El Salvador ha pasado de ser uno de los lugares más homicidas del mundo a ser uno de los más pacíficos de América. En menos de diez años, él ha pasado de ser un alcalde de izquierdas más a ser un referente mundial de la ultraderecha. Y todo en tiempo récord.

Hasta su llegada al poder en 2019, Bukele era un interesante político que, como alcalde de San Salvador, había logrado rehabilitar el centro urbano y pacificar la capital sometiendo –en apariencia– a las pandillas. Se había enfrentado a los dos principales partidos políticos del país, y aunque pertenecía a una influyente familia, no formaba parte del pequeño grupo acostumbrado a repartirse el poder tras el fin de la guerra. En apenas siete años, Bukele logró seducir masivamente al electorado con su nuevo partido para ganar por goleada las elecciones al derrotar a la antigua guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que había gobernado hasta entonces.

Frente al anciano guerrillero de setenta y tres años, Salvador Sánchez Cerén, surgió la fuerza bestial de Bukele, un modelo aspiracional que personificaba lo que todos querían ser: elegante, joven, moderno, activo en las redes sociales. Tenía buenos modales, hablaba un inglés perfecto y lucía esposa impecable en armonía con los tradicionales valores familiares, tan apreciados en Centroamérica.

A su discurso de ruptura con el pasado, Bukele sumaba un elemento clave para ganar elecciones: esperanza, el motor electoral más potente.

Generar esperanza es la tecla que busca cualquier candidato y el sueño húmedo de los asesores; una ola de entusiasmo tan difícil de ver como los eclipses, que desborda los tubos de ensayo de los laboratorios electorales donde se diseñan presidentes. Pensar que tu vida será mejor a partir de ahora es un acelerador de partículas que se cuela en la conversación, en los mercados o en las comidas familiares. Un fenómeno invisible que logra convencerte de que las cosas cambiarán desde mañana y que tu papel es importante en la

construcción de algo nuevo. Sucedió con Felipe González en la España posfranquista, con Chávez en la decadente Venezuela de la Cuarta República, con Lula en el Brasil mundialista, con López Obrador en México, y, en fechas más recientes, con Zohran Mamdani en Nueva York. Todos ellos lideraron cambios que se percibían desde mucho antes sin necesidad de sondeos demoscópicos. Bastaba con pisar la calle.

Y este era el caso de Nayib Bukele.

Con un programa ambiguo en lo económico, desideologizado en lo político e indiferente en lo internacional, diez encuestas auguraban su victoria antes del día de votación.

Para llegar hasta ahí, Bukele recurrió al manual del perfecto populista sin saltarse ni una página: atacar las instituciones, denigrar a la clase política, repudiar el pasado y ridiculizar el sistema judicial para presentarse después como un mesías en la tierra. Como candidato de uno de los países más pobres y violentos del continente, los salvadoreños tenían muchas razones para respaldar aquel proyecto de demolición. Finalmente, Bukele ganó con un amplio margen las elecciones de 2019, y titulamos la crónica de *El País* de aquella noche: «El "tsunami Bukele" arrasa en El Salvador y se convierte en el presidente más joven». No es que fuera un titular muy original. Ya se sabe que cuando los titulares incluyen ideas como «El presidente más joven», «La primera mujer presidenta», «El primer presidente indígena», es que no tenemos ni idea de lo que viene por delante. Y era el caso.

Hasta ese día, Nayib Bukele era un tipo accesible, que había sido dueño de un bar y gerente de un concesionario de Honda, que tenía amigos de distintos colores políticos. Concedía entrevistas, participaba en debates y hasta lo escuché hablar durante un foro organizado por el periódico que más odia, *El Faro*, donde aguantó preguntas que hoy no toleraría. En su estrategia, Bukele apostó por Trump y se enfrentó a Biden, al cuerpo diplomático y a los organismos internacionales. Y la jugada le salió bien.

Pero poco a poco, a medida que ha ganado elecciones y su apoyo popular ha crecido, se ha vuelto desconfiado, se ha encerrado en su círculo familiar, que conforman sus hermanos Karim, Ibrajim y Yusef;

ha dejado de acudir a lugares donde no le aplauden, y prefiere hablar con youtubers con espinillas a enfrentarse a una entrevista seria.

No llevaba ni un año en el poder cuando, el domingo 9 de febrero de 2020, dio su primer zarpazo. A las cinco de la tarde, al frente de un grupo de soldados, Bukele, que había ganado la presidencia, pero no tenía un solo diputado, se presentó a las puertas de la Asamblea. Vestido con una camisa blanca, una chamarra azul y un pantalón vaquero, entró en el edificio, avanzó abriéndose paso entre los diputados y llegó a la tribuna.

Una vez allí, se sentó en la silla del presidente, invocó el «derecho divino» y exigió a los diputados que le aprobaran un gasto especial de más de cien millones de dólares para su plan de seguridad. Después se retiró a meditar y salió del recinto para preguntarle a Dios qué pasos debía seguir a partir de entonces mientras miles de personas rezaban con él en el exterior durante su consulta metafísica.

Recuerdo que era domingo y acababa de comer porque llevaba dos cervezas encima cuando empecé a ver en la CNN lo que sucedía. Era evidente que Bukele estaba más ocupado que yo, pero probé suerte y marqué el teléfono que había conseguido después de seguirle durante la campaña. Enviar a periodistas a cubrir elecciones de países que pueden parecer intrascendentes es un gasto que muchos medios quieren ahorrarse. Sin embargo, no se trata solo de dar los resultados de una votación que puede seguirse por televisión, sino de romper el cerco del post en X como unidad básica de información. La importancia para los medios de contar con periodistas que cubran las campañas sobre el terreno es que les permite tener después un número de teléfono al que llamar.

Y para mi sorpresa, Bukele contestó.

Al otro lado de la línea me encontré a un tipo alterado y crecido ante el enorme apoyo popular que tenía en la calle. Y todo lo que eso permite. Cuando le pregunté sobre su giro autoritario y la ilegalidad que acababa de cometer, me dejó claro que esto solo era el primer aviso. Estaba convencido de que la democracia era una llave de paso, un instrumento que se podía abrir y cerrar a

conveniencia por un fin superior. En aquella entrevista, la primera y la última que ha dado a un medio en español y una de las pocas que ha concedido a la prensa internacional, me dijo:

> Si yo fuera un dictador o alguien que no respeta la democracia, ahora habría tomado el control de todo. Según las encuestas, el noventa por ciento del pueblo me apoya. También lo hacen las fuerzas armadas y la policía. El pueblo se enojó cuando pedí calma, pero si hubiera querido, habría tomado el control de todo el Gobierno esta misma noche. Si alguien prefiere enfocarse en una fotografía, está en su derecho, pero hay que ver todo lo que está pasando. [...] En El Salvador no hay una sola familia a la que no le hayan matado a un familiar. No quiero ni imaginar si a España le sucediera el diez por ciento de lo que pasa aquí. En El Salvador se dan todas las condiciones para el estallido social, pero si no sucede es porque yo pedí al pueblo que tuviera calma.

Aquella exhibición de fuerza de Bukele no le pasó factura, sino que relanzó su popularidad, y un año después arrasó en las elecciones legislativas que le dieron el control absoluto de la Asamblea que antes le había parado los pies.

Aquellos días me llovieron encargos, colaboraciones y conexiones radiofónicas de muchos lugares para tratar de explicar el personaje. Gran parte del continente, pero sobre todo en Estados Unidos, se rascaba la cabeza en busca de claves, pistas, algo; cualquier cosa que permitiera saber qué haría con tanto poder el hombre de treinta y siete años que acababa de ganar las elecciones con contundencia, borrando de un plumazo a la oposición después de una campaña en la que no necesitó pisar la calle, besar a bebés, acudir a debates, fotografiarse con líderes extranjeros ni dar una sola entrevista en profundidad.

Su victoria fue la consolidación del modelo político más novedoso de América Latina desde la aparición de Chávez: una mezcla de populismo, redes sociales, economía ultraliberal y desprecio por el pasado. Pero con «el pasado» no me refiero a la guerra civil, las guerrillas o la llegada de Cristóbal Colón a América, sino al pasado, así, en general; al desprecio hacia las actuales formas de

representación: el parlamento, los diputados o los jueces como algo viejo que ya no sirve. Incluida la democracia.

Que estábamos ante algo nuevo era fácil de intuir desde el día siguiente a su victoria electoral. Sobre su mesa se acumulaban decenas de solicitudes de entrevistas de medios de comunicación de todo el mundo como la CNN, la BBC, *The New York Times*, *El País* o Fox News. Pero Bukele decidió prescindir de todos nosotros y eligió a un conocido youtuber mexicano, Luisito Comunica, para conceder su primera entrevista. Los periodistas de medio mundo tuvimos que seguir por YouTube aquella charla entre adolescentes para tratar de descifrar al personaje del momento: cómo hablaba, qué pensaba, qué papel tenían sus hermanos en la toma de decisiones o qué le divertía. Los corresponsales y los más sesudos *think tanks* de Washington tuvieron que conocer a Bukele gracias a una entrevista en la que la pregunta más complicada fue sobre surf y la calidad de las olas de las playas de El Salvador.

En sus siete años de gobierno, Nayib Bukele ha reducido a cero el número de muertos por la violencia pandillera en un país de algo más de seis millones de habitantes que se desangraba. Las calles son distintas desde su victoria electoral y el aniquilamiento de las pandillas, un ejército de casi setenta mil personas que aterrorizaba el país, ha terminado con cientos de muertes arbitrarias cada año. Desde que llegó al poder, es posible cruzar una avenida sin miedo a entrar por error en el territorio de la pandilla contraria, los campos de fútbol vuelven a ser lugares para practicar deporte, los estudiantes no dan rodeos para ir a la universidad, las tiendas de chicles no pagan derecho de piso y el conductor de autobús llega a su destino sin ser extorsionado.

Pero no soy objetivo al hablar de Bukele cuando veo a todos mis amigos, la mejor generación de periodismo que ha dado Centroamérica, obligados a marcharse al exilio de un día para otro y a reinventarse lejos de su país.

La democracia de Bukele incluye su obsesión por los *trackings* diarios sobre cualquier cosa imaginable, que son manejados por un pequeño grupo de venezolanos cercanos a Leopoldo López. A ninguno de estos «expertos» se le escapa que casi un tercio de los

latinoamericanos piensa que una dictadura es mejor que la democracia. Con estos mimbres, ha declarado un perpetuo estado de emergencia, ha reinterpretado la constitución, se ha reelegido en el poder, ha cambiado el código penal, ha despreciado los acuerdos de paz que pusieron fin a la guerra civil y ha llenado las cárceles de miles de jóvenes. Muchos de ellos jamás han sido juzgados y siguen encarcelados por haber cometido el delito de llevar un tatuaje o caminar por un parque en el momento más inoportuno. «Bukele primero detiene, luego tuitea y después investiga», me dijo un día Tamara Taraciuk, directora en funciones para las Américas de Human Rights Watch, al describir sus métodos.

El Gobierno de El Salvador inició en abril de 2026 un juicio masivo contra cuatrocientos ochenta y seis presuntos cabecillas de la mara Salvatrucha 13, a quienes las autoridades acusan de ordenar veintinueve mil homicidios cometidos entre 2012 y 2022. Bukele lo ha comparado con los procesos de Núremberg, pero la falta total de garantías confirma que se trata de un atajo para lograr una condena masiva de detenidos. La gran razia bukelista se ha llevado también por delante a decenas de periodistas, jueces y defensores de los derechos humanos, que han tenido que exiliarse por miedo a la feroz respuesta que el Gobierno tiene reservada a quienes le llevan la contraria. Bukele maneja como su rancho un país en el que, de un día para otro, impuso el bitcoin como moneda oficial, sin más consultas que las que hizo a sus hermanos y a algunos gurús de las criptomonedas. Su forma de actuar al ver que la criptomoneda se desplomaba y la economía del país quedaba expuesta al vaivén del mercado lo retrata mejor que sus biógrafos.

Cuando en marzo de 2022 el precio del bitcoin, ya como moneda oficial de El Salvador, comenzó a bajar, la reacción de Bukele fue comprar más. Cuando siguió bajando y la cotización se redujo a la mitad en una semana, Bukele volvió a comprar. Y cuando la moneda no levantaba cabeza, la deuda pública se había duplicado y los organismos internacionales alertaban de una posible quiebra, Bukele pidió a la gente «que dejara de ver los números y disfrutaran de la vida». Esta capacidad para insistir en su discurso y, una vez

descubierto el error, cambiar de tema es una de las constantes de su gestión.

Repitió la fórmula cuando el periódico *El Faro* descubrió que esas pandillas a las que ahora persigue con ferocidad le ayudaron a crecer políticamente al pactar con ellas durante su etapa como alcalde de San Salvador. Las consecuencias de aquello aún no son identificables, pero, de momento, todos los redactores del periódico que lo reveló han tenido que huir al extranjero por miedo a ser detenidos.

Ambas estrategias, el discurso populista que ha convertido a Bukele en referente de la derecha internacional y el acoso a quien le lleva la contraria, confluyen en su camino para que deje de ser un político y se convierta en un símbolo, utilizando para ello la misma fórmula que estrenó el día que ganó las primeras elecciones y miles de personas le esperaron en los salones de un hotel para celebrarlo. Aquella noche de globos y fiesta, Bukele subió a la tarima frente a los suyos y, antes de decir una sola palabra, hizo su primer gesto como presidente: se hizo un selfi.

Insisto en que no soy objetivo en mi lectura del personaje porque a mis amigos, todos ellos periodistas, que se expusieron durante años a la violencia y denunciaron la corrupción de los últimos cuatro presidentes, les han metido el miedo en el cuerpo. Con drones, inspecciones fiscales, registros arbitrarios o el despido de familiares que trabajaban en empresas públicas, Bukele incluso ha alimentado en la cadena nacional el odio a todos los que le llevaban la contraria, que muchas veces han sido acosados y han tenido que irse de restaurantes donde comían con su familia.

«¿Tú eres el que ataca a mi presidente, verdad?», les han gritado a la cara.

A pesar de todo, la valiente redacción de *El Faro* ha seguido haciendo periodismo y demostrando, entre otras cosas, que Bukele mantuvo durante años un pacto con las pandillas que le ayudó a llegar al poder, hasta que un día se rompió el acuerdo y él respondió con toda su ira; o revelando cómo uno de sus ministros vendía de estraperlo la comida destinada a los más pobres durante la pandemia. Óscar, Carlos, Bryan, Víctor, Sergio o Gabriela han pagado

muy caro hacer su trabajo. Aunque han recibido todos los premios internacionales existentes, en El Salvador han tratado de condenarlos a vivir como comadrejas. Su director, Carlos Dada, periodista de una integridad suicida, suele repetir una frase que es casi un mandamiento cuando amigos bienintencionados le insisten en que acepte la realidad y asuma que Bukele disfruta de un nivel de popularidad sin precedentes: «El periodismo no se debe a sus lectores, sino a sus principios».

TRES TRISTES LIBROS DE PEÑA NIETO

Junto a la aparición de personalidades arrolladoras y carismáticas como las de Chávez, Lula, Mujica, Uribe o Bukele, la industria del poder necesita alimentar la maquinaria inventando personajes alrededor de los cuales a veces no hay grandes ideas, pero sí un partido fuerte y una oligarquía ansiosa. Durante estos años me he cruzado con multitud de estrategas, diseñadores de campañas y fabricantes de presidentes llegados de medio mundo que aspiran a que su cliente forme parte del primer grupo. Asesores que cobran tres mil dólares la hora viajando en la misma semana de Johannesburgo a Tegucigalpa y de ahí a Miami, urdiendo en el laboratorio campañas y liderazgos. Sus creadores combinan en el tubo de ensayo fórmulas exitosas en otras latitudes para lograr mensajes claros, soluciones simples y liderazgos fuertes que lleven al personaje al éxito.

Me gusta cubrir campañas políticas. Me contagio del entusiasmo y de todo lo que orbita alrededor: las encuestas, los asesores, los mítines, los simpatizantes movilizados, las maniobras en la sombra y las noches electorales. Conocer a los presidentes desde que son candidatos permite un acercamiento inédito pocos días después. Durante esas semanas es posible detectar si un candidato se cree su programa, quiénes son los que le hablan al oído, si tiene ideas propias o si trata bien a sus colaboradores.

Después de muchos años siguiendo a caravanas de candidatos, creo haber afinado la capacidad para detectar los liderazgos vacíos sin necesidad de llegar al día de votación. Y Enrique Peña Nieto es el mejor ejemplo de todo ello. Si alguien tenía dudas, en los únicos quince minutos en los que Peña Nieto se salió del guion de su campaña a la presidencia de México, el laboratorio que había detrás saltó por los aires.

El 3 de diciembre de 2011, cerca del mediodía, decenas de periodistas esperaban a Peña Nieto en un salón de la Feria del Libro de Guadalajara (FIL). Faltaban seis meses para las elecciones presidenciales que lo llevarían al poder, y él, que por entonces tenía cuarenta y cinco años, lideraba con amplio margen todas las encuestas. Él era el hombre elegido para arrebatar el Gobierno a la derecha y devolver al PRI aquello para lo que había sido creado: el poder.

El día comenzó cuando Peña Nieto entró en aquella sala abarrotada donde debía presentar su libro más reciente. Algún día debería estudiarse en profundidad ese género llamado «libros de políticos que jamás escribieron», un género que cuenta siempre con los mismos títulos: *El país en el que creo*, *El futuro al alcance*, *Un país posible*... Y, por supuesto, el de Peña Nieto no desentonaba en el grupo: *México, la gran esperanza*.

En la sala, unas ciento cincuenta personas esperaban al telegénico candidato, el niño bonito de la política latinoamericana, al que habían preparado una escenografía digna de Donald Trump. Un atril bastante más elevado que las sillas en las que estábamos los demás con un escenario semicircular que le permitía abarcar con la mirada de derecha a izquierda. La presentación fue un alarde escénico que combinaba miradas, guiños a los asistentes y altibajos en el tono buscando la complicidad, o el aplauso, del auditorio. Frente a él, casi doscientas personas a las que se habían sumado decenas de curiosos que seguían de pie su intervención, escucharon durante cincuenta minutos su impecable presentación de oraciones perfectas y promesas sobre el futuro ante la nueva e ilusionante etapa política que comenzaba.

Aquel día apunté en mi libreta una larga lista de frases vacías: «El

México nuevo sacará todo el potencial que está por llegar», «La desigualdad, y no la pobreza, es nuestro reto», «Lo más valioso de un país es su gente...»; todas ellas pronunciadas con las pausas precisas para tomar agua y mirar al infinito. Cualquier votante sentado en aquel salón de la FIL debía de sentirse un enano ante aquel hombre inmaculado y engominado que repartía gestos y miradas de seductor. Su mujer, la actriz Angélica Rivera, conocida como la Gaviota, lo escuchaba sentada en primera fila, vestida «de satén y volantes café», escribí.

Terminada la presentación, Enrique Peña Nieto caminó unos pasos hacia un auditorio cercano para responder a los periodistas, que en su mayoría viajaban junto a él cubriendo la campaña. Durante la rueda de prensa, le preguntaron de entrada sobre el precio del maíz, después sobre su programa de salud al llegar a la presidencia..., y así sucesivamente.

Yo me retorcía, tratando de preguntar, pero todo estaba tan controlado que el micrófono nunca salía de las manos de los periodistas más cómodos. Entonces tuve la suerte de que la persona que repartió el último turno fuera la jefa de prensa de la FIL, Myriam Vidriales, una vieja amiga que aprovechó el despiste para darme la palabra. Yo escribía para *El Mundo* y, junto con los periodistas Salvador Camarena y Luis Prados, nos coordinamos para que yo hiciera tres preguntas: una de legalización de drogas, otra referente al papel que jugaría el ejército en la lucha contra el crimen organizado y una tercera sobre los tres libros que habían marcado su vida, aprovechando que estábamos en la feria del libro más importante en español.

Lo que pasó a continuación todavía puede encontrarse en YouTube en forma de parodia. Peña Nieto respondió a las dos primeras de forma impecable, pero empezó a balbucear con la tercera. Citó la Biblia «aunque no la he leído toda», un libro de Carlos Fuentes al que cambió el autor y terminó con otro del que tampoco sabía ni el título, protagonizando el momento más patético de la campaña. Los vídeos de tres minutos que corrieron por las redes fueron en realidad quince angustiosos minutos en los que se fue enfangando poco a poco mientras buscaba con la mirada a sus

colaboradores. Ellos, sentados en primera fila, miraban a los lados, se rascaban la cabeza y movían los dedos junto a la boca imitando una tijera para que cortara la respuesta. En ese momento, las risas en la sala ya eran ostensibles, incluida la de los cámaras de televisión. Primero sutiles y luego auténticas carcajadas, a medida que Peña Nieto balbuceaba e iba metiéndose en un hoyo cada vez más oscuro.

En realidad, no hay ningún problema en que pueda llegar a presidente alguien que nunca ha leído un libro. De hecho, aquel tropiezo apenas se hizo sentir en las encuestas, pero no es algo habitual en México, donde presidentes como López Portillo o López Obrador han hecho gala de ser grandes lectores. Lo que sí pasó fue que nadie del mundo de la cultura, absolutamente nadie, ni actor, ni director, ni escritor, ni dramaturgo ni editor quiso hacerse una fotografía con Peña Nieto. Nunca antes un presidente había llegado al poder tan divorciado del ámbito cultural.

Fue días después, al llegar a mi casa de Ciudad de México, cuando me encontré con aquellos tres extraños mensajes en el contestador automático con los que empezaba este capítulo.

Recuerdo también que aquellos días me hicieron decenas de entrevistas en algunos medios, pero solo Jacobo Zabludovsky, el histórico periodista de Televisa, me preguntó en su programa de radio del mediodía: «¿Qué oscuros intereses escondía tu pregunta de los libros?». Me quedé helado. No entendía nada. El periodista de referencia en México me había hecho en antena y en directo la pregunta más ridícula y retorcida del mundo.

Nunca más volví a ser convocado a los encuentros con la prensa extranjera en Los Pinos, la residencia oficial del presidente, pero aquella intervención fue suficiente para saber que Peña Nieto era solo una marioneta. Un títere. Un busto parlante diseñado a la perfección por quienes lo manipulaban. Aunque luego arrasó en las elecciones al lograr quince millones de votos, visto en perspectiva, creo que Peña Nieto fue el primer experimento de inteligencia artificial muchos años antes de que esta apareciera.

En un plano más personal, creo que aquellos días fui más consciente que nunca de lo que significa sentir la presión del poder

en el cogote. Si estas ridículas llamadas intimidatorias me estaban sucediendo a mí, que solo había hecho una pregunta absurda e inofensiva sobre libros en una feria del libro, ¿qué habría pasado si hubiera preguntado por sus cuentas en Andorra, su amigo Lozoya o la Casa Blanca, la residencia pagada con comisiones de Odebrecht? ¿Qué habría pasado conmigo? ¿Habría terminado en la cárcel por una denuncia falsa? ¿O en pedazos tirado en un canal de aguas negras? Pocas veces he sentido la capacidad aniquiladora del poder. No hay que olvidar que los poderes públicos están detrás de la mayoría de los asesinatos de periodistas.

Para tener un recuerdo más cómico, me gusta bromear con los colegas sobre que aquel día no solo Peña Nieto salió abochornado de la FIL: también yo salí humillado cuando leí en otro periódico la noticia que yo mismo había generado.

En el periodismo, igual que en la vida, hay momentos de suerte en los que Bukele te coge el teléfono o haces la pregunta precisa a Peña Nieto, y hay otros en los que deberías presentar la dimisión. Porque el entrevistado se te escapa vivo, porque no diste con el enfoque acertado o porque, como me ocurrió ese día, la cagas de forma antológica.

Cuando terminó la intervención de Peña Nieto, no era muy consciente de la dimensión de lo sucedido, así que salí y me dirigí al estand de la editorial Almadía, de Oaxaca. Estábamos hablando de libros, autores y tipos de espadín cuando con el tercer mezcal la noticia empezó a correr por los teléfonos y las precarias redes sociales. Una catarata de memes que lo destrozaba sin piedad: «El colmo de Peña Nieto es nacer bajo el signo de Leo», «El último libro que ha leído Peña Nieto es *Tengo un sueño*, de Martin Burger King» o «El libro favorito de Peña Nieto es *El Decamerón Díaz*».

Estaba entretenido con las carcajadas rellenándome el vaso cuando me llamaron de la redacción de Madrid para pedirme un texto sobre lo que acababa de pasar. Cuando el jefe se enteró de los detalles y de que había sido yo quien había provocado la noticia sobre la que me estaba pidiendo que escribiera, oí tantos gritos que el teléfono se convirtió en un aparato prescindible.

Sobre mí hubo pocos chistes más, pero los que se referían a Peña Nieto y los libros terminaron incluso siendo un enorme cartel publicitario de la librería Gandhi en el periférico, con una sola frase como reclamo: «Bruce Lee, Peña no».[1] HAITÍ, MUERTE EN LA CAMA

En la América de los presidentes que me marcaron, Haití ocupa un lugar destacado como escenario del último magnicidio que se ha vivido en el continente, con el asesinato de Jovenel Moïse. Desde la muerte de Kennedy o la de Allende, ningún presidente había sido asesinado estando en el ejercicio del poder. Y menos aún en su casa, dormido en la cama junto a su mujer. Y aquel asesinato me atrapó.

No hay un lugar donde las coberturas sean tan duras y tan apasionantes como Haití. Allí mataron al periodista Ricardo Ortega, recién despedido de la cadena Antena 3, en su regreso al reporteo tras su paso por la corresponsalía en Nueva York. Ricardo era un veterano periodista formado en Moscú y en la guerra de Chechenia que quería reivindicarse profesionalmente y había aterrizado en Haití desde Nueva York como el torero espontáneo que se lanza al ruedo con un trapo rojo en mitad de la corrida buscando su oportunidad. Su asesinato durante el levantamiento de 2004 contra Jean-Bertrand Aristide nos dejó tocados a todos. Yo, que por entonces era freelance y colaboraba con varias radios y periódicos, me sentí identificado con aquella forma de morir tan cabrona y tan noble.

Años después, tras el terremoto de 2010, volví a Puerto Príncipe, y el país que conocía había desaparecido bajo los pies. La última imagen que recordaba de Haití era la de un territorio bullanguero y alegre, pero también duro y cruel, donde los simpatizantes de Aristide eran eliminados dentro de una rueda en llamas. Ahora, ambas sensaciones se mezclaban en la misma cuadra, tras un terremoto que sumía al país en el caos y la destrucción más absoluta.

Desde entonces he vuelto con frecuencia, y cada vez que el avión despega y comienza a sobrevolar casas miserables de techos de lámina, palmeras y calles marrones que terminan en el azul intenso

del Caribe, tengo la sensación de haber estado en Plutón. Un pedazo de África en Latinoamérica donde para trabajar nunca me sirven los instrumentos clásicos del periodismo. En realidad, no me sirven los instrumentos clásicos de nada para ninguna cosa. En Haití, lo que parece un lugar seguro es una ratonera, y lo que parece una emboscada es una reunión de afables vecinos con los que uno termina emborrachándose.

El Estado es un ser raquítico que ni está ni se le espera, y el ejercicio del poder es un híbrido entre lo institucional y lo tribal, cuyos únicos beneficiarios han sido tradicionalmente un puñado de familias de origen libanés que controlan lo poco que da dinero: la electricidad, la telefonía móvil y la alimentación. Ahora, las pandillas son el poder. Su fuerza comenzó en el puerto de la capital, que es por donde entran las drogas y las armas, y desde entonces no ha hecho más que crecer. A principios de 2026, las bandas violentas controlaban el noventa por ciento de Puerto Príncipe, y el presidente, la diáspora de Miami, Estados Unidos y las Naciones Unidas son cada vez más irrelevantes.

Pero nada puede con la fuerza hipnótica de Haití. La vida en la calle, los mercados, las miradas, la resistencia, el pasado, la inocencia, el criollo, las misas de los domingos, las camisas blancas sobre los cuerpos negros, las ceremonias de vudú, las motos, la desgana, el hambre, la basura, el Caribe, el carnaval, los gallos, el Barbancourt, el fuego, la dignidad.

Haití es capaz de apoderarse de uno hasta la locura, y a muchos nos ha pasado en algún momento. Después del terremoto, el exdirector de *El Mundo*, Pedro J. Ramírez, me pidió que buscara y me llevara de allí a un periodista español que, creo recordar, era hijo de un accionista del periódico. El muchacho llevaba varios días sin dar señales de vida, y cuando lo encontré, iba con la ropa en una bolsa de supermercado y se comía las latas que robaba a los equipos de socorro que habían llegado con el terremoto. Abrumado y desbordado, había enloquecido.

En mi caso, cuatro meses después del terremoto, mi mujer se presentó en Puerto Príncipe para sacarme de allí. Yo había perdido las referencias y ya solo pensaba como un periodista local que no

entendía que mi periódico no siguiera dándome la portada y dos páginas diarias para contar la dimisión de un ministro de segunda fila. Claramente, también había enloquecido.

Llegué a Puerto Príncipe dos días después de que Jovenel Moïse fuera asesinado en su cama. La noche del 7 de julio de 2021, un grupo de sicarios entró en la habitación del matrimonio presidencial, avanzó hasta la cama de Jovenel y Martine Moïse, y disparó contra ellos. Minutos antes, veintiséis colombianos vestidos con chalecos antibalas de la DEA habían entrado en la residencia oficial simulando un falso operativo. Cuando los vio dentro de la habitación, a Moïse solo le dio tiempo a coger de la mesilla de noche el teléfono para tratar de pedir ayuda. Su esposa logró levantarse para gritar a sus hijos pero se encontró a los asesinos de cara que abrieron fuego a mansalva. Cuando huyeron, dejaron al presidente muerto en su cama con siete disparos encima: dos en el pecho, uno en la frente, otro en el abdomen y tres más en el costado, y a la primera dama en el suelo sangrando por tres orificios pensando que estaba muerta. Solo la hija del matrimonio logró esconderse en un armario. Moïse entraba en la historia del continente, junto con Anastasio Somoza, Leónidas Trujillo y Salvador Allende, como otro más de los presidentes asesinados durante su ejercicio. Pero este magnicidio carecía, además, de cualquier épica.

Conocí a Moïse cuando era candidato, durante las elecciones, gracias a Antonio Sola, un buen amigo y uno de los mejores estrategas de campañas políticas del mundo, con el que he coincidido multitud de veces en esos grandes hoteles todos iguales, de maderas y luces led, donde suelen instalar su cuarto de campaña los partidos políticos en las noches electorales. Antonio Sola había hecho presidente a Felipe Calderón en México, a Mauricio Macri en Argentina, a Otto Pérez Molina en Guatemala y a Michel Martelly en Haití, y estaba preparando a Moïse para hacer lo propio. Así que yo había seguido de cerca su llegada al poder y su complicado

gobierno, y en febrero de 2021 le hice una entrevista sin que ninguno de los dos supiéramos que sería la última que él concedería.

De aquella conversación recuerdo a un hombre asustado pero firme que vivía rodeado de enemigos que preparaban un golpe de Estado. Le odiaba su partido por no dejar el poder; le odiaba el Congreso, donde no tenía mayoría; le odiaba la clase empresarial por no asignar los contratos a las familias de siempre; le odiaban en República Dominicana porque algunas empresas de ese país no se habían llevado las concesiones habituales, y le odiaba la poderosa migración de Miami, a quienes había desplazado de las decisiones importantes del país.

Precisamente de ahí, de la diáspora en Estados Unidos, salió el cerebro que diseñó su muerte, según el tribunal de Miami que condenó a cuatro hombres por elaborar un plan para derrocar al presidente haitiano e instalar en el poder a Christian Sanon, un influyente pastor evangélico residente en Florida, también detenido.

A los numerosos enemigos internos que tenía, Moïse sumaba otro externo: la Venezuela de Nicolás Maduro. Moïse no había jugado bien sus cartas, y durante el primer mandato de Donald Trump vivió un idilio con el republicano gracias, entre otras cosas, a su activismo contra Venezuela y a su decisión de cortar lazos comerciales con Maduro. Con la llegada de Biden, Moïse entró en el congelador, y si algo tienen claro los presidentes de Haití es que su mandato dura lo que Estados Unidos tarda en bajar el pulgar. La maquinaria de desestabilización de Maduro tampoco se detuvo, y respondió filtrando a la prensa local documentos sobre una supuesta corrupción de gente cercana a Moïse y vinculada a la empresa venezolana Petrocaribe, que agitó la calle y añadió más fantasmas a su atribulada cabeza. Impopular y testarudo, Moïse se había sostenido hasta entonces en el poder con alfileres. A eso se añadía un año de espanto debido a la pandemia, los huracanes y la ola de secuestros, que llevaron al hartazgo a una población que contaba con más armas que nunca. Aquella última entrevista se publicó en *El País* con el título «Un grupo de oligarcas quiere apoderarse del país», y con el subtítulo «El presidente del país insiste en que hay un golpe de Estado en marcha que utiliza la calle para desestabilizar. En

una entrevista asegura que seguirá en el poder y acusa a un grupo de familias vinculadas al sector eléctrico de intentar asesinarlo».

Jan Martínez Ahrens, director de *El País*, me envió a Haití el día después del asesinato de Moïse. Y me envió como suele hacerse en estos casos: hay que buscar los contactos, llamar a los viejos amigos, encontrar un chaleco antibalas y una máscara antigás, comprobar si el visado permite pasar por Estados Unidos y leer todo lo posible sobre el tema. Y todo en menos de doce horas.

Nada más aterrizar en Puerto Príncipe, Polanco, el taxista con quien trabajaba cada vez que iba a Haití, me recogió en su moto y me llevó hasta la casa presidencial, de donde el forense acababa de llevarse el cadáver. Polanco es un tipo noble y grande, padre de dos hijos, que solo aspira a llevar algo de comida a casa haciendo de taxista con la moto y a tener los domingos libres para acompañar a su familia al templo. Su único exceso se da cuando, ya relajado, bebe dos Prestige de más y se ríe tan fuerte que asusta. Pero más de una vez se partió la cara por mí, me sacó de un barrio jodido o se encaró con los malandros. Hemos pasado infinidad de horas durante muchas coberturas en las que terminábamos subiendo a los cerros de Puerto Príncipe con sus amigos y su familia.

Pasar miedo junto a alguien activa una conexión única solo comprensible por los protagonistas. Sentirse vulnerable y que te ayuden genera una lealtad distinta en un lugar distinto del corazón. No es amistad y tampoco es familia, pero se queda a vivir entre los afectos a prueba de bombas.

El día que llegué, Haití era un país asustado y tomado por las bandas que habían hecho del secuestro de la población blanca su objetivo número uno. Haití no tiene ejército desde que Aristide disolvió las Fuerzas Armadas debido a su historial de golpes de Estado, y la seguridad nacional recae exclusivamente en la policía, que cada día se enfrenta a bandas más y mejor armadas. Estas bandas fueron capaces de secuestrar en un solo asalto a diecisiete misioneros menonitas de Ohio (Estados Unidos) y cobrar después un rescate millonario. Si, además, un grupo de colombianos acababa de terminar con la vida del presidente, solo el miedo contenía el estallido social. Cuando llegué con Polanco al lugar del asesinato y

comencé a recoger testimonios para reconstruir aquella noche, salió una crónica que arrancaba así:

> A unos metros de la casa del presidente de Haití, Jovenel Moïse, un joven de veintidós años, Eli Pledami, da vueltas en su camastro. Es miércoles 7 de julio, acaba de terminar el partido de la Copa América entre Colombia y Argentina, y después de ver los penaltis no puede dormir. Hay muchos mosquitos tras algunos días de lluvia y tiene hambre.
>
> Mientras Pledami da vueltas en la cama, un comando de veintiocho hombres blancos y armados avanza por Pelerin 5, una calle estrecha y asfaltada del barrio de Pétion-Ville, uno de los cerros de Puerto Príncipe. Acaba de cerrar la ventana y solo escucha el ladrido de los perros en la espesa noche haitiana, más negra y profunda que ninguna otra, apenas iluminada por unas pocas bombillas, cuando una voz con un megáfono irrumpe a gritos en la calle. «¡Esta es una operación de la DEA, no salga de casa! ¡Repito, somos agentes de la DEA, y si sale de casa recibirá un disparo!», grita en inglés a los vecinos.
>
> Normalmente, la seguridad del presidente la forman unos diez hombres que a esas horas de la madrugada suelen estar dormitando o jugando con el teléfono. «Lo menos parecido a una escolta profesional», explica un testigo. Una vez en la puerta, el grupo de sicarios se divide. Una parte se queda en el exterior, vigilando a los guardias –que están siendo interrogados por su posible complicidad en el asesinato–, y otros diez tumban la puerta principal. Entran en la casa, avanzan por una sala, atraviesan un salón decorado con artesanías haitianas y siguen por el pasillo. En el camino encuentran a la criada, la amordazan y la encierran en una de las estancias. Los hombres siguen hasta la habitación del matrimonio Moïse y abren fuego a discreción.
>
> Consumado el crimen, el grupo comienza el saqueo: abre cajones, armarios y puertas de forma frenética. Siguiendo la escena, la hija del presidente, Jomarlie Moïse, lo oye todo, pero ha logrado esconderse en el dormitorio de su hermano. En menos de media hora, a la una y media, el comando abandona el lugar.

Si aquel magnicidio hubiera sido una película en la que la policía preguntara a los testigos quién tenía motivos para matar al presidente, el agente se iría del lugar con una libreta llena de nombres. El asesinato de Moïse agudizó la descomposición social y política en la que Haití lleva inmerso varias décadas. Estados Unidos había fracasado en sus intentos pacificadores. Fue un desastre la misión de los cascos azules y volvió a fracasar la misión de paz liderada por Kenia. Como había escrito Ralph Chevry, un columnista

de *The Washington Post*, estábamos asistiendo a «la creación de una Somalia en las Américas».

De aquella cobertura recuerdo, nervioso, los mensajes que intercambié con Jimmy Chérizier, alias Barbecue, un violento expolicía que lidera una de las bandas más crueles y poderosas de Puerto Príncipe. Crecido por la fortuna que estaba logrando gracias a la industria de los secuestros, del tráfico de armas y de la droga, Barbecue amenazaba una y otra vez con tomar el poder y liderar una «insurrección de los pobres», y yo trataba de conseguir una entrevista con él, que podía ser un golazo informativo, aprovechando que había empezado a contestarme los mensajes.

Más allá de las repercusiones políticas que generó el asesinato de Moïse, la conversación más clarificadora sobre el estado de ánimo del país la mantuve con una arrugada y sonriente anciana que vendía en un puesto ambulante de Delmas desodorantes y pastas de dientes falsos con la palabra *Colgate* pintada a mano en la caja. Se llamaba Clena Dival, y después de muchos días de seguir las declaraciones de los detenidos, hablar con forenses, perseguir al juez o elucubrar sobre el móvil de los autores, aquella conversación bajo un paraguas que nos protegía del sol me describió Haití mejor que ninguna otra entrevista. De aquella charla con Dival salió una crónica titulada «Haití no llora a su presidente», que comenzaba así:

> De todos los problemas que asolan a Clena Dival, el asesinato de su presidente es el menos importante. Sentada en un miserable trozo de calle del barrio de Delmas junto a su negocio, una cesta cargada de productos de higiene y cosmética, la mujer, de sesenta y dos años, lleva varios días con la cabeza apoyada en las manos viendo cómo el polvo, las ruidosas motos, los tap-tap (autobuses de colores) cargados de viajeros, los gritos de los conductores y el calor del Caribe son los únicos clientes que se acercan hasta aquí.
>
> No ha vendido nada, absolutamente nada, en los tres últimos días. Los sesudos informes de organismos internacionales que dicen que el sesenta por ciento de los haitianos vive con dos dólares diarios pasaron de largo cuando llegaron frente a Dival porque ni siquiera a esa cantidad alcanza.
>
> Con otro panorama, Dival tal vez habría tenido un mejor futuro, dada su tendencia a la poesía. Cuando habla de sus buenos tiempos en Gonaive, la ciudad en la que nació, resopla y cuenta que «la vida es así. A veces no cae una

gota y otra es un diluvio». Cuando resume la situación de Haití, dice que «está en un ataúd, pero cada vez que quieren enterrarlo se dan cuenta de que respira», y cuando se refiere al asesinato del presidente Moïse y al enfrentamiento que ha generado, resume su desprecio: «Cortaron la cabeza de la serpiente, pero dejaron la cola».

En pocas frases y bajo un sol abrasador, aquella mujer que vendía jabones me había retratado mejor que cualquier politólogo la situación social y política de un país que esperaba la llegada del caos tras la muerte de su presidente, pero que estaba tan acostumbrado a vivir en él que no notó la diferencia.

HONDURAS, EL GOL QUE APUNTALÓ EL GOLPE DE ESTADO

Hay países que un día no eres capaz de ubicar en el mapa y al día siguiente entran en tu vida y ya nunca más se van. El año que Obama llegó a la Casa Blanca y Pepe Mujica ganó las elecciones en Uruguay era difícil pensar que Honduras, que había vivido casi indiferente a la Guerra Fría o las guerrillas, protagonizaría el último golpe de Estado de formato clásico –nocturnidad, militares, Gobierno títere– en América. Un día no sabes nada de un lugar y poco tiempo después eres capaz de recitar los nombres de diez ministros, los defensas de la selección y tres marcas de café local.

Desde que en 2002 llegué por primera vez a San Pedro Sula, en un autobús procedente de Ciudad de México, he vuelto infinidad de veces a Honduras, la mayoría de ellas para cubrir temas relacionados con la violencia, los desastres naturales, las caravanas de migrantes... o aquel esperpéntico golpe de Estado que descolocó a todos y me dio decenas de crónicas. Honduras se había convertido en el escenario de un conflicto entre bloques ideológicos antagónicos que sumieron al país en una brutal crisis institucional ante la que nada logró la comunidad internacional.

Hasta aquel momento, yo pensaba que los grandes cambios políticos que vive un país suelen responder a estrategias que se activan con la aparición de un líder carismático o con la organización de la masa indignada. Desestimaba en todo ello la cuota que tiene el azar y lo que este provoca.

Si Chávez no hubiera sido indultado, si la bala contra Cristina Kirchner hubiera salido de la pistola, si ETA hubiera llegado a matar a Aznar, si Trump hubiera muerto en el mitin de Ohio, si Daniel Ortega no hubiera logrado cambiar la ley electoral, si el habano de Fidel Castro hubiera explotado..., las cosas habrían sido de otra manera. El azar hizo que el huracán María golpeara Puerto Rico, forzando la dimisión del gobernador debido a su espantosa gestión. Y en Honduras, el gol de cabeza de un indígena garífuna con la selección ayudó a consolidar el golpe de Estado y el regreso de la derecha al poder doce años más.

La primera vez que fui a un estadio de fútbol en Tegucigalpa no dejó de caerme orín desde la grada. Se jugaba el clásico de la capital entre el Olimpia y el Motagua, y yo, que no era simpatizante de ninguno de los dos equipos, solo quería ver el partido y el ambiente. Sin embargo, asistir a un estadio centroamericano como un turista indolente que pasea por el museo fue la peor decisión posible. No hay afición en la que resguardarse, gol que celebrar ni forma de impedir ser víctima de un escarnio de noventa minutos.

No entendí por qué se vendían chubasqueros en la grada un día despejado y de sol abrasador hasta que en el segundo tiempo sentí en la cabeza el efecto corrosivo del orín con el calor del trópico. En bolsas de zumo o en vasos de cerveza gigantes, el meado amarillo volaba de una hinchada a otra.

Por aquel entonces, Honduras era uno de los países más violentos del mundo, así que a nadie extrañó que al día siguiente los periódicos midieran el entusiasmo que generó el partido en la grada por el número de muertos y no de goles.

Sirva este apunte para describir el calor con el que la grada catracha vive el fútbol.

Hasta ahora, la historia más conocida sobre la importancia del fútbol en Centroamérica la había escrito Ryszard Kapuściński. El

Salvador y Honduras libraron una guerra de cuatro días que el periodista polaco popularizó en el libro *La guerra del fútbol*. En realidad, el deporte fue la excusa para el estallido de un conflicto nacionalista entre militares de uno y otro país, que tuvo como detonante los partidos de clasificación para el Mundial de México de 1970. El caso es que, en poco más de cien horas de guerra, murieron seis mil personas y hubo más de veinte mil heridos en una absurda lucha entre vecinos.

Cuarenta años después, otro partido entre El Salvador y Honduras volvía a cambiar el rumbo del país en el momento más tenso de su historia reciente. Fue justo cuando el delantero Carlos Pavón se elevó sobre su marcador y, de un perfecto cabezazo, mandaba el balón al fondo de la red.

Sucedió en octubre de 2009, durante un partido de clasificación para el Mundial de Sudáfrica. Yo estaba en Tegucigalpa cubriendo para *El Mundo* el golpe de Estado que cuatro meses antes había sacado al presidente Manuel Zelaya del poder y del país. Una madrugada, un grupo de soldados llegó hasta la cama de Zelaya y, a punta de pistola, lo metió en un avión. Al día siguiente, el presidente, que coqueteaba con la izquierda bolivariana, apareció en Costa Rica, donde dio una surrealista rueda de prensa en pijama y sombrero de *cowboy* para denunciar ante el mundo que había sido víctima de un golpe de Estado y que, por supuesto, ni siquiera tenía ropa.

El presidente del Congreso, Roberto Micheletti, dueño de una línea de autobuses, asumió el poder apoyado por la oligarquía, los militares y los dos principales partidos.

Al conocerse la noticia, los seguidores de Zelaya se echaron a la calle y las principales vías de comunicación pronto se volvieron intransitables por los bloqueos, la quema de comercios y las barricadas en rechazo al presidente *de facto*. Todas las protestas fueron reprimidas. En paralelo, comenzaba una larga negociación en la que se implicaron la Organización de los Estados Americanos (OEA), Estados Unidos, México, Lula da Silva y Hugo Chávez. Medio planeta trataba de mediar en el conflicto, pero no era posible ni echarlo del poder ni doblegar a la Resistencia, el movimiento de

protesta contra el golpe que trataba de romper la calle y al que se sumó su esposa y después presidenta, Xiomara Castro.

Micheletti, un hombre temperamental y primitivo de sesenta y seis años, conocido en la calle como Goreletti, movilizó a policías y soldados para frenar las manifestaciones, pero su permanencia pendía de un hilo. Con el país dividido, aislado del resto de América Latina y con la economía quebrada sin el apoyo financiero de los organismos internacionales, el Gobierno *de facto* no lograba imponerse, y Micheletti se sostenía gracias a los fusiles. Todo era tensión y disturbios en Honduras..., hasta el minuto sesenta y tres del partido de fútbol del 14 de octubre de 2009.

Eran casi las nueve de la noche y, después de una irregular eliminatoria para el Mundial de Sudáfrica, las selecciones de Honduras y Costa Rica llegaban al último partido con posibilidades de clasificarse. Jugaban sus respectivos encuentros de forma simultánea: Estados Unidos contra Costa Rica en Washington y El Salvador contra Honduras en Cuscatlán. Y claro, las dos selecciones necesitaban la victoria para llegar a la cita mundialista.

Se jugaba el minuto dieciocho de la segunda parte cuando el futbolista David Suazo, un indígena garífuna que en ese momento jugaba en el Génova cedido por el Inter de Milán, colgó desde la banda derecha «un balón de billar» (según gritó un locutor) al vértice del área pequeña. Pavón se levantó entonces por encima de su marcador, giró el cuello de forma impecable y remató a la escuadra, logrando el triunfo de Honduras. Cuando el árbitro pitó el final y se supo que en el otro partido Estados Unidos había ganado a Costa Rica, confirmando su clasificación para Sudáfrica, el país entero explotó de alegría. Decenas de miles de personas tomaron las calles celebrando el histórico día, y avenidas, plazas y bares se llenaron de gente eufórica que festejaba el regreso de su selección a la élite del fútbol mundial.

La borrachera nacional duró tres días y, de repente, las ciudades ya no estaban tomadas por las protestas de los seguidores de Zelaya, sino por fanáticos del fútbol envueltos en la bandera azul y blanca. Llantos de júbilo, abrazos, risas, cohetes y guaro corrieron sin descanso y, por primera vez en muchos meses, golpistas y

zelayistas se fundían en las calles en un gigantesco abrazo. Micheletti, el cuestionado presidente *de facto*, declaró fiesta nacional el día siguiente y recibió a los jugadores en la Casa Presidencial durante una ceremonia retransmitida por televisión. El orondo mandatario, en un alarde físico que podía haberle costado la vida, incluso subió con los futbolistas la empinada escalera que conduce al santuario de Suyapa, y todos juntos se fotografiaron con la Virgen.

El colofón fue el autobús descapotable que recorrió Tegucigalpa con los jugadores a bordo mientras miles de personas se echaban a la calle para ver de cerca a los nuevos héroes. Por primera vez en mucho tiempo, soldados y policías no vigilaban los disturbios, sino la alegría. El cabezazo de Pavón hizo que el país entero cayera rendido ante un equipo, conformado en su mayoría por indígenas misquitos y garífunas con aspecto de banda de rap, que habían devuelto el amor propio al país después de muchos meses apareciendo en los informativos de todo el mundo como la república bananera que había vuelto a la senda de los golpes de Estado.

Por segunda vez en su historia, Honduras estaba en un Mundial de fútbol, y ya nadie se acordaba de aquel presidente de izquierdas al que le pusieron un arma en la cabeza y apareció al día siguiente en pijama en otro país. En ese contexto, tratar de mantener las protestas habría terminado con los organizadores de la Resistencia arrojados a una fuente pública. La combinación de religión, fútbol y poder había sido demasiado potente, y ahora, sí, el golpe había triunfado.

Finalmente, Micheletti estuvo siete meses en el cargo, hasta las elecciones que ganó la derecha de su amigo Porfirio Lobo. A Lobo le sucedió Juan Orlando Hernández, también de su partido, y de esta forma los de siempre retuvieron el poder doce años más. Después llegaron Xiomara Castro y, desde 2026, de nuevo el Partido Nacional, con Nasry Asfura.

Visto con distancia, el golpe de Estado sirvió para asentar el papel de Honduras en las rutas del narcotráfico. En los últimos años, los gobiernos del Partido Nacional han dejado un país penetrado hasta el tuétano por los cárteles que cada año empuja a más migrantes a huir en caravanas. En la actualidad, los hijos de Lobo están

encarcelados en Estados Unidos, y Juan Orlando Hernández fue condenado en Estados Unidos a cuarenta y cinco años de cárcel. La justicia lo había puesto en el punto de mira tras la captura de su hermano Tony Hernández, detectado negociando la compra de una tonelada de cocaína. En el juicio contra él en una corte de Nueva York, Juan Orlando fue citado más de cien veces como el hombre que facilitó el trabajo al principal cártel local: los Cachiros. Las declaraciones de dos de sus líderes, Geovanny Fuentes y Devis Leonel Rivera Madariaga, señalaron al mandatario, a su vicepresidente, al Ejército, a la Policía y a los dos últimos presidentes, Lobo y Zelaya, como responsables de facilitar el tráfico de drogas a cambio de sobornos.

Dos meses antes de ser humillantemente detenido y extraditado a Estados Unidos, Juan Orlando me dio la última entrevista que concedió a un medio de comunicación antes de salir, esposado de pies y manos, frente a las cámaras de televisión de todo el país. Aquella entrevista, publicada con el titular «Las acusaciones de narcotráfico contra mí son una venganza de los capos», retrataba a un mandatario soberbio que se creía intocable, sentenciado a pasar el resto de su vida en una cárcel de Estados Unidos. Sin embargo, no había cumplido ni cuatro años de condena cuando, en diciembre de 2025, fue indultado por Donald Trump, que, entre otros argumentos, dijo que el caso había sido un montaje de Biden y «que una persona venda drogas en ese país no significa que haya que detener al presidente».

GUATEMALA, EL DIABÓLICO QUIERE ESTUDIAR

Los liderazgos más interesantes, sin embargo, siempre están fuera de las instituciones y del Gobierno. Hay decenas de ejemplos: monseñor Romero movilizándose contra el ejército salvadoreño, el subcomandante Marcos agitando la conciencia de un país, Berta Cáceres luchando por la selva hondureña, Pedro Joaquín Chamorro

empujando con su muerte la llegada de la democracia, o Bad Bunny y Residente activando a los puertorriqueños contra su gobernador tras su indolente gestión del apagón. Todos ellos han sido líderes carismáticos sin necesidad de ocupar un puesto público.

Una mañana, en Ciudad de Guatemala, recibí la llamada de una amiga con contactos en las cárceles. «Tenemos que vernos, Jair quiere hablar contigo», me dijo.

Jorge Jair de León Hernández, alias el Diabólico, era uno de los líderes de la mara Salvatrucha, la más sanguinaria del país, condenado a ciento sesenta y nueve años de cárcel por ordenar varias decapitaciones.

Aceptamos entrar en contacto y empezamos a escribirnos a través de Facebook, y durante varias semanas mantuvimos largas conversaciones mientras íbamos conociéndonos hasta que pactamos una fecha para la entrevista. El presidente de Guatemala, Alejandro Giammattei, acababa de ganar las elecciones gracias a una de las promesas habituales de todos los candidatos centroamericanos: mano dura contra las pandillas; y Jair me había escogido para lanzar un mensaje al nuevo Gobierno. Esta vez, el presidente llegaba con nuevas leyes, como la pena de muerte y el castigo a las prisiones, desde donde se dirigía gran parte de la actividad delictiva. Es decir, reducir las visitas de familiares a una hora semanal.

No sería una entrevista fácil y me generaba muchas dudas. Hacía poco tiempo que había dejado la agencia Associated Press, un referente periodístico con un impecable código ético de extrema rigidez, y tenía fresca la cobertura a las FARC, en un campamento guerrillero, con el fotógrafo Rodrigo Abd. Comenzaban las negociaciones de paz con el Gobierno y aquella crónica se difundió por todo el mundo. La escritura del texto fue una tortura donde cada palabra, cada adjetivo y cada expresión habían sido cuidadosamente medidos por más de cinco editores muy atentos a todas las sensibilidades cuando se abordan entrevistas con personajes que han causado tanto dolor.

Trabajar en una agencia estadounidense como Associated Press, los Globetrotters de las agencias, me ha dado oportunidades de colaborar con fotógrafos que son premio Pulitzer, intercambiar textos

con los mejores editores del mundo o postularme a premios que jamás imaginé. Una agencia así inocula un método periodístico sobre verificación, enfoques, fuentes o el trabajo previo antes de llegar al terreno que comparo con el máster en Columbia que nunca pude hacer. Durante los casi dos años que trabajé en AP, senadores de Michigan y de Texas llamaban a mi teléfono para saber más sobre sistemas de salud en Colombia antes de aprobar una ayuda oficial o promover una sanción.

Permite también observar la particular forma de ver el mundo que tiene la principal agencia de Estados Unidos. En reportajes sobre Nicaragua, Argentina o Costa Rica, los analistas elegidos suelen ser estadounidenses, y las redacciones latinoamericanas donde conviven periodistas de distintas nacionalidades están sometidas a un sutil filtro de credibilidad. Un periodista estadounidense tiene más credibilidad frente a sus jefes que un redactor latino, quien, a su vez, tiene menos credibilidad que uno europeo, por ejemplo. Cuando explicaba a los colegas este tufillo clasista, solía bromear contando que si el redactor de Chicago escribía que llovía, pocas veces se le cuestionaba. Al latino, en cambio, le pedían que lo demostrara con un parte meteorológico, y a mí, que confirmara la información sacando la mano por la ventana.

Volviendo al Diabólico, yo pensaba que aquella historia, aunque menos trascendental, requería del mismo rigor y delicadeza que la de las FARC, y me propuse acercarme a él como si fuera a entrevistar a un miembro de ETA, que tantas familias ha roto. En los días previos me venían mil preguntas a la cabeza. Me preocupaba quedar atrapado por una exclusiva o blanquear a un tipo sanguinario que había matado mientras había podido. No quería dejarme seducir por el personaje y terminar cometiendo el error de ser receptivo con un tipo de violencia y frívolamente indulgente con otra.

Para la entrevista, el Diabólico me pedía no hablar de sus delitos y centrarnos en su mensaje al presidente o en los proyectos exitosos de serigrafía y panadería que habían sacado adelante los presos como muestra de su voluntad de cambio.

Durante semanas intercambiamos largas conversaciones en las que un tipo que jamás había leído otro libro que no fuera la Biblia

me hacía reflexiones dignas de un redactor jefe, y varias veces estuvimos a punto de tirar la toalla. En paralelo, discutía con el editor Eliezer Budasoff sobre cómo ponerle límites, y juntos buscábamos soluciones para que no se perdiera el mensaje. Todo ese debate previo es lo mejor que tiene una redacción.

Aquel intercambio de mensajes con el Diabólico fue creando, sin embargo, una relación de confianza y cercanía que sirvió para que definiéramos varios puntos básicos de cara a la entrevista. Por supuesto, no podía omitir el contexto ni importantes detalles de su vida delictiva, pero le ofrecí enseñarle el resultado antes de que saliera publicado.

Después de cerrar la cita en la cárcel, recordé que estaba prohibido acceder con un teléfono, cámara o libreta, y que había que dejar con los guardias de la entrada hasta el cinturón. «No te preocupés», me dijo.

Y así fue. Finalmente, en la Navidad de 2019, entré en la prisión de máxima seguridad de Fraijanes II, situada a media hora de la capital, para entrevistar al líder de la Salvatrucha de Guatemala.

El Diabólico era un tipo atlético e inteligente. Tenía treinta y seis años, un anciano en el mundo de las prisiones; medía metro ochenta, muy por encima de la media nacional, y tenía el cuerpo tatuado desde el cráneo hasta los tobillos. «Aquí está una grabadora y una cámara», me dijo, señalando la cama de la celda, sobre la que había dos cajas con una cámara de fotos y una grabadora digital, listas para estrenar.

El cuerpo del Diabólico era un lienzo de El Bosco, y en cada centímetro de su piel había dibujada una cara, un nombre de mujer, una fecha, un animal extraño o las siglas de su pandilla. De tono seco pero afable, el Diabólico manejaba los silencios mejor que las palabras y convertía los segundos en pausas que duraban años. Y eso, sentados a dos palmos de distancia en la cama de la celda, son muchos años.

El Diabólico también me mostró la prisión. Tres horas diarias de pesas y flexiones habían esculpido un cuerpo atlético que se movía con soltura entre los presos, a los que saludaba uno a uno por su nombre. Mientras caminábamos, ante nosotros se abría un sutil pasillo por el que avanzaba señalando a un lado y al otro como quien enseña su casa: «Aquí la panadería, aquí la escuela, aquí el gimnasio...».

La mara Salvatrucha de Guatemala, la pandilla a la que el Diabólico había dado su vida, y su enemiga Barrio 18 son consideradas bandas terroristas por Estados Unidos. Juntas suman un ejército de entre quince mil y veinte mil miembros, en un país relativamente pequeño, de algo menos de quince millones de habitantes. Una cifra potente, aunque lejos de la de El Salvador, donde, hasta la llegada de Bukele, el número de pandilleros era tres veces mayor –unos setenta mil– en una población casi tres veces menor, unos seis millones de habitantes.

Por aquel entonces, el Triángulo Norte de Centroamérica –la región que comprenden Guatemala, Honduras y El Salvador– era una de las zonas más sangrientas del mundo en número de homicidios, hasta que El Salvador se bajó del podio. De los tres, Guatemala era el más pacífico, con veintitrés homicidios cada cien mil habitantes, frente a los cincuenta y uno de El Salvador y los cuarenta de Honduras, según cifras de las Naciones Unidas de 2018, que atribuían el ochenta por ciento de esos homicidios a las pandillas.

Durante las horas que pasé allí dentro hablamos de su propuesta al Gobierno, pero también de su infancia, de la calle, de la violencia, de la política o de cómo se organizaban los presos en la cárcel.

De aquella conversación recuerdo la dificultad para entender un idioma que decía ser español. Transcribo aquí unas frases, casi al azar, sacadas de la entrevista, sobre cómo se estropeó su generación y cómo entró él en aquel mundo:

> Cuando yo empecé en mi pedera de la pandilla, va vos, a mí me cuadraba ver a los homis que andaban ahí tintados, va vos, con sus rieles cortecitos y toda la onda. Otros jailosos los majes echando puro en las esquinas. Y como uno es chavito, lo primero que te llama la atención es cómo las patojas van chingando

a las jainas. Después te vas creando un alucine en tu cabeza: que de agüevo, que de agüevo..., y luego te metiste en las drogas y de ahí a matar a la otra pandilla.

«Y ahora, vos, te voy a decir pa qué te llamé», me soltó.

Después de años en silencio, el líder de la pandilla quería hacer algo inédito: pedir al Gobierno una mejora de la vida en las prisiones con programas de rehabilitación y educación a cambio de «pacificar las calles». El Diabólico pretendía que Giammattei aparcara la mano dura y les permitiera mantener abiertos los talleres de serigrafía, carpintería y panadería que amenazaba con cerrar en el marco de su estrategia para endurecer las condiciones de la vida carcelaria. A cambio de frenar aquellas medidas, los ciento noventa y cuatro presos más peligrosos del país se ofrecían a contener la violencia en las calles y pedían libros y profesores para estudiar, así como apoyo a los pequeños negocios de venta de camisetas y pastelería que habían surgido en la prisión. «Nuestro compromiso es bajar la delincuencia. El mensaje es que ya no queremos chingar más a la sociedad, y así lo estamos haciendo. Desde esta cárcel no se ordena ningún asesinato ni extorsión telefónica», me dijo el Diabólico sobre la violencia en Guatemala, con el poder de quien pisa un acelerador que suma o resta cadáveres en las calles a conveniencia.

Aquella entrevista se publicó en *El País* con un titular «La paz en la calle comienza en las cárceles», y el subtítulo «El Diabólico, líder de la violenta mara Salvatrucha, ofrece al nuevo presidente trabajar en la pacificación de las calles a cambio de planes de rehabilitación». La propuesta fue rechazada poco después por Giammattei, que se negó a «escuchar a terroristas», y aquello pasó pronto a formar parte de los intentos frustrados por hacer las cosas de manera distinta.

La paradoja ante tanta rigidez presidencial es que en Guatemala es posible estudiar su historia reciente solo acudiendo al patio de una cárcel por donde han pasado algunos de sus principales actores. El expresidente Otto Pérez Molina está encarcelado; el anterior, Álvaro Colom, estuvo en arresto domiciliario, y el anterior a este, Alfonso Portillo, cumplió condena en Estados Unidos. Hasta el propio

Giammattei pasó diez meses entre rejas, acusado de la muerte de varios reos durante su etapa como jefe de prisiones (2006-2008). Más de tres años recluido ha pasado también el periodista José Rubén Zamora (liberado en febrero de 2026), durante una de las etapas de represión más duras en la historia de la Guatemala reciente.

Antes de despedirnos, el Diabólico me enseñó el lugar de la cárcel del que estaba más orgulloso: la clínica dental. Hartos de no tener dentista y después de muchos meses ahorrando con la venta de pasteles y camisetas, los presos habían reunido más de doce mil dólares para comprar un sillón profesional de dentista de segunda mano. A una prisión de máxima seguridad de Guatemala los médicos llegan con cuentagotas, así que ellos mismos habían aprendido a utilizarlo. A aquel sillón no le faltaba de nada. Contaba con un brazo articulado con rotor, manguera, fresa, negatoscopio, infrarrojo y un segundo brazo con una potente luz dirigida a la boca. A un lado había también un dispositivo para hacer radiografías.

Cuando entré con el Diabólico en el cuarto de paredes verdes que hacían llamar «clínica dental», uno de los presos tatuado con dos enormes letras «MS» en la cara estaba practicando un empaste a otro preso con el cráneo tatuado. «Hacemos empastes, curamos infecciones, extracciones...».

–¿Y quién les enseñó?

–Aprendimos con estos libros –me dijo el dentistapandillero, mostrándome las instrucciones del aparato y el libro: *Primeros auxilios en el campo y en la ciudad*.

–¿Y a manejar el electrocardiógrafo?

–También, pero ahí sí tenemos que esperar a que el médico lo interprete.

–¿Y a hacer radiografías?

–También con el libro.

Durante la surrealista conversación, un paciente, acostumbrado a matar con las manos, aguantaba, al borde de las lágrimas, las barbaridades que le hacían aquel dentista y su ayudante en su intento por impresionar al periodista con su manejo de los aparatos. El doctor daba órdenes y el enfermero, condenado a veinte años por

homicidio, imitaba un protocolo aprendido en alguna película sobre médicos, pero en el que introducían sus variantes. Cuando el falso médico pedía algo, el imitador de enfermero lo repetía a voz en grito: «Manguera de tragar saliva», «¡Manguera de tragar saliva!» «Palo plano de punta redonda», «¡Palo plano de punta redonda!», «Aquello de ahí», «¡Aquello de ahí!»; y lo hacía sobre la boca amoratada del paciente, lo único que no era falso en aquella clínica.

3. UN VOLCÁN SOLO PARA POBRES

Escribo estas líneas después del paso de una tormenta salvaje por Valencia (España), que, en algunos lugares, ha dejado más de quinientos litros de agua por metro cuadrado. En menos de una hora, sobre una zona equivalente a dos delegaciones de Ciudad de México, ha caído el agua que cae en varios años, y lo que iba a ser una lluvia moderadamente copiosa ha terminado siendo una bestial riada que ha desbordado cauces, derribado puentes y succionado vehículos y a conductores de una decena de municipios de la periferia de la tercera ciudad más grande de España. La dana ha dejado doscientos veinte muertos y unos cien desaparecidos. Muchos de los cadáveres fueron arrastrados por la corriente y han aparecido en la desembocadura del río, en una playa situada a varios kilómetros de distancia.

Mientras tanto, aumenta la indignación entre los vecinos. Tres días después no hay ningún tipo de organización. Los militares y la maquinaria pesada llegan con cuentagotas, y la población se autogestiona limpiando con palas y escobas el tsunami de fango, piedras y vegetación que entró por la noche en sus casas dejando a su paso una destrucción apocalíptica sin que, hasta el momento, haya mandos civiles ni militares al frente. La fotografía más repetida es la de calles amarillas, montañas de vehículos y vecinos sin dormir buscando el DNI o las escrituras de la casa en el barro.

Cuatro días más tarde, la situación no mejora. Hay más de ciento quince mil afectados y carencia de alimentos para la gente que lo ha perdido todo y para los voluntarios llegados de toda España. La situación está a un paso del estallido social. Los vecinos, después de limpiar durante todo el día, organizan rondas nocturnas para impedir robos y saqueos. Una decena de municipios sigue sin luz, y solo se

ha recuperado el sesenta por ciento de la red de telefonía móvil. «Nos han dejado solos», es la frase que más oigo estos días.

En este contexto, cinco días después de la riada, a las autoridades se les ha ocurrido hacer una visita oficial y tener un primer contacto con la población para conocer los efectos del mayor desastre natural que ha habido en España en los últimos cien años. Y, claro, en la hora en la que escribo estas líneas, el rey Felipe VI, el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, y el presidente autonómico, Carlos Mazón, han estado a punto de ser linchados. Les han insultado y les han tirado lodo. Han golpeado con un palo a un miembro del equipo de Sánchez, y la reina Letizia ha terminado de hablar con un grupo de vecinos con la cara embarrada.

Me pregunto: ¿en qué mundo vive esta gente para no intuir el cabreo que se estaba cociendo? ¿De qué tamaño es el abismo que separa el lodo de las calles de los vehículos oficiales con los vidrios tintados? ¿Qué tienen en la cabeza unos señores vestidos con ropa de explorador que creen que serán bien recibidos cuando los escoltas han llegado más rápido que la comida, el agua o la electricidad?

Con la prepotencia de quien mira las desgracias ajenas como algo que solo pasa en lugares remotos o mal preparados, oigo a muchos decir en el metro o en las tertulias de la radio que España parece un país latinoamericano. La realidad es que si esto fuera así, la respuesta habría sido bastante más eficaz.

América Latina tiene un doctorado en desgracias naturales. Da igual que sean terremotos, huracanes o volcanes; y desde la infancia, los niños crecen con un calendario distinto de los demás y de uso exclusivo entre quienes lo vivieron: el verano de la sequía, el invierno de la riada, el año del incendio, los huracanes Stan, Wilma, Betsy o Katrina, las tragedias de Vargas o Tolima, los terremotos de 1985 y de Haití... En consecuencia, en casa se cultiva el instinto, y en la escuela se trabajan planes de evacuación y salvamento que se incorporan al día a día con la misma naturalidad que la tabla de multiplicar.

Después el Estado podrá fallar en la reconstrucción, pero como si fuera una característica ligada al ADN, predomina una vocación de

supervivencia y ayuda colectiva difícil de trasladar a otras latitudes. No es fácil explicar en Europa que la solidaridad también se entrena.

En estas dos décadas, en América Latina los desastres naturales han sido una parte importante de las coberturas. Terremotos, huracanes, lluvias torrenciales, volcanes o deslaves. Muchas veces, también combinados.

Todos estos fenómenos matan a miles de personas, destrozan ciudades, arruinan cosechas y sepultan pueblos enteros a los que siempre llego al día siguiente, cuando todo son lágrimas y heridos que miran al cielo buscando explicaciones. Días perfectos para la aparición, junto a los equipos de Protección Civil y las ambulancias, de pastores y mesías de todas las iglesias imaginables que aterrizan en los desastres en busca de nuevos fieles con la respuesta que el cielo no les dio.

El terremoto es la sorpresa. La brutal sacudida en mitad de una ducha o del almuerzo que agita y paraliza. Es frecuente ver a gente con ataques de pánico en la calle cuando el suelo tiembla en Ciudad de México. De hecho, he conocido más a mis vecinos de madrugada en pijama que en cualquiera de las periódicas juntas de la comunidad. El huracán permite huir, pero destroza todo lo que toca. Y el volcán, a diferencia de lo anterior, suma a la destrucción y a la muerte el calor, la ceniza y un irrespirable aire ácido. Por donde baja la lava, la temperatura supera los cien grados, pero a un palmo de profundidad sube a setecientos.

Los desastres naturales se ceban siempre con los mismos: los pobres, y la negligencia agudiza sus efectos condenando a muchas familias a la miseria una generación tras otra. Ellos levantaron su casa en el cauce de un río porque la tierra no era de nadie, o en la ladera de un volcán porque era más barato. Construyeron la vivienda de madera y lámina que se les vino encima en cuanto subió el agua y sopló un poco el viento.

Generalmente, los periodistas cubrimos estos desastres como un zarpazo de la naturaleza ante el que poco puede hacerse. Intentamos una lectura crítica sobre el cambio climático o nuestras formas de consumo, pero sobre el terreno solemos informar recogiendo la pena y el dolor de quienes lo han perdido todo. En el

mejor de los casos, se trata de un recordatorio de que en este mundo hipertecnificado no somos dioses capaces de dominar el movimiento de las placas tectónicas. Enviamos crónicas con testimonios y una larga sucesión de dramas, pero con poca exigencia sobre la responsabilidad de quien no evacuó a tiempo ni invirtió en equipos de monitoreo o en servicios de rescate.

La clase política tampoco suele medir bien los efectos que tienen estas catástrofes. Arrugas marcadas durante años en la memoria de un país. En México, el terremoto de 1985 señaló el principio del fin del PRI cuando la población constató que el todopoderoso partido único era un nido de corrupción incapaz incluso de dar una cifra oficial de fallecidos. En Puerto Rico, la inútil gestión del gobernador Ricardo Rosselló tras el paso del huracán María en 2017 forzó su dimisión posterior. Y en Estados Unidos y Centroamérica, el grueso de las caravanas de migrantes que tanto asustaban a Trump en campaña estaba formado por campesinos hondureños que lo habían perdido todo tras el paso de dos huracanes, el Eta y el Iota, dos, en un mes. Migrantes climáticos que ni siquiera saben que lo son cuando les preguntan por qué se van.

El periodismo no debe cubrir los desastres naturales como si fueran parte de la sección de sucesos y tiene que investigar a los funcionarios que no hicieron caso de las alarmas, a los alcaldes que no limpiaron los cauces, a los empresarios que se lucran con la reconstrucción, o a quienes se dedican a pescar votos y lealtades vistiendo de caridad lo que es su obligación.

Quizá por eso, al ver lo que sucede en Valencia comprendo que haya ganas de linchar al presidente y hasta al rey. Me produce cierta satisfacción ver un año después a los responsables desfilar por juzgados y comisiones de investigación explicando minuto a minuto dónde estaban y qué decisiones tomaron aquel día. De lo contrario, es fácil conseguir que todo se olvide y que los de siempre se limiten a aceptar el trozo de pan recibido y a dormir en un gimnasio mientras pasa el huracán. Para quien no ha visto al Estado de cerca, una colchoneta en el suelo, una botella de agua y un plato de frijoles en un polideportivo son lo más próximo que estarán de él.

UN VOLCÁN SOLO PARA POBRES

Uno de los casos más frustrantes de corrupción y medioambiente sobre el que he escrito se produjo tras la erupción del volcán de Fuego, en Escuintla. Es una imponente montaña de tres mil setecientos sesenta y ocho metros de altura que saltó por los aires el verano de 2018 y dejó cuatrocientos treinta y un muertos y desaparecidos, según cifras oficiales. Ocho años después, el volcán continúa incandescente y de noche puede verse desde Antigua el imponente rojo de su cima expulsando fumarolas.

Llegué a Escuintla, situada a hora y media de la capital, tres días después de que el volcán entrara en erupción y un río de rocas incandescentes bajara con furia a doscientos kilómetros por hora arrasando por completo una aldea construida en la ladera. La zona era un descontrol total. Los equipos de socorro iban y venían frenéticamente de la aldea San Miguel Los Lotes mientras vecinos y familiares trataban de sacar cadáveres, quemándose las manos. El resto de la aldea era un caos de ceniza por la que tuve que avanzar dando pequeños saltos debido a la temperatura del suelo.

Se trataba de una erupción de tipo vulcaniano, me enteré luego, que se caracteriza por provocar primero violentas explosiones intermitentes, desprender gases que estallan en la superficie después, y arrojar por último un tipo de lava que se consolida con rapidez. La colada había llegado tan de repente que ningún vecino había podido reaccionar cuando entró por la puerta.

Me asomé como pude a tres viviendas, y en ellas encontré figuras humanas recién fosilizadas por la lava mientras hacían sus tareas domésticas. Sobre aquellas tres casas apunté lo siguiente a la carrera: «1: mujer junto a chimenea, 2: familia, tres personas sentadas en mesa, 3: hombre en cama».

Aquella sensación de un mundo detenido en medio de la cotidianidad me evocaba los documentales sobre Pompeya.

De una casa a otra, el calor se hacía insoportable, y en la última solo pude asomar la cabeza porque los zapatos se derretían. Había el tiempo justo para entrar y salir de la aldea. Solo el primer día

evacuaron a dos periodistas con las manos abrasadas. Cada poco tiempo, los bomberos tenían que remojar con mangueras las ruedas de la maquinaria pesada para que no se derritieran.

La primera crónica que envié a *El País* sobre la reconstrucción de lo que sucedió aquella mañana comenzaba así:

> A las seis de la mañana, Domingo López, un campesino enjuto y fibroso de setenta y nueve años, se despertó por los ladridos de los perros en San Miguel Los Lotes, una de las seis comunidades que se levantan en las faldas del volcán de Fuego. El anciano se echó agua en la cara, puso a calentar los frijoles, dio de comer a las gallinas y barrió la entrada de la vivienda de cemento y lámina. Los animales estaban nerviosos.
>
> A la misma hora, dos casas más arriba, Francisco González abrió los ojos y miró el volcán. Un gesto entre el temor y el respeto que repetía por inercia todas las mañanas. Lo vio nublado. Se puso un pantalón raído, una camiseta del F. C. Barcelona, tomó el machete y salió para cortar leña. Descendió por la vereda y pasó por delante de la casa de Gloria, quien repasaba mentalmente la ropa con la que vestiría, como todos los domingos, para ir al templo.
>
> A esa hora campesina en la que apenas sale el sol, en un despacho de la capital del país ya había un boletín «especial» del Instituto de Vulcanología (Insivumeh) en la mesa del director de Protección Civil en el que se advertía de una explosión del volcán y de que la vida de Domingo, Francisco y Gloria, tal como la conocían hasta entonces, estaba a punto de desaparecer.

Dediqué varias mañanas a hablar con testigos, vecinos y población trasladada a un pabellón de deportes en Escuintla, donde pasaban los días mientras se curaban las heridas. La mayoría tenían los pies vendados por las quemaduras de aquellos primeros minutos en los que intentaban escapar con la lava pisándoles los talones.

Trataba de averiguar la razón por la que mientras en una aldea el fuego había matado a casi quinientas personas, los huéspedes de un hotel de cinco estrellas con campo de golf muy cercano habían sido evacuados en perfecto orden cuatro horas antes de la erupción.

¿Cómo había logrado el hotel desalojar después del desayuno a un centenar de clientes que tuvieron tiempo de hacer la maleta, saldar la cuenta y tomarse las últimas selfis antes de meter el equipaje en el autobús? Intentaba saber por qué entre las once de la mañana,

cuando la gerente dio la orden, y la una menos cinco ya no quedaba nadie en las instalaciones, todos evacuados sin siquiera una torcedura de tobillo. ¿Con qué información contaba el hotel para que unas horas más tarde, cuando el tsunami incandescente de barro, ceniza y azufre arrasó una decena de aldeas, el alojamiento estuviera completamente vacío?

La respuesta era tan simple como previsible. Cuatro días después de la erupción me vi con la gerente del hotel La Reunión, Evelyn González, en su despacho, donde reconstruimos minuto a minuto aquella mañana, y la clave estaba en los sismógrafos y en su interés por hacer bien su trabajo. «Utilicé el sentido común –me dijo–. Aquí no hubo información privilegiada ni llamadas de alerta exclusivas. Estábamos pendientes desde que a las seis de la mañana llegó el boletín del Instituto de Vulcanología. Las alertas que envían son públicas y se reciben cada pocas horas, como las reciben todos los servicios de emergencias. Era suficiente con ver que el volcán estaba haciendo cosas extrañas desde muchas horas antes. Echaba humo en fumarolas intermitentes y observamos un movimiento de tierra extraño.» Frente a la eficaz gerente que hizo bien su trabajo estaba la indolencia oficial, que no contaba con sismógrafos suficientes, y donde sí los había, nadie interpretó los avisos.

El reportaje provocó una investigación de la Fiscalía y otra en el Congreso, donde termina lo que se quiere aparcar, y el título de la crónica, que iba a ser «Un volcán arrasa Escuintla», pasó a ser «Un volcán solo para pobres».

HAITÍ, LA REPÚBLICA DE LAS ONG

Que la corrupción mata, México lo vivió con crueldad cuando en 1985 el Gobierno respondió con lentitud y se descubrió que muchos de los constructores que habían levantado enormes torres en la capital no habían puesto suficiente cemento para sostenerlas, y estas fueron la tumba de miles de personas cuando el suelo tembló.

Aquello aceleró la descomposición del PRI, que había comenzado su cuesta abajo, aunque aún tardó quince años en perder las elecciones. Mucho tiempo después, también un 19 de septiembre pero de 2017, otro sismo derribó el colegio Rébsamen de la capital y mató a veintiséis personas, la mayoría de ellas niños. Esa tragedia ha sido un reproche recurrente de la oposición a Claudia Sheinbaum, por entonces jefa de Gobierno de la capital y hoy presidenta de México, debido a que el colegio había aumentado varias plantas su tamaño sin licencia ni supervisión municipal alguna.

Pero desde que el mundo es mundo, América convive con los desastres naturales con la desenvoltura de quien vive al filo de la navaja. Todos los años llegan al continente más de diez huracanes y se registran de tres a seis terremotos de fuerza siete. Solo en México se producen diez sismos diarios de magnitud superior a cuatro, y la propia existencia de su capital es un milagro diario que se sostiene en un lago, sobre una falla sísmica. En Guatemala, uno de los países más pequeños del continente, hay treinta y ocho volcanes, cuatro de ellos en activo. Un día que fui al cine en Caracas proyectaron antes de la película un cortometraje sobre un supuesto gran terremoto que se viviría en Venezuela próximamente. En él, una alarmista voz explicaba cómo conseguir alimentos o electricidad cuando todo colapsase mientras se proyectaban imágenes de placas tectónicas colisionando y edificios caídos. Aunque yo salí acongojado del cine, la proyección incidía en la necesidad de estar preparados. Después del terremoto en La Guaira que ha dejado más de cinco mil muertos, y la lenta respuesta oficial, me he acordado mucho de aquellas imágenes. Al fin y al cabo, es habitual que las dictaduras manejen mejor que las democracias los riesgos, al ser capaces de movilizar y poner a salvo en un tiempo récord a miles de personas. *Manu militari* o fomentando la cultura cívica desde la escuela, los mismos huracanes que pasan de largo por Cuba o Nicaragua dejan decenas de muertos en otros países.

Los desastres naturales trituran a los estados sin recursos, pero si además se trata del país más pobre del continente, la devastación más absoluta está garantizada.

Cuando el 12 de enero de 2010, casi a las cinco de la tarde, un

terremoto de fuerza siete destrozó Haití, se borró del mapa un país entero. Más de doscientas mil personas murieron en medio minuto y se reveló el fracaso de un modelo de cooperación que llega hasta hoy.

Aquella semana después de Reyes, estaba en Guatemala cubriendo la estelar comparecencia del fiscal Carlos Castresana, un veterano juez español que presentaba sus conclusiones sobre el «caso Rosenberg» después de ocho meses de investigaciones. Era el último episodio de uno de los asuntos más turbios y misteriosos de la Guatemala reciente: el asesinato de un importante empresario, millonario, guapo y formado en Harvard, Rodrigo Rosenberg, cuya muerte había sumido al país en un caos político.

El día que Rosenberg fue asesinado, ciento cincuenta discos compactos llegaron a las redacciones y despachos más importantes del país con una grabación de la víctima que incluía una frase que los guatemaltecos llegaron a aprenderse de memoria: «Si usted está viendo este vídeo es que fui asesinado por el presidente Álvaro Colom». Las imágenes dieron la vuelta al mundo y abrieron informativos, y hasta en los mercados callejeros era posible comprar una copia del cedé de Rosenberg por menos de un dólar.

Aquel vídeo sacudió al país y puso al presidente Álvaro Colom contra las cuerdas tras una acusación pública con todos los ingredientes de una buena novela policiaca: un poderoso empresario, un paseo dominical en bicicleta, dos sicarios y cinco tiros en la cabeza en la avenida principal de Ciudad de Guatemala. La calle se convirtió en un clamor que protestaba por la inseguridad; la oposición señalaba al mandatario, y la élite empresarial conspiraba contra el presidente que había ordenado matar a uno de los suyos por no dejarse extorsionar. El Gobierno estaba a punto de caer.

Por aquel entonces, al frente de la CICIG, la oficina por la transparencia de las Naciones Unidas en Guatemala, estaba Castresana, que había juzgado importantes casos de corrupción en España durante la época de Felipe González y que había sido destinado al país centroamericano por las Naciones Unidas para intentar que fuera menos corrupto. Castresana asumió el caso, y después de muchos meses de investigaciones, el día que tembló

Haití tembló también Guatemala cuando anunció que al fin lo había resuelto.

En una impresionante investigación, Castresana demostró que Rodrigo Rosenberg no era la víctima, sino el culpable, que había ordenado su propia muerte y que no había más autor intelectual que el propio difunto. Durante meses, Castresana reunió cientos de entrevistas, pruebas, vídeos, fotos, declaraciones, seguimientos y pinchazos telefónicos hasta demostrar que Rosenberg estaba deprimido y había decidido suicidarse, pero que antes quiso hacer el mayor daño posible intentando derrocar un Gobierno al que odiaba. El empresario había fracasado en sus últimos negocios y estaba hundido tras la muerte de su amante, así que se quitó de en medio pagando a un grupo de sicarios para que lo mataran mientras fingía descansar después de dar una vuelta en bicicleta. Aquella historia cautivó al director del periódico, Pedro J. Ramírez, que pidió un largo reportaje sobre el tema, que fue publicado un domingo en portada.

Llevaba una semana en Ciudad de Guatemala trabajando en el encargo cuando mi amigo Daniel Lozano, una de las personas que mejor conoce el continente, tan intuitivo como buen periodista, me llamó. «¿Te has enterado del terremoto en Haití? Se ha sentido muy cabrón en Panamá. Conociendo aquello, debe ser un desastre», me dijo.

Sentado a la mesa de un mugriento hotel, recuerdo escribir aceleradamente sobre Rosenberg mientras miraba de reojo la CNN con las primeras imágenes que llegaban de Puerto Príncipe. En un país con tan escasa presencia de agencias internacionales, esas informaciones consistían en malas imágenes grabadas con móvil y precarias conexiones con los periodistas locales, que describían una sacudida brutal y destrucción, caos, escombros y centenares de muertos, una cifra que se duplicaba con cada hora que pasaba.

Tres días después llegué a República Dominicana y recorrí las seis horas de carretera que separan Santo Domingo de Puerto Príncipe, donde me quedé a vivir hasta la primavera. Había salido de casa con ropa para cuatro días y volví tres meses después.

A las 16:53 del 12 de enero de 2010, las calles de Puerto Príncipe eran un bullicio alegre, caótico y cadencioso, como lo es el Caribe.

Los barrios de Delmas, Carrefour o Pétion-Ville eran un hervidero de vendedores de naranjas, coches destartalados, tráfico y mujeres caminando cargadas con frutas o cántaros de agua sobre la cabeza. Cuando todo eso ocurría, un terremoto de magnitud siete sacudió la tierra, primero de arriba abajo y después de lado a lado. Se agrietaron las carreteras, y se cayeron los edificios públicos, las universidades y el noventa por ciento de los colegios. Un millón y medio de personas perdió su casa, y casi todos los hospitales y supermercados se comprimieron como un sándwich club. En solo treinta y ocho segundos, el bullicio del Caribe se había convertido en una nube de polvo y gritos de la que surgía gente ensangrentada o mutilada por los hierros y los cascotes.

Todo sucedió muy deprisa. En el tiempo que alguien tarda en abrocharse los cordones de los zapatos o un semáforo en cambiar de color, quedaron sepultadas doscientas treinta mil personas y el setenta por ciento de la economía. Ese día, el país más pobre pasó a ser el más miserable.

Cuando llegué a Puerto Príncipe, se habían derrumbado el Parlamento, el Palacio Presidencial, siete ministerios, casi todas las escuelas y hospitales, y miles de casas. Las calles estaban llenas de cadáveres y se habían venido abajo la cárcel y la catedral, con el arzobispo dentro. El presidente y los ministros dormían en una tienda de campaña, y el jefe de la misión de las Naciones Unidas había fallecido bajo los escombros.

Hasta ese día, Haití era un país alejado del foco internacional en el que solo había treinta semáforos, tres ascensores y una escalera mecánica, pero las imágenes del desastre más absoluto conmovieron al mundo, que se volcó enviando ayuda. En pocas horas, el aeropuerto de Puerto Príncipe se quedó pequeño para recibir a decenas de aviones con alimentos, tiendas de campaña y bomberos de todo el planeta. La solidaridad internacional fue brutal, y hasta el expresidente Bill Clinton organizó una conferencia de donantes en Montreal y en Nueva York que se comprometió a entregar a Haití cinco mil millones de dólares en dos años y otros cinco mil más a medio plazo o, lo que es lo mismo, el presupuesto de todo el país durante nueve años. La solidaridad fue tal que incluso un país como

España se convirtió en el tercer donante más generoso a escala global y el primero de la Unión Europea, detrás de Estados Unidos y la propia UE.

En pocas semanas, diez mil organizaciones no gubernamentales de todo el mundo se acreditaron ante la ONU, y el primer país libre de América Latina pasó a conocerse como la «república de las ONG».

Pero de la avalancha de solidaridad internacional hoy no quedan ni los huesos. El terremoto puso a prueba a las Naciones Unidas, que lideró el desafío sin jefes y sin los ciento diez trabajadores que mejor conocían el terreno, fallecidos en el terremoto.

Entre la población, muchos haitianos pasaron a vivir en las casas prefabricadas en las que siguen hoy, alejados de cañadas y barrancos. Sin embargo, todo fue una sucesión de parches sin continuidad en el tiempo. Desde todo el mundo se activó una suerte de «turismo humanitario», con miles de ONG en el terreno, algunas casi familiares, que dejaban ver las costuras de un modelo de cooperación tan entusiasta como descoordinado.

Había médicos que llegaban de Miami en avioneta privada, operaban a algunos heridos y regresaban por la tarde sin más supervisión. En paralelo, Haití se convirtió en el escenario de un enfrentamiento geopolítico que se jugaba en otro tablero. Por un lado, Estados Unidos, que inició una distribución de alimentos desde el aire que provocó avalanchas, disturbios y más muertos. Y por otro, Venezuela. En aquel entonces, un Hugo Chávez en plenas facultades vendía una América Latina solidaria y autosuficiente, por lo que movilizó a Haití a cientos de efectivos que iban, acompañados de decenas de periodistas, a desescombrar donde ya no era necesario. El caso es que, en poco tiempo, la hambruna se extendió por un país con una esperanza de vida de cuarenta y cinco años, donde un tercio de sus once millones de habitantes ya comía desde antes gracias a la caridad.

Más de dieciséis años después, el gran experimento de solidaridad internacional deja muchas lecciones sobre «lo que no hay que hacer» y «una sensación de frustración entre quienes estuvieron involucrados al ver cómo se escapaba la oportunidad de entrar a

fondo en los problemas», según me resumió mucho después Edmond Mulet, jefe de la misión de las Naciones Unidas tras el terremoto. Otro gran conocedor del país caribeño, el brasileño Ricardo Seitenfus, que había sido representante de la OEA en Haití, me explicó sentado en su despacho la gran mentira que gira en torno a las cumbres internacionales y las conferencias de donantes: el sesenta por ciento de la ayuda financiera que se había anunciado en Haití nunca llegó; otro veinte por ciento llegó y salió de inmediato porque eran compras en los países de origen, y un diecinueve por ciento fue a parar a instituciones como la Cruz Roja o la Organización Mundial de la Salud (OMS). Por corrupción o por ineficacia, por las manos de las instituciones haitianas solo pasó un uno por ciento de las donaciones, me dijo. El poco dinero que se envió al país tampoco sirvió para crear tejido productivo, levantar fábricas o construir infraestructuras, y las cuatro familias de siempre siguieron controlando cualquier cosa que diera beneficios: desde la telefonía móvil hasta los supermercados.

Después siguieron la crisis económica mundial y el olvido, y Haití entró en una sucesión de inestabilidades, en la que sigue inmerso ese hipnótico pedazo de tierra entre Cuba, Jamaica y Puerto Rico, donde antes se detenían los cruceros llenos de turistas. Con el terremoto, el primer país libre en América Latina aprendió que, entre la independencia y la dependencia absoluta, hay solo treinta y ocho segundos de diferencia.

En las universidades, en los másteres de cooperación, en los institutos oficiales y en las organizaciones no gubernamentales debería estudiarse todo lo que ahí pasó ese 12 de enero como el mejor ejemplo de lo que no debe hacerse. Muchos terremotos y huracanes después, el mayor desastre natural en América Latina de este siglo ha sido también el mayor fracaso de la comunidad internacional y de una forma de cooperación. El terremoto no solo mató a una generación, sino que además dejó un país de mutilados aún más dependiente de la ayuda internacional en manos de las pandillas y el narcotráfico.

Aquella fue la cobertura más intensa y prolongada que he hecho nunca. Jornadas muy duras, durmiendo en el suelo y comiendo mal,

con continuas réplicas que eran una sacudida para los nervios. Cada día era también una lección de superación y dignidad ante la que resultaba imposible no involucrarse: vecinos compartiendo comida, niños buscando a padres entre los escombros, mutilados durmiendo junto a la extremidad cercenada. La sensación de encontrarse en uno de esos momentos en los que estás obligado a darlo todo para contarlo lo mejor posible.

De aquella cobertura recuerdo la frivolidad con la que en los primeros días se trataban las imágenes de los fallecidos. En la actualidad, ante cualquier desastre, el periodismo aplica filtros muy estrictos para no mostrar imágenes de fallecidos. Una tendencia que comenzó con el ataque contra las Torres Gemelas el 11-S y que hoy se aplica con Gaza o Ucrania, hasta el punto de invisibilizar una tragedia que solo se muestra con datos, declaraciones y fotografías de gente llevando un cántaro de leche por una calle destrozada. Sin embargo, nada de eso suele aplicarse con los países pobres. La sensibilidad y la delicadeza que se manejan en el primer mundo blanco pasan de largo sobre los dramas que afectan a negros de países míseros. Todo aquello me recordó a una frase de Leila Guerriero que trato de no olvidar: «Entrevista a los pobres como si pudieran demandarte por un millón de dólares [...]. Si su historia tiene que ver con el sufrimiento, con la soledad, con la tragedia, si cuenta lo que ha pasado, la tentación de aprovecharse de su dolor o de su miseria está a la vuelta de la esquina. Y si eso ocurre, el periodista se convierte en un vulgar oportunista. Y se pierde, de una vez y para siempre, la posibilidad de contarla con dignidad y respeto».

Frente a las fotos de papel, que se ven y se tocan, hay otras imágenes que se quedaron a vivir en mi cabeza y que con frecuencia me asaltan cuando menos quiero. La más recurrente es una que me ubica pasando por una esquina oscura de Puerto Príncipe. Habían pasado cinco días desde el terremoto y nada funcionaba. Los escombros ocupaban las calles principales, la gente vagaba de un lado a otro, la cobertura telefónica iba y venía, faltaba gasolina y, por supuesto, tampoco estaba operativo el escuálido alumbrado público. Aquellos días, los cadáveres hinchados desbordaban la

morgue y otros cientos se amontonaban en el aparcamiento del edificio destrozado, que se había convertido en una alfombra de cuerpos hinchados por el sol del Caribe y cubiertos de moscas que se extendía hasta donde llegaba la vista. El olor ácido atravesaba la mascarilla.

Allí habían terminado muchos de los cadáveres que llevaban varios días abandonados en las calles. Las familias que habían podido pagar un par de dólares recogían a sus muertos con excavadoras que los lanzaban después a fosas comunes, pero las calles seguían llenas de cuerpos de los que nadie se ocupaba. Cuando estos, hinchados como globos, comenzaron a convertirse en un problema de salud pública, alguien autorizó que pudieran ser quemados en cualquier sitio para evitar la propagación de enfermedades. Entonces empezaron a arder montañas de cuerpos desfigurados de quienes hasta hacía unos pocos días eran vecinos. De repente, sin alumbrado público, la noche más negra del mundo se iluminó con el fuego de los cadáveres apilados mientras la vida seguía: los perros olisqueaban, los hombres caminaban y las mujeres barrían. En momentos así, yo guardaba la libreta y me quedaba mirando durante un largo rato el fuego, dejando que aquellas imágenes se quedaran a vivir en mi memoria para el resto de mi vida. Me imaginaba que el apocalipsis debía de ser algo así.

CENTROAMÉRICA, UN CAMBIO CLIMÁTICO EN TIEMPO REAL

Un huracán se ve venir, un incendio avisa poco a poco y el terremoto, aunque sorprende, es previsible cuando vives sobre la falla de San Andrés. Sin embargo, los efectos del cambio climático son más sutiles, más lentos, más retorcidos.

Hasta ahora, una de las cosas más difíciles para el periodismo que se ocupa del cambio climático era mostrar un fenómeno que, en un inicio, solo afectaría a las generaciones futuras y que tiene que ver

con conceptos difíciles de visualizar, como la deforestación, el deshielo de los polos o el aumento de la temperatura en los océanos.

Centroamérica lanza a la atmósfera menos del uno por ciento de las emisiones de CO_2, pero sufre las consecuencias de un fenómeno que no provoca y que comienza muy lejos de sus costas. Buscar ejemplos concretos y avalados científicamente de esos efectos es un enorme reto para el periodismo. Mostrar las consecuencias de un tsunami es relativamente fácil: gente huyendo, una costa arrasada... Pero es una tarea titánica convencer al mundo de que empiezas a ahogarte porque el planeta está cada vez más caliente, porque los mares suben y te quedas, primero, sin pesca, y después, sin pueblo. Es un mensaje de lento calado que afecta a lugares remotos a los que nunca iremos, como las islas de Dominica, Guna Yala (Panamá), o Cedeño.

Cedeño es un municipio hondureño de unos siete mil habitantes que cada día desaparece un poco. Ni siquiera hace falta que transcurran unas décadas ni que llegue una nueva generación para ver los efectos de la nueva climatología. No hace falta porque cada siete años pierde una calle.

Llegué allí en 2019 para hacer un reportaje que se tituló «La zona cero del cambio climático en América Latina», porque Cedeño era un buen ejemplo en tiempo real de cambios tan brutales. En tres décadas, en este pueblo habían desaparecido cuatro cuadras, y donde antes estaban la cancha de baloncesto, la iglesia y un hotel, ahora se practica buceo.

Fue un reporteo atípico, porque en lugar de hacerlo caminando por el pueblo, lo hice en lancha con la fotógrafa Mónica González. Así que, a bordo de la barca de Juan, uno de los pescadores locales, recorrimos la costa como quien pasea del brazo del cronista municipal por la calle principal.

Juan iba de lado a lado de la costa cuando detuvo la lancha a treinta metros de la orilla, miró abajo y señaló con el dedo la zona más profunda: «Aquí estaba el centro comunal». Luego estiró el brazo y marcó otro punto entre las olas: «Y ahí delante, El Oasis,

una sala de fiestas; ahí, La Americana, una tienda de ropa, y ahí, un restaurante mexicano. Y más allá, donde hace espuma la ola, daba la vuelta el autobús y estaba el hotel de doña Ondina...», recordaba Juan sobre un hotel de veinticuatro habitaciones que había sido construido en lo que un día fue un elegante rincón turístico de Honduras.

El paseo por aquella playa del golfo de Fonseca fue tan angustioso como futurista. Techos y balcones que antes estaban en cuarta línea de mar sobresalían ahora en la superficie como si hubieran sido construidos ahí, en medio del mar. Hacia el oeste, siguiendo la costa, había mansiones de dos plantas abandonadas y las piscinas, en las que familias acomodadas un día bebieron margaritas, habían sido destrozadas por las olas. En Cedeño, los postes eléctricos de la calle llegaban al final del asfalto, atravesaban la arena de la playa y se metían en el mar.

Sentir el cambio climático en *streaming* se parece al día después de haber tenido un susto con el coche. Una sensación de desasosiego recorre el cuerpo, y uno habla menos, ríe menos y hace planes de otra manera porque nada será para siempre.

En un momento dado, Virgilio Madariaga, el presidente de la asociación de pescadores, abrió el mapa sobre la mesa del comedor y empezó a señalar las calles que no existían. «El agua se ha tragado seis hoteles, cuatro salas de fiestas, el centro comunal, las oficinas de Hondutel [la compañía de teléfonos], un laboratorio de camarón y las casas de seiscientas familias..., y ahora está entrando al colegio», dijo. El pueblo perdía un metro y veintidós centímetros al año, según sus cálculos. El mar había dejado de ser un compañero para volverse un enemigo, tal como aparece señalado en la mayoría de los mapas elaborados por el Grupo Intergubernamental de Expertos en Cambio Climático de las Naciones Unidas (IPCC).

Sentada en una silla de plástico me encontré a doña Alejandrina, una anciana robusta y de piel oscura que jamás pensó que saldrían tan caras las consecuencias de ese uno por ciento de CO_2 que dicen que produce la región.

De aquella primera charla, apunté en la libreta que tenía setenta años y una frase que resumía la emergencia climática mejor que cualquier informe internacional: «Nos advirtieron que nuestros nietos no tendrían pueblo, pero nunca imaginé que yo misma lo vería desaparecer», me dijo junto a su antiguo negocio, un salón de baile de dos plantas que se había venido abajo cuando las olas derribaron los cimientos y ahora era una montaña de escombros bañados por el mar. Era la quinta propiedad de Alejandrina que se tragaba la marea, pero aquella mujer hablaba con tanto aplomo y apoyaba con tanta seguridad los brazos en la silla de plástico que parecía la dueña del noventa y nueve por ciento restante de CO_2. Anoté: «Doña Alejandrina vive en el futuro».

La subida del mar, además de comerse el pueblo, había desplazado la pesca, había arrasado los manglares y había disparado la salinidad del agua que llegaba a los pozos, que pronto dejaron de servir. Sin agua y sin comida aumentó la pobreza y la cantidad de gente que decidió marcharse para siempre. Desde que se acelerara el aumento del nivel del mar había comenzado un lento éxodo de vecinos que había vaciado el pueblo. Unos, como Herminia, de sesenta y tres años, se mudaron a cinco kilómetros tierra adentro. Otros se buscaron la vida en Honduras como cortadores de café en las grandes plantaciones, y otros más huyeron rumbo a Estados Unidos. Algunos lo hicieron en caravanas y otros tantos en silencio, como el hijo de Dagoberto, que ahora trabaja de albañil en Houston.

Según ACNUR, hace una década, el cambio climático ocupaba el octavo lugar entre las razones de los hondureños para emigrar, pero en los últimos años se ha convertido en la tercera, después del hambre y la violencia, aunque todas estén relacionadas.

Cuando los «refugiados climáticos» hacen la solicitud, explican que ya no llueve como antes, que se secaron los pozos, que la milpa ya no da, que el río no lleva agua, y que cuando llueve se desborda arrasando con todo, o que el mar no para de subir.

Comunidades como Cedeño llevan años vaciándose. De pueblos tristes como este han salido miles de personas que se han sumado después a las caravanas de migrantes, el rostro más impactante y descarnado de los efectos del cambio climático.

Aunque ya se han vuelto habituales, merece la pena recordar cómo surgió la primera caravana y cómo algo tan simple (miles de personas juntándose el mismo día y a la misma hora para atravesar tres fronteras y llegar caminando a Estados Unidos) dio origen a uno de los fenómenos sociales más potentes de este siglo.

La cita estaba fijada para un viernes de octubre de 2018 en la estación de autobuses de San Pedro Sula, segunda ciudad de Honduras. Poco a poco, gente que no se conocía entre sí comenzó a llegar al punto de encuentro, y cuando cayó la noche, la estación y las dársenas eran un hervidero. Madres solteras, campesinos arruinados, adolescentes escapados y familias con hijos pequeños cargando bolsas de basura como si fueran maletas se habían reunido allí con un mismo objetivo: largarse del país.

Antes de que aquellos hondureños comenzaran a andar, se cogieron de las manos para cantar juntos el himno nacional con un recogimiento que ponía los pelos de punta: «Por guardar ese emblema divino / marcharemos, ¡oh, patria!, a la muerte; / generosa será nuestra suerte / si morimos pensando en tu amor», reza una de las estrofas. Siempre me ha llamado la atención ese amor al país que te expulsa, pero aquella madrugada en la estación nadie pensaba que el himno hablaba del arrojo para el combate de los soldados en el siglo XIX, sino del camino que empezaba.

De esa primera caravana se dijo que estaba financiada por Venezuela, por George Soros y por un millonario lobby anti-Trump. El origen, sin embargo, radicaba en un post publicado en Facebook días antes: «La gente se sigue yendo de Honduras por la grave situación económica o por la violencia. Se expone a riesgos de todo tipo: accidentes, asaltos, estafas, extorsiones, secuestro y hasta asesinato [...]. Si tiene planes de irse, no vaya solo o sola. No sienta vergüenza, que MIGRAR NO ES DELITO», decía ese post que convocaba a salir juntos aquella noche.

El caso es que aquella caravana llegó, y la migración dejó de ser

algo individual, silencioso y clandestino para convertirse en algo colectivo que transitaba a plena luz del día por las principales autopistas del país. Para miles de personas, migrar ya no era algo humillante, sino la reivindicación de un derecho.

Recorrí con aquella primera caravana cuatro países en diez días, durmiendo con ellos en plazas y albergues abarrotados. De vez en cuando, los periodistas buscábamos un hotel donde ducharnos y comer decentemente, pero era difícil seguirles el ritmo. Aquella serpiente humana no corría: volaba.

Cientos de jóvenes tiraban del resto del grupo dando zancadas y atravesando garitas aduaneras sin preguntar. Los policías se apartaban al ver llegar a aquella masa de desharrapados con un sueño en la cabeza: recoger fruta en el campo por diez dólares la hora, encaramarse a los andamios que nadie quiere pisar, entregarse en fábricas escasas de mano de obra, cuidar a viejos abandonados por sus hijos o limpiar las calles de otros. A todos ellos, la valla que levantó el Gobierno de México en el puente que separa Chiapas de Guatemala les duró un minuto. Cuando la policía mexicana quiso darse cuenta, la caravana ya había penetrado cien kilómetros con la naturalidad con que los pájaros cruzan el Suchiate. En momentos así, las crónicas fluyen y se desborda la libreta. Aquel día, periodistas sucios, cansados y felices haciendo reporterismo bebimos Flor de Caña en una cantina de Tapachula, procesando lo que acabábamos de ver.

LOS INVÁLIDOS DE LA LANGOSTA

En ocasiones, la naturaleza no necesita dar un zarpazo violento para mostrar su cara más cruel. Le basta simplemente con existir. Entonces los lugares dejan de ser bonitos o feos, y entran en otra categoría.

Pueblos y ciudades en apariencia rudos y hostiles como Ciudad Juárez son también los más amables y divertidos. Cuando esto

ocurre, olvidas si tienen las calles bien asfaltadas o la iluminación perfecta, y solo te duele que una tierra tan hermosa sea a veces tan inhumana.

Entre los lugares donde la naturaleza es la que manda, el Caribe hondureño ocupa un puesto especial. En pocos sitios como este, las aguas más transparentes y los paisajes más espectaculares conviven con la crueldad más retorcida. A pocos kilómetros de uno de los enclaves turísticos del Caribe, las islas de Utila y Roatán, un paraíso al que todos los años llegan miles de buceadores para disfrutar de la segunda barrera coralina más grande del planeta, hay una pequeña ciudad de treinta mil habitantes con más de cuatro mil paralíticos. Se trata de Puerto Lempira, en la selva de la Mosquitia hondureña, donde miles de indígenas en silla de ruedas malviven en este olvidado rincón de Centroamérica después de pasar toda la vida embarcados pescando langostas.

Durante muchos años, un día sí y otro también se sumergieron para llevar a los restaurantes de Estados Unidos los crustáceos más sabrosos del Caribe, empleados en una voraz industria que demanda cada día más marisco y más barato. Pero hoy ni siquiera pueden hacer sus necesidades por sí solos, debido a que tienen las extremidades atrofiadas por el nitrógeno acumulado en la sangre.

Había oído la historia de un grupo de pescadores que llevó su problema a la OEA en busca de alguien que atendiera su caso, y aterricé en una pista sin asfaltar pocos días después de las elecciones a la presidencia de Honduras que ganó Juan Orlando Hernández.

Pasar de Tegucigalpa a Puerto Lempira es algo así como viajar de Nueva York a Calcuta. Las calles de tierra, las motos, la humedad, las palmeras y los tejados de lámina dibujaban una ciudad que operaba como un campo algodonero. Antes de que empezara la temporada de la langosta (de marzo a julio), Puerto Lempira se llenaba de contratistas que recorrían las calles reclutando a buceadores que pudieran atrapar la mayor cantidad de langostas posible. Los «afortunados» debían enrolarse en un barco langostero a cambio de mil doscientos dólares mensuales y una hamaca en la

mugrienta bodega, en la que dormían junto a cincuenta personas más.

La ciudad de Puerto Lempira, capital del departamento de Gracias a Dios, había vivido siempre del mar. Los indígenas que habitan estas tierras tenían fama de ser grandes buzos y de aguantar bajo el agua más tiempo y más metros que ningún otro mortal. Pero un día llegaron los grandes barcos y las multinacionales estadounidenses del marisco *fast food*, que ofrecían por pocos dólares inmensas langostas a sus clientes, y empezaron a reclutarlos para que hicieran con tanques de oxígeno lo que antes hacían a pulmón. Entonces pasaron de sacar del fondo dos o tres animales diarios a más de cien. Mano de obra barata que durante la temporada de pesca llenaba de dinero el pueblo.

Su trabajo consistía en lanzarse al mar una y otra vez desde que salía el sol. Inmersiones de cuarenta y cinco minutos, hasta que se gastaba el tanque, y vuelta a empezar. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba... Así cuatro veces por la mañana y cuatro por la tarde, con veinticinco minutos de descanso entre tanque y tanque. Pero aquellos hombres menudos de piel chocolate usaban hasta diez tanques diarios, y por la noche llegaban reventados a la bodega del barco donde debían esperar a que alguna hamaca se quedara libre para poder dormir.

Los estándares internacionales, según el curso de PADI (la organización de buceo recreativo más grande y reconocida del mundo), obligan a que una persona que pasa cuarenta y cinco minutos a veinte metros de profundidad haga una pausa de al menos una hora antes de la siguiente inmersión, en la que solo pueden estar bajo el agua veinticuatro minutos. Ellos, sin embargo, trituraban su sistema nervioso haciendo pausas más cortas en superficie, sin tiempo suficiente para eliminar el nitrógeno. El sistema imponía un frenético ritmo que provoca la «enfermedad de descompresión» o «enfermedad del buzo», cuando los niveles de nitrógeno en sangre se disparan y forman las temidas burbujas. Si el nitrógeno permanece en el cuerpo y se desplaza por él, llega a la médula espinal y provoca daños irreversibles en el sistema nervioso. Si alcanza las extremidades, se instala en las rótulas y se come el

líquido que las hace funcionar, causando la parálisis. Por si fuera poco, los tanques de oxígeno no estaban en buenas condiciones, y los buzos respiraban el óxido de las bombonas. El agravio más sangrante es que en las Islas de la Bahía (donde se rueda el programa *Supervivientes*, producido por una cadena de televisión española) está la única cámara hiperbárica de Honduras, para uso exclusivo de los turistas.

Sentado en una silla de ruedas desde hacía cuatro años, un indígena misquito me describió aquella maquila acuática, y reconoció con pudor que no podía controlar los esfínteres y se orinaba encima porque tenía atrofiado el sistema nervioso.

El mismo mar que había dado de comer a Puerto Lempira durante generaciones se había convertido en una trituradora de carne que había esquilmado las piernas, las articulaciones y el sistema nervioso de una generación. En total, más de cuatrocientos indígenas muertos y cuatro mil doscientos inválidos convivían en esta región en la que decir «langosta» equivalía a decir «dolor».

En aquel espectacular rincón verde y salvaje me crucé un día con la puesta de sol más triste del mundo. Era el momento en que cae la tarde y los antiguos buzos de Puerto Lempira, que han pasado el día frente al malecón, deciden regresar a casa y le dan la espalda al azul turquesa para subir todos juntos con sus sillas de ruedas por la calle sin asfaltar que atraviesa la ciudad. Sin embargo, cuando llovía, los discapacitados no subían la calle, sino que permanecían inmóviles bajo el agua para mojarse durante largo rato. Entonces sacaban el jabón y se frotaban el cuerpo, dejando que la lluvia los lavara. En una tierra de pobres, lavar a los lisiados es un trabajo que solo el aguacero quiere hacer.

4. HATAJO DE MITOTERAS

Me cuesta menos escribir una crónica sobre una calle de Kabul que sobre la calle en la que vivo. En el primer caso, las escenas se amontonan en la cabeza y en la libreta, y hasta el editor acepta en el texto una conversación salida del transporte público, algo impensable en otro momento. En Kabul, en Cité Soleil, en Petare, en la Rivera Hernández o en Tepito, la sorpresa ante el escenario nuevo agita la crónica de tal forma que los dedos se te van como a un pianista.

Pero en la calle donde vivo, la cotidianidad anestesia el olfato, y, lo que es más grave, terminaré cruzándome con mi vecino y pasaré varios días estudiando su saludo para tratar de saber si me leyó. En Kabul tal vez corra algún riesgo, pero en mi propia calle el riesgo está asegurado. Que quienes viven en mi barrio no estén bien descritos o se sientan ninguneados es una angustia que me persigue, porque mi calle me ha dado muchas historias.

Mi colonia en Ciudad de México, la Roma, ha sido siempre generosa, y me ha ayudado a entender que lo que sucede en un espacio limitado a varias cuadras sirve para explicar un país y las redes invisibles que lo mueven.

Cómo describir que una de las primeras cosas que me llamaron la atención, recién llegado a México y a Centroamérica, era ver a pobres dando limosna a otros pobres. Frente al «qué jodido estoy» europeo con el que crecí, descubrí que hay personas capaces de pensar que «hay gente que lo está pasando peor que yo».

Las redes de solidaridad que mueven la calle son el salvavidas de muchos donde el Estado no funciona. Sutiles alianzas y complicidades resumidas en dos cuadras de la que fue la ciudad más grande del mundo. Donde tu vecino es el primer policía, pero

también la primera ambulancia. Redes invisibles a las que los periodistas, en general, prestamos poca atención, tratando de contar una región en la era del *breaking news*.

Las familias que buscan a sus hijos en morgues y en vertederos, los indígenas que se unen para defender el territorio de una multinacional que secará su río, las mujeres que atienden a migrantes famélicos colgados de trenes de mercancías o los pastores evangélicos que visitan las cárceles son realidades que no caben en las crónicas de trazo grueso, pero tan ciertas como las noticias que ocupan titulares. Mecanismos de apoyo y resistencia que cosen un país y su sociedad en silencio, sin hacer ruido, sin cámaras ni gabinetes de prensa.

La primera vez que cité al señor Raúl, el hombre que todos los días hace jugos de naranja junto a mi casa de Ciudad de México, fue durante las elecciones del 2006. El señor Raúl, a quien nunca he llamado de otra forma que no sea «señor Raúl», es un hombre tan entusiasta de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) que cuando este perdió las elecciones, el abatimiento también se apoderó de él. Aquel mes de julio, el señor Raúl era un hombre destrozado. Así que no pude evitar incluir su opinión en un reportaje sobre las protestas que López Obrador activó en el país, denunciando un fraude poselectoral. Por supuesto, la explicación del hombre que llenaba de vitamina C el barrio era que AMLO había sido derrotado gracias a un complot diseñado por las élites para evitar que la izquierda llegara al poder. Cuando López Obrador perdió por segunda vez frente a Peña Nieto, me dijo algo parecido, hasta que tras su victoria de 2018 me dijo que por fin se habían celebrado unas elecciones limpias en México.

La última vez que recurrí a él, a mediados de 2019, fue para escribir una crónica sobre el fenómeno generado por la presencia de la cantante Björk en Ciudad de México, donde daría varios conciertos.

Su papel en esta historia se limitaba al de ser la persona que todos los días le hacía el jugo de naranja al equipo de la cantante. No había llegado hasta allí porque hubiera superado un riguroso casting nutricional, sino porque, simplemente, llevaba treinta años

exprimiendo naranjas siempre en la misma calle que, por casualidad, estaba a pocos pasos del hotel «boutique» que habían alquilado la artista islandesa y su equipo durante sus días de conciertos en la ciudad. Cuando me enteré de aquello, corrí a sacarle a mi recién estrenado espía nuevos detalles. La rocambolesca interpretación que hizo sobre aquella «mujer china que llegaba todas las noches acompañada de varios hombres» (sus escoltas) me dio una de las crónicas que más he disfrutado, y que en *El País* titulamos «Björk es mágica, pero México más».

Sin salir de mi calle, un día tomé notas sobre tres generaciones de mujeres de una misma familia: una abuela, una madre y una hija que hoy siguen viviendo en la esquina contigua, rumbo a la avenida Álvaro Obregón. Durante tres días seguí impactado, igual que si estuviera ante una buena película de acción, cómo recuperaron su casa y expulsaron de ella a un agresivo grupo de «paracaidistas» de Iztapalapa que se la habían ocupado años antes. Con los brazos en jarra, aquellas mujeres lideraron a otros matones hasta echarlos y después montaron guardia durante muchos meses. Ni siquiera la abuela, en silla de ruedas, se libró de dormitar junto a la ventana por si los okupas regresaban.

De todo esto no publiqué una sola línea. Me sucede muchas veces que algunas de las mejores historias que he vivido no llegan a salir de la libreta. Supongo que albergo un extraño deseo por conservar en un compartimento distinto de la cabeza algunos recuerdos a los que no quiero enfrentarme o que temo manosear en el folio. Un espacio donde no existe el periodismo ni la objetividad. Que no quiere verificar, ni contrastar ni tener más fuentes..., solo sensaciones. «La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla», como dijo García Márquez.

Tampoco salió nunca de la libreta la historia del Pajarito, el indigente de mi calle que un día apareció muerto. Nunca supe su nombre real, pero sí que todos lo llamaban Pajarito. Tenía unos cuarenta años y era un hombre menudo y afable con cara de niño. Su mueca tendía a la sonrisa, como si el pegamento esnifado se la hubiera dejado pegada.

Él era el pobre de mi calle; más bien, de mi cuadra. Porque en la siguiente estaba el Pirata; en la otra, el Borrego... En el diseño de la vida callejera de Ciudad de México parece estar siempre detrás la mano de un eficaz funcionario. Cada cuadra tiene adjudicada de forma tan arbitraria como armónica una alineación que nunca falla: un vendedor de tacos, otro de jugos, un viene-viene (aparcacoches), un taquero, un indigente y un cura. Por supuesto, el indigente debe ser inofensivo, porque, de lo contrario, no duraría ni una sola noche ahí.

El Pajarito tenía siempre la mirada perdida. Pero ni siquiera era un loco serio. No pedía ni mendigaba, y se pasaba la mayor parte del día tirado en el suelo, unas veces en horizontal sobre el pavimento y otras con la espalda apoyada contra la pared. Rara vez visitaba los barrios vecinos pero cuando eso pasaba siempre terminaba el día en el mismo trozo de cemento, entre las calles Jalapa y Chiapas.

Aunque hubiera querido, el Pajarito no era agresivo ni violento porque el cuerpo no le daba para excesos, pero identificaba a la perfección a todos los vecinos: «Adiós, Margarita, adiós, adiós», «Hasta la vista, joven, que tenga buena tarde», «Que vaya bonito, don Gregorio», y así saludaba por su nombre desde el suelo a todos los que pasaban.

Muchas veces aparecía junto a él un litro de leche, una torta, algo de fiambre o una manta. De alguna forma, era el pobre de todos nosotros. Algunos vecinos tenían la teoría de que varios gestos y maneras lo identificaban como hijo repudiado de una buena familia.

En la esquina más próxima hacia el sur vivía Lucrecia, la mujer que aparcaba los coches. Su compañera de calle tenía unos sesenta años y la cara agrietada de vivir siempre a la intemperie en esquinas como aquella. Compartía banqueta con él, aunque tenía otro estatus, porque ella dormía dentro de un vehículo y tenía ingresos aparcando los de los vecinos a cambio de unas monedas. Más allá estaba el señor Raúl, el de los jugos, que estaba en otro nivel. Tenía habitación y un pasado. Había sido boxeador de poco éxito junto al Mantequilla Nápoles, y ahora exprimía naranjas con su artefacto de hierro, indiferente a la llegada de la tecnología, que en su caso no era la inteligencia artificial, sino el exprimidor eléctrico. A menos de

cincuenta metros estaba el vendedor callejero de tacos, tan dueño del espacio como todos, pero con negocio propio y dos empleados. A un costado estaba la iglesia y su sacerdote, un cura que no solo oficiaba misas, sino que además cortaba la calle y organizaba procesiones para que siete ancianas pasaran la mañana del Jueves Santo dando vueltas alrededor de la iglesia, o montaba los domingos un tianguis para que los vecinos intercambiaran ropa antes de que se llamara «economía circular». En suma, los cinco, indigente, aparcacoches, juguero, taquero y sacerdote, vivían a pocos metros los unos de los otros.

Una mañana que fui a comprar el jugo de naranja le pregunté al señor Raúl por el Pajarito, al que llevaba tiempo sin ver.

–Allá anda –me contestó, señalando el cielo–, con la huesuda.

Había aparecido muerto, tirado en la calle, sin golpes ni sangre. Así que todos pensamos que habría sido el Tonayán (un alcohol barato de caña), el pegamento, una sobredosis de soledad o todo junto. El caso es que estaba muerto.

Según los datos oficiales de la capital, todas las semanas, tres indigentes por los que nadie pregunta mueren en Ciudad de México, y el protocolo estipula que quienes fallecen en la calle sean arrojados a una fosa común.

Así que el señor Raúl, Lucrecia y su perro Wilson y el hombre de los tacos, los que habían oído hablar de ese tipo de datos sobre fosas y ordenanzas municipales, celebraron una peculiar asamblea. Pusieron quinientos pesos (unos treinta euros) y fueron a ver al cura. A ellos se sumó el de la ferretería y el zapatero, y con ese dinero, los desharrapados de la manzana compraron el ataúd más barato, una caja de pino sin barnizar, y le pidieron al cura que oficiara una última misa por el Pajarito. En los primeros bancos de la iglesia, los seis siguieron la misa como una escena de *Viridiana*. Después, el Pajarito fue enterrado en un nicho municipal.

Una característica de Ciudad de México es que en la misma esquina es posible encontrarse con el acto más dulce, tierno y sensible que recuerdes (por ejemplo, un horrible pandillero tatuado de pies a cabeza empujando la silla de ruedas de una anciana para cruzar la calle junto a su nieto) y el acto más sanguinario, cruel y

despiadado imaginable (o sea, ese mismo pandillero asaltando y comiéndose el corazón de la anciana). Y todo sin necesidad de cambiar de esquina. A veces, incluso, ambas escenas pueden coincidir en el mismo día. Y eso, para los que nos dedicamos a buscar y contar vidas de otros, es un privilegio y una fuente inagotable.

Del Pajarito nunca escribí una línea. Las redes invisibles que actúan sobre el día a día y humanizan las relaciones son un aceite que engrasa ciudades como Bogotá, Buenos Aires o el antiguo Distrito Federal, y a los millones de almas que las habitan para que no saltemos por los aires. Obligan a recordar a los corresponsales que no se trata de explicar un país, sino de contarlo.

Cuando alguien me pregunta sobre la región en la que viví más de dos décadas, suelo hablar de lugares comunes o temas relacionados con el trabajo que me saquen del paso. Pero si de verdad me importa la conversación, nunca hablo de un discurso de Vicente Fox, una reforma legal de Gustavo Petro, una declaración de Donald Trump o el descubrimiento de un gigantesco yacimiento petrolero, asuntos sobre los que he escrito más de lo que me habría gustado. Si quiero que de verdad me entienda, le hablo del Pajarito. Una biografía tan menor que ni su familia preguntó por él, pero que describe las poderosas redes invisibles que mueven un continente.

VERACRUZ, LAS PATRONAS DEL TREN

Hoy, el día comenzó extraño. Es 13 de abril de 2025 y han muerto en la misma fecha y con la misma edad, ochenta y nueve años, Mario Vargas Llosa y Leonila Vázquez. El primero fue premio Nobel y la segunda fundó las Patronas de Veracruz. Hoy, periódicos de medio mundo llevaban en portada la cara del Nobel y ninguno la de Leonila. Ni siquiera los locales de Veracruz.

Ahora que paso unos años en España, al comparar realidades a uno y otro lado del Atlántico, sigo con atención aquellos temas que

he cubierto durante mucho tiempo, como los feminicidios, la violencia o la migración, tratando de detectar si existe una sensibilidad diferente o una mirada dominante sobre el tema.

Precisamente, uno de los debates más intensos que han tenido lugar durante la primavera de 2025 es el reparto de menos de dos mil jóvenes no acompañados de África que colapsan los centros de acogida de Canarias. El escándalo que se ha generado en España por la distribución de esos pocos subsaharianos ha provocado una polémica que haría sonreír a Colombia, adonde en los últimos años han llegado más de cuatro millones de venezolanos. Un país de renta media que ha dado papeles y ha asimilado en un tiempo récord a un éxodo sin parangón en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. Aunque en menor número, Perú, Brasil y Chile han recibido también a cientos de miles de venezolanos sin mayores dramas.

Sin pretenderlo, aterrizar en Latinoamérica me ha obligado a involucrarme en el mundo de la migración, sus efectos, hijos que viven mejor que sus padres, y sus consecuencias, mafias, pueblos vacíos, caravanas de harapientos caminando, miedo a la policía, mujeres violadas o la angustia de esa primera llamada a casa para decir: «Estoy del otro lado». Hasta entonces era un fenómeno que conocía remotamente, resultado de la España monocolor en la que crecí. Durante mi adolescencia, el término *emigración* se reducía a «el negro», y hacía referencia al único africano que se había quedado a vivir en el pueblo.

Aunque de forma colateral, y hasta cómica, incluso mi llegada al periodismo profesional se debe a algo así. Yo había concluido las prácticas de verano en el equipo de Antonio Herrero en la cadena Cope, una importante emisora de radio española, que en ese momento contaba al frente de su programa matinal con uno de los periodistas más estimulantes con los que he trabajado y que aspiraba a quitarle el liderazgo en las audiencias a la Cadena SER. No había entrado allí por mi brillante expediente, sino porque mi padre tenía un conocido en la emisora.

Durante aquel intenso verano de 1996, los becarios cubrimos la brutal riada de Biescas (Aragón), en la que fallecieron ochenta y siete personas, y, al año siguiente, se produjo el asesinato de Miguel

Ángel Blanco a manos de ETA, y yo no quería saber nada de la universidad. Tenía veinte años y me importaban muy poco sus clases sobre cómo estructurar una noticia, los tipos de fuentes o el uso del tipómetro, pero mi beca veraniega había terminado, aunque yo tratase de quedarme en la redacción como fuera.

Le propuse entonces a uno de los productores de la radio con el que tenía más confianza, Nicolás Rubio, que me dejara quedarme en el extremo más alejado de la mesa para que ni siquiera tuviera que verme y me ofrecí a clasificar los sonidos, llevar las cintas al estudio y cosas de ese tipo. Aquello era a todas luces irregular, ya que no tenía contrato alguno y, legalmente, las prácticas habían terminado, pero pensaba que, situándome junto al cuarto de las escobas, nadie se daría cuenta. El productor solo levantó los hombros y dijo: «Bueno».

Así pasé varios meses, hasta que un sábado de noviembre, cerca de las diez de la noche, el Real Madrid disputaba contra el F. C. Barcelona en el Bernabéu un partido de liga en el que el brasileño Rivaldo fue la estrella al marcar con la pierna izquierda uno de los goles, a pase de Figo. Yo ya me había puesto el abrigo y enfilaba la salida cuando un humeante habano primero y José María García después salieron de su despacho exigiendo a gritos a su equipo que localizara a Rivaldo para entrevistarlo en el programa nocturno que comenzaba poco después. A esas horas, todo el mundo sabe que una redacción es un páramo. Donde por lo general se oyen llamadas y teclados aporreados de forma frenética, los fines de semana por la noche es un lugar en penumbra en el que solo se oyen las voces de los redactores de deportes.

La sección de informativos en la que yo hacía prácticas estaba muy cerca del despacho de García, que en aquel tiempo dirigía el programa de deportes más escuchado de la radio española. Pero nadie podía localizar a Rivaldo, así que alguien debía ir a toda velocidad al aeropuerto de Barajas, porque el jefe quería abrir el programa con él. O sea, en cuarenta y cinco minutos. A medida que caminaba hacia la puerta, los gritos de García fueron volviéndose cada vez más intensos porque no había ningún redactor disponible para ir al aeropuerto. Así que me ofrecí. Por aquel entonces, en toda

la redacción solo había un par de teléfonos móviles para todos los periodistas, y yo sabía muy poco de deportes.

–¿Y tú quién eres? –me preguntó Raúl González, el productor del programa.

–El becario. El que se sienta ahí –dije, estirando el brazo.

–Bien. Coge el móvil, vete a Barajas y busca a Rivaldo. No tienes que hacer nada, solo ponerle el teléfono –me indicó.

–¿Y cómo sé quién es Rivaldo? –pregunté.

–Es el único negro del aeropuerto –me contestó. Y así fue.

Cuando volví a la redacción, José María García me ofreció mi primer contrato de trabajo, setenta y cinco mil pesetas mensuales y unos vales de El Corte Inglés que mi madre me obligó a utilizar para comprar «unos zapatos decentes para ir a trabajar».

Con este absurdo recuerdo solo pretendo describir la relación del español medio con la emigración a mediados de los años noventa. Pertenezco al primer grupo de edad que no tuvo que irse de su casa en busca de trabajo, algo que dejó muchas lagunas en una generación entera de españoles.

Hasta que varios años después llegué a América Latina, no dimensioné el impacto de un fenómeno presente en cualquier familia, de la más rica a la más pobre, desde la Patagonia hasta Tijuana.

El caso es que los primeros meses en mi nuevo destino los pasé recorriendo la ruta que une Ciudad de México con Honduras, detrás de una mujer que me tenía loco desde que me había dejado para involucrarse en proyectos de cooperación. Yo no tenía un peso y viajaba enlazando autobuses baratos de norte a sur y de sur a norte, inmerso, sin darme cuenta, en uno de los flujos migratorios más intensos del mundo, el que conecta Sudamérica y Centroamérica con Estados Unidos.

Salina Cruz, Ciudad Hidalgo, Quetzaltenango, San Pedro Sula, La Ceiba, Las Manos, Tenosique, Ciudad Ixtepec, Tapachula, Córdoba, Altar, Ciudad Juárez..., lugares tristes llenos de moteles miserables donde los coyotes se reunían y se repartían a los migrantes como si fueran naipes. En los autobuses compartía carretera con niños asustados que nunca habían salido de su pueblo y que habían

pagado tres mil dólares por llegar al otro lado. Corderos dirigidos por mafias que ejercían una doble función: unas veces eran extorsionadores sin escrúpulos, y otras, un padre que te lleva por el único camino posible para salir cuanto antes de México.

Durante aquellos eternos viajes en autobús, los agentes del Instituto Nacional de Migración (INM) los extorsionaban sin rubor. Una noche de aquellas me senté junto a Jacinto en el único sitio libre que quedaba en la parte de atrás de un autobús lleno de hombres asustados y en silencio. Después de doce horas codo con codo, Jacinto se fue soltando y ya sabía que había nacido en San Pedro Sula; que tenía dos hijas; que había trabajado de albañil, vendiendo gas, recogiendo piñas y cortando caña; que su hermana estaba enferma, y que el último negocio que había montado, un puesto de fundas para móviles, se lo había vaciado la mara Salvatrucha a las pocas semanas de abrir. El negocio daba tan poco que ni siquiera alcanzaba para pagar la cuota que le pedían a modo de extorsión.

Era noche cerrada y habíamos dejado atrás Tehuantepec cuando me dieron un golpe en el hombro y me desperté con una linterna en la cara. Eran oficiales de Migración. Otro agente alumbraba a Jacinto, pero él no enseñó el pasaporte y dijo que era de Chiapas. No se lo creyeron y le hicieron cantar el himno nacional. «Mexicanos al grito de la guerra...»; no había terminado la primera estrofa cuando le obligaron a bajarse del autobús. Yo, desde el asiento, podía ver la conversación con los agentes. Jacinto abrió la mochila y se tocaba desesperado los bolsillos. Cuando se quitó la gorra, recibió el primer golpe en la cara. Luego lo llevaron a la oficina, una construcción pintada con la bandera de México que durante el día renovaba documentos oficiales firmados por funcionarios con trajes oficiales, y por la noche era un vulgar centro de tortura y extorsión a migrantes.

La escena se repitió tres veces más en las cinco horas de recorrido antes de llegar a Oaxaca. El autobús, que había comenzado la ruta lleno de gente, se iba vaciando en cada retén y llegaba a la ciudad con la mitad de los asientos vacíos.

Desde entonces me he vuelto más frío, y en trayectos similares

trato de no hacer amigos que me durarán unas horas. No abrirme tanto en conversaciones que pueden terminar en cualquier momento y mantenerme firme en que no puedo volver a llevarlos a dormir a mi casa. Propósitos sin mucho sentido que uno incorpora, igual que evitas coger el segundo tamal que ofrece la viuda porque será su comida de mañana.

Por aquel entonces, la primera década del año 2000, el cártel de los Zetas mataba, violaba y extorsionaba a su antojo. Así que, si lograban esquivar a los funcionarios corruptos, a los migrantes les tocaba enfrentarse a narcos y ladronzuelos locales.

Cuando años después López Obrador llegó al poder, una de las primeras cosas que hizo fue limpiar el Instituto Nacional de Migración y despedir a cientos de agentes de la que era considerada la institución más corrupta de México, que es algo así como ganar la Champions League de la putrefacción.

Una tarde, en un albergue de Tenosique (Tabasco), frente a un plato de arroz con pollo, dos hermanas de Guatemala me contaron cómo antes de salir de casa se habían tomado la pastilla anticonceptiva. Estaban seguras de que sí o sí serían violadas en la ruta. Lo contaban con la misma naturalidad con la que trazaban círculos en el plato buscando trozos de pollo.

En el mundo de la migración también hay clases. En el último escalón de la miseria están todos aquellos que no tienen un peso ni para pagar el bus y que se movían en La Bestia, un tren de mercancías que todos los días subía de Chiapas a Tamaulipas, de sur a norte y de un tirón, sin necesidad de pagar billete. Miles de personas viajando en el techo y durmiendo entre los vagones. Chicos flacos con viejos pantalones de mezclilla atados con una cuerda pasaban días enteros colgados de las puertas. Con sueño y desnutridos, atravesaban el país con el miedo pegado a la ropa. Entonces el cansancio ganaba, cerraban los ojos un segundo, una mano se quedaba sin fuerza o el pie resbalaba y el traqueteo los mandaba al suelo. Si tenían suerte y el tren solo les cortaba como una cuchilla las piernas o un brazo, pasaban de un momento a otro a ser discapacitados. Eran tantos que una vez coincidí con un fotógrafo que solo se dedicaba a fotografiar muñones de migrantes a

los que el tren les había cercenado alguna extremidad. Ser discapacitado en el tercer mundo es una categoría diferente.

Aquel tren recorría a diario el estado de Veracruz, y oí hablar de Amatlán de los Reyes, un pequeño pueblo donde un grupo de mujeres que se hacían llamar las Patronas se había organizado junto a la vía para darles de comer, y decidí ir. Amatlán es la cabecera de una ranchería llamada La Patrona, de donde aquellas mujeres habían tomado el nombre con el que son conocidas. La aldea levantada junto a la vía en la que habían crecido era un lugar tan salvaje y verde como Veracruz y tan miserable como las rancherías de donde habían salido aquellos chicos que pasaban colgados del tren.

Su relación con aquella vía había comenzado ocho años antes, cuando, una mañana de 1995, dos hermanas, Norma y Rosa, regresaban a casa después de una pequeña compra en el abarrotes. Estaban esperando junto a la vía a que terminara de pasar el tren, con las bolsas en la mano, cuando la locomotora y sus más de cien vagones de carga pasaron frente a ellas llenos de jóvenes colgados de él. «¡Tenemos hambre, mamita!», gritaron estos, y en un acto reflejo, las hermanas estiraron el brazo y entregaron la compra a aquella marea de famélicos, que la cazó al vuelo. Su madre me contó años después que cuando llegaron a casa, las regañó, pero al día siguiente volvieron a hacerlo, y esta vez ella se unió. Lo mismo hicieron al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente... En pocas semanas ya eran cinco mujeres, después ocho, once...; a ellas empezaron a sumarse otras de aldeas cercanas, y al poco ya estaban organizándose para dar de comer a aquel ejército de hambrientos.

Cuando estuve en La Patrona, a principios de 2005, eran catorce mujeres repartidas en turnos que apuntaban en una pizarra. Unas recogían los alimentos que donaban supermercados y albergues, otras cocinaban el arroz y los frijoles, otras los metían en bolsas y otras iban al reparto. De esta forma, todos los días iban al pie de la vía a esperar la llegada de La Bestia humeante.

Cerca de las seis de la tarde, entre mangos, palmeras y plátanos, el tren pasaba sin falta por el pueblo a treinta kilómetros por hora, transportando anualmente a decenas de miles de migrantes de

Honduras, El Salvador y Guatemala que utilizaban esa ruta para llegar a la costa este de Estados Unidos.

La velocidad no es un tema menor, porque un día un político mexicano pensó que aquel espectáculo de cientos de migrantes colgados de un tren era lamentable y afeaba la imagen del país, además de dar al primer Trump argumentos para denunciar una «invasión» de migrantes, que tan efectivos fueron en su campaña. El caso es que las autoridades decidieron que el tren de mercancías de la compañía Ferromex, en lugar de circular a treinta kilómetros por hora, lo haría a ochenta. La consecuencia fue que, a las pocas semanas, el número de mutilados se multiplicó.

Leonila me contaba aquella historia con las manos metidas en un caldero, quitando piedras al arroz, dando vueltas a la olla y cerrando bolsas con un tipo de nudo que hace fácil agarrarlas en movimiento. Tenía las manos grandes, el pelo blanco y muchas arrugas de una intensa vida cortando caña. Las gallinas correteaban y el barro era el asfalto de un pueblo en el que el lujo más celebrado era matar un cerdo. Cuando Leonila hablaba, no soltaba grandes peroratas ni elaboraba complicadas reflexiones sobre los derechos humanos, Estados Unidos o la situación en los países de origen. Tampoco arengas o eslóganes grandilocuentes contra el poder o contra el Gobierno. «Son nuestros hermanos luchando por darles una vida mejor a sus familias. Por eso se suben a La Bestia, y eso no es nada fácil», me decía. En la casa de las Patronas había mucho trabajo por hacer y una mágica empatía. La sensación de que todos aquellos podían ser sus hijos.

Para que yo pudiera llegar a Amatlán y conociera a Leonila, otros periodistas locales lo habían hecho antes. Los muy generosos miembros de la prensa de Veracruz nos regalaron a los corresponsales miles de historias durante los años en los que muchos de sus colegas iban muriendo con precisión de relojero. Mataron a Misael López, a Goyo Jiménez y a Regina Martínez, entre otros, en una época negra en la que Gobierno, policía y narcos hacían la vida imposible a los medios.

No olvidaré jamás la respuesta que me dio Gina Domínguez, la mano derecha del que entonces era gobernador de Veracruz, Javier

Duarte (hoy encarcelado), cuando supo que estaba por allí informándome sobre el asesinato de Regina Martínez, una periodista de la revista *Proceso* que había hecho importantes revelaciones sobre corrupción y era muy crítica con Duarte. Al preguntarle por los motivos que podría haber detrás de su asesinato, me contestó: «Ya sabes que era lesbiana, ¿no?». La máquina del fango se había activado, y desde el poder se empezaba a filtrar que había sido asesinada «por su vida disoluta».

Regina Martínez fue la primera periodista de un medio grande asesinada por hacer su trabajo, y desde entonces, la lista de profesionales de la prensa que mueren en México se amplía año tras año. Entre esos muertos nunca hay corresponsales internacionales. En general, los medios extranjeros cuentan con protocolos, redacciones que preguntarán por nosotros, y hasta embajadas que movilizarán cielo y tierra si fuera necesario. Lo normal es que caigan periodistas como Goyo, que trabajaba en un pequeño periódico de Coatzacoalcos donde cobraba los textos por palabras. Su sueldo lo completaba conduciendo un Volkswagen con un altavoz en el techo desde el que anunciaba el periódico en el que publicaba. Hasta que un día le dio por escribir contra un empresario local, y ahí se terminó todo.

Con el paso de los años, alrededor de la vía del tren han ido apareciendo más y más voluntarias que han ido abriendo nuevos albergues y más «patronas» se han unido a Leonila y sus hijas. En poco tiempo, de una flor salieron muchas, y donde solo había hambre y mutilados surgió una potente red de ayuda y solidaridad reconocida con múltiples premios internacionales. Ahora, las Patronas hacen mil tareas más, como repatriar los cuerpos de los migrantes que mueren en Estados Unidos, ayudar a las madres que buscan a sus hijos desaparecidos, o atender a las decenas de mutilados desperdigados por la ruta. Su importancia es tan potente y descriptiva para explicar un país como lo son una exclusiva o una entrevista a un presidente.

En los talleres de periodismo suelo repetir que una fosa puede explicarse desde el punto de vista del agujero o desde el punto de

vista de las Patronas. Una misma realidad, pero dos formas distintas de contarla.

LAS MUJERES VALIENTES DE NUEVO LAREDO

Si hay una red tan invisible como poderosa que mueve México es la de las mujeres. Es algo curioso, porque he hecho una decena de reportajes de madres que buscaban a sus hijos desaparecidos, pero nunca de padres. Ellas han mantenido viva una llama de lucha y dignidad en un país con una fosa bajo los pies, con más de ciento veinticinco mil desaparecidos, por los que solo ellas preguntan.

Cuando escribo, suele pasarme que en una historia en la que el protagonismo inicial lo llevan los hombres (da igual que sean guerrilleros, narcos, empresarios, sicarios o políticos), el peso termina recayendo en mujeres que, con cada línea, van haciéndose grandes. Nunca he sido especialmente sensible a las cuestiones de género, pero creo que tantos reportajes junto a grupos de mujeres han cambiado mi forma de mirar la realidad. Algo así ocurrió el verano de 2018, cuando viajé a Tamaulipas, en la frontera con Texas, para escribir un reportaje sobre varias desapariciones de civiles en las que estaba implicado el ejército mexicano.

Entre febrero y mayo de ese año, treinta hombres habían sido secuestrados en la ciudad de Nuevo Laredo, y el ejército era el principal sospechoso de haber borrado del mapa a quienes consideraba miembros del crimen organizado. Una limpieza social diseñada desde los cuarteles para vengar la muerte de un comandante.

Trabajar con Héctor Guerrero (y su discreta forma de hacer fotos con una pequeña cámara) aleja la sensación de que todo el mundo sabe que dos periodistas con acento de fuera están husmeando en Nuevo Laredo, la ciudad más violenta y polvorienta del país. Pasar inadvertido las primeras cuarenta y ocho horas en un lugar difícil,

hasta que la noticia llega, es vital para recabar toda la información posible.

En aquel grupo de hombres secuestrados, de quienes nunca se ha vuelto a saber nada, se encontraba Israel, que un día estaba tomando una cerveza en una silla en el porche de su casa cuando dos camionetas de la armada se detuvieron frente a él. Dijeron su nombre en voz alta, lo subieron a golpes y se lo llevaron.

Me lo contó su esposa en ese mismo porche y me lo enseñó en los vídeos grabados por las cámaras de seguridad de la casa. Tampoco se ha vuelto a saber nada de Marco Antonio, al que dos coches patrulla se acercaron cuando repostaba gasolina. De él bajaron cuatro uniformados que lo metieron a culatazos en uno de los vehículos, dejando la manguera colgando de la boca del depósito. Todo, como en el caso de Israel, quedó grabado por las cámaras de la gasolinera. Más descarado aún fue el caso de José Luis: mientras celebraba un cumpleaños infantil con decenas de familias, veinte militares se presentaron en el lugar y obligaron a todos los invitados a tirarse al suelo, incluidos los niños. Entre todos ellos, el oficial que dirigía la operación lo eligió a él. Lo hincó de rodillas, le golpeó varias veces con un trozo de madera y ordenó que se lo llevaran. La operación se repitió varias veces entre los meses de febrero y mayo de 2018, cuando fueron secuestradas treinta personas en una ciudad que no llega al medio millón de habitantes. Ninguna de ellas llegó nunca ni a la cárcel ni a su casa. Ninguna tenía antecedentes y ninguna había sido detenida en flagrancia cometiendo algún delito.

Tamaulipas, en la frontera con Texas, es la principal aduana terrestre de América Latina y una de las zonas más violentas del continente. Es la vía más fácil para llegar a Houston, Nueva York o Miami y, por tanto, punto caliente para la emigración de todo el continente. Es también lugar de paso de cualquier mercancía ilegal imaginable: fentanilo, niñas, órganos o animales exóticos en una dirección, y armas, dinero o prófugos en la otra. Una región donde el ejército y los cárteles son actores en un mismo escenario, donde se lucha a cara de perro. Es también la zona más silenciada de México. Un agujero negro del que no sale información. De hecho, cuando llegué, ninguno de los viejos números de teléfono que tenía de

coberturas anteriores me sirvió porque allí no quedaba ninguno de los periodistas que una década atrás me habían ayudado a entender la frontera. La mayoría porque se había marchado, había pedido asilo en Estados Unidos o había cambiado de profesión. Ni siquiera las redes sociales son fiables desde que empezó a morir gente por un post en X a destiempo o un post desafortunado en Facebook. Lo poco que quedaba eran un par de valientes activistas de los derechos humanos que se jugaban la vida. En ese contexto, Nuevo Laredo era el epicentro de la región con las tasas más elevadas de homicidios, y el primer lugar en personas desaparecidas en México.

Desafiando todo eso, un grupo de mujeres (madres, esposas, novias y hermanas de los secuestrados de Nuevo Laredo) se había unido para pedir justicia, sin que nadie les hiciera el mínimo caso. Habían pasado seis meses desde el primer «levantón», y durante todo ese tiempo habían recorrido morgues, hospitales, cárceles, vertederos y todos los descampados de la periferia donde pensaban que podrían haber sido arrojados. Pateaban por lugares secos y áridos donde no crece nada y el calor llega a los cuarenta y ocho grados en busca de huesos, ropa, un botón, tierra removida..., algo. Lo que fuera que les diera una pista de que ahí podían estar enterrados. Durante aquella semana en Nuevo Laredo visité sus casas, me dieron nombres y me mostraron grabaciones de las cámaras de seguridad de las viviendas donde se veía con claridad al grupo de soldados llevándose a sus familiares.

Todo era demasiado burdo. Los soldados ni siquiera se habían tomado la molestia de vestirse de paisano o camuflar los vehículos, así que ellas insistían una y otra vez con manifestaciones ante la puerta de la Fiscalía para que comenzara a investigar. Pero no habían conseguido nada y a sus protestas no acudían más de diez personas.

Para vecinos y autoridades, Karen, Erika, Gabriela o Azeneth eran «un hatajo de viejas mitoteras» (alborotadoras) a las que todos los días veían caminar juntas por lugares espantosos. Pero al grupo, sin embargo, fueron uniéndose otras madres y esposas con hijos y maridos desaparecidos; en poco tiempo, el grupo de revoltosas fue haciéndose más grande y cada día se juntaban más mujeres a la

misma hora para ir a buscar a los suyos. En las manos solo llevaban un paraguas para protegerse del sol y precarias herramientas encontradas en casa para remover la tierra: una pala, un martillo, una cuchara...

Nosotros dormíamos del lado de Estados Unidos, por seguridad, y cruzábamos a diario la frontera para reportear en Nuevo Laredo. Me interesaba el asunto porque después de seis meses parada, la investigación empezaba a moverse de la forma más insospechada. En otro punto de México, dos mujeres que no se conocían y vivían en ciudades distanciadas por cientos de kilómetros decidieron revisar el caso. En Ciudad de México, Karla Quintana era la comisionada nacional de búsqueda de desaparecidos y estaba al frente de una oficina que dependía de la presidencia. Se trataba de un puesto creado por López Obrador nada más llegar al poder, con el que quería enviar el mensaje de que con él las cosas serían diferentes. La realidad, sin embargo, es que la oficina le importó hasta que se empezó a criticar su inacción y desapareció de sus prioridades.

Quintana, sin embargo, comenzó a ver pistas demasiado obvias de la implicación de la Marina, pero, claro, no había un solo juez en Tamaulipas dispuesto a inmolarse e investigar una acusación de esa magnitud contra la élite del ejército mexicano. Quintana supo entonces de otra mujer, Karla Macías, una jueza de cuarenta y cuatro años de Guanajuato que meses antes se había atrevido a firmar una de las pocas condenas contra el ejército por un caso de desaparición forzada. Las dos mujeres hablaron, y Quintana tramitó un amparo contemplado por la ley para trasladar de región un caso si no hay posibilidad de que sea investigado. Así, desvió el caso al Juzgado Noveno de Guanajuato, el de Macías, situado a trescientos cincuenta kilómetros de Ciudad de México y a novecientos de Nuevo Laredo. Aquella jueza de provincias de voz suave y cuerpo menudo empezó a presionar y obligó a la Fiscalía a reunir pruebas. Exigió a los mandos militares las bitácoras de los operativos y los nombres de los soldados que habían participado. Solicitó las grabaciones y pidió el rastreo del GPS de los vehículos sospechosos.

No es habitual que una jueza cuestione al ejército ni que un grupo de mujeres se movilice a cara descubierta en Tamaulipas, pero, de

repente, algo había pasado, y al grupo de madres, esposas o hermanas se habían unido una abogada y una jueza que no se habían visto nunca. Una mano invisible de rabia las había movilizado hasta poner al Ejército contra las cuerdas, un alarde de valentía que se paga con la vida. En la zona del país de la que los mexicanos tienen menos noticias, participar en marchas de protestas o incluso salir a buscar huesos enterrados es un gesto que rompe el silencio. Precisamente *silencio* fue la palabra que elegimos para el titular del reportaje que publicamos en *El País*: «Tamaulipas: desapariciones en la tierra del silencio», con el subtítulo «Una treintena de mujeres buscando fosas ha dejado de ser solo un zumbido molesto en el ecosistema violento de México».

De vuelta a la redacción, una extraña sensación me inquietaba después de aquel viaje. Había pasado siete días hablando de justicia, desaparecidos, derechos humanos y crimen organizado solo con mujeres. Era el lugar más duro del mundo, pero llegaba con un extraño subidón vital. De manera que, después de la publicación de aquel primer reportaje, me puse a escribir de forma frenética un segundo texto que se tituló «Las mujeres valientes de Nuevo Laredo», que fue bastante más leído que el primero.

Siete años después, las dos Karlas, Quintana y Macías, han logrado avanzar en las investigaciones y hay siete soldados de la Marina en prisión. Las pruebas recabadas son tan obvias que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos acusó a las fuerzas federales mexicanas de estar detrás de más de cincuenta desapariciones.

Aquella historia no cambió nada el curso de los acontecimientos. De hecho, el periodismo no cambia nada, aunque empecemos todos los artículos pensando que lo hace. Cumple su misión de revelar y exponer para que otros decidan, pero no cambia nada. Es injusto que tantos amigos hayan tenido que dejar su casa, exiliarse y malvivir en países extraños por hacer periodismo. Es un precio tan alto que hoy siento rabia hacia esta profesión de mierda. Pero ellas sí que cambiaron algo. Ellas me ayudaron a mirar de otra forma el país en el que vivía.

Se habían conocido en su peor momento buscando huesos de

familiares, pero verlas todas las mañanas era una inyección de energía. Con azadones, con palas o con destornilladores. Buscaban sin esperanza, pero habían encontrado su proceso de sanación junto a otras mujeres. Una forma de caminar y preocuparse y estar en el mundo. A ellas y a otras madres que pasaban por lo mismo las oí cantar y hasta hacer chistes mientras buscaban los restos de sus hijos en basureros, y por eso estoy obligado a contar lo mejor que pueda las dos caras de una misma moneda. Cada fosa puede contarse desde el punto de vista de la pistola, de los huesos o de las madres que los buscan.

EL PEOR DÍA PARA SER ANDRÉS ROEMER

Toda esta energía invisible que no ocupa titulares es un fino motor que pone orden y hace funcionar la maquinaria de la supervivencia. La mano invisible no es la que mueve la economía, sino la madre que pasa doce horas de pie haciendo quesadillas junto a la gasolinera, pero que todas las mañanas, sin fallar ninguna, lleva puntualmente a su hijo al colegio. Después, el chico pasará el resto de la tarde entre sus piernas y el tanque de gas, jugando con la tierra o colocando envases vacíos si tiene más de diez años. Hay un pequeño milagro diario en que el niño crezca conociendo lo que es el bien y lo que es el mal, el valor de la amistad, vivir del trabajo, respetar a los abuelos o la importancia del aseo. Instrucciones básicas para la vida que solo ella traslada porque del padre nunca más se supo, en el mejor de los casos. El amor que no ocupa titulares y que impide que el crimen organizado cuente con una infinita mano de obra.

Marisela Escobedo, Berta Cáceres, María Corina Machado, Marisol Vallés, Claudia Paz y Paz, Gloria Porras, Miroslava Breach, Regina Martínez, Bertha María Deleón, las mujeres de Solecito, las Patronas, Thelma Aldana, las zapatistas, las madres de Ayotzinapa... Insisto en que no soy la persona más sensible del mundo a las cuestiones de

género. No selecciono los temas por sexos ni me percato de si hay paridad en las voces que incorporo al texto, pero la mayoría de las historias que me han hecho sentir pequeño e insignificante como una cucaracha están protagonizadas por mujeres.

Creo que en los últimos años, muchas de ellas no han dejado de avanzar gracias a la fuerza del feminismo como movimiento social y político continental. En estas dos décadas, son innegables los avances legales, una mayor sensibilidad desde los medios o un cambio más incluyente en el uso del lenguaje mientras el goteo de feminicidios continúa. Las manifestaciones que hace dos décadas reunían a unos pocos miles de mujeres hoy paralizan países, y el 8 de marzo es una fecha marcada en los calendarios de todo el continente como un gran dolor de cabeza para sus gobernantes.

En el caso de México, por ejemplo, el movimiento feminista se ha convertido en el actor político más importante al que se tuvo que enfrentar López Obrador hasta el traspaso de la presidencia a Claudia Sheinbaum. Incluso con una mujer en el poder, el feminismo es el principal movimiento de oposición al Gobierno. Con un PRI descompuesto y un PAN desaparecido, el feminismo ha sido el único actor capaz de marcar agenda, agitar la calle o machacar a López Obrador, uno de los mandatarios con mayor respaldo popular de América.

El hombre que tenía respuestas y ataques para todos durante las tres horas diarias que dedicaba a hablar con la prensa se quedaba en silencio ante las preguntas que tenían que ver con las mujeres y el feminismo. El feminismo no eran los ricos, los conservadores ni los poderosos, y sus ideas eran tan básicas que hay poco más que añadir: «Nos están matando», gritaban en el corazón de un país. Las veces que López Obrador trató de enfrentar el feminismo recurrió a argumentos tan torpes y antiguos que evidenciaban su desconexión con todo lo que pasaba a su alrededor, por lo que siempre terminaba volviendo al silencio.

Todos los 8 de marzo, en la redacción de *El País* las compañeras hacen huelga, y solo los hombres trabajan. Entre otras previsiones del día está la de cubrir las protestas que se organizan esa jornada, que, en el caso de Ciudad de México, suelen consistir en una impresionante marcha que ha ido moviéndose por distintas secciones del periódico: comenzó en el área de género, pasó a nacional y ahora continúa en la sección de sucesos, debido a los disturbios producidos en el centro de la ciudad. De modo que me ha tocado cubrir casi todas las marchas feministas de la última década. De unos pocos miles de mujeres a principios de siglo a las manifestaciones más potentes que pueden verse en el mundo. Y sobran razones para ello. Entre ellas, que nueve mujeres son asesinadas todos los días en México y que más del noventa por ciento de esas muertes se cierran sin juicios ni detenciones. Lo cierto es que si alguien tratara de dar una cifra distinta, ni siquiera hay forma de comprobar el dato porque no se investiga, no se detiene, no se juzga y no se condena. Pero el 8 de marzo es un día especial. Entre la fiesta y la protesta.

En la capital mexicana, todo parece parte de un plan para que sean particularmente coloristas. Con la llegada de la primavera, las jacarandas estallan y pintan las calles de un morado intenso que se fusiona con el color del 8-M, coloreando un grito que hermana las demandas más suaves e integradoras con las más radicales.

El 8-M más extraño que he cubierto fue el de marzo de 2021. Estaba en la calle recogiendo testimonios cuando vi a lo lejos a una mujer caminando con un martillo en la mano. Más que un martillo, era una maza de picapedrero con la que avanzaba golpeando todo lo que se encontraba a su paso: marquesinas de autobús, señales de tráfico, estatuas de próceres, el escaparate de un banco... Sabía que lo siguiente era yo, así que terminé escondido detrás de un árbol cuando la vi acercarse. Después volví a la redacción, escribí la crónica para el periódico y me marché.

Acababa de llegar a casa cuando recibí un mensaje que ya estaba corriendo de forma frenética de teléfono en teléfono por media ciudad.

Dos días antes, los canales ADN y Canal 40 de la televisión

mexicana habían dejado de emitir el programa de Andrés Roemer, un diplomático, gestor cultural y entonces presentador, bien conectado con las élites judías y los intelectuales mimados por el sistema. Años antes había trabajado para el PRI, que lo había nombrado embajador en la Unesco, y en ese momento ejercía de divulgador áulico en la televisión cuando cuatro mujeres lo denunciaron por abuso sexual. Al mismo tiempo, otras sesenta y una empezaron a publicar en redes sociales detalles sobre situaciones incómodas que habían incluido abusos y tocamientos no consentidos de Roemer. El patrón solía ser siempre el mismo: becarias y chicas jóvenes que lo admiraban y se acercaban a él para pedir ayuda o alguna colaboración, y a quienes él citaba en su casa, en la plaza Río de Janeiro, en la colonia Roma, donde aprovechaba los momentos de intimidad para abusar de ellas. Cuando semanas antes del 8-M comenzaron a publicarse las denuncias, y ante el temor a ser detenido, Roemer huyó a Israel aprovechando su doble nacionalidad y que no hay convenio de extradición entre México y el país hebreo.

Pero, claro, todo el mundo sabía dónde vivía Roemer, en una preciosa e imponente casona colonial de principios de siglo cercana a las calles por donde había discurrido la manifestación. Así que los grupos de WhatsApp comenzaron a echar humo, y, en muy poco rato, miles de mujeres cambiaron el rumbo de la protesta y se dirigieron a su residencia. Cuando llegaron, decenas de policías protegían la vivienda detrás de enormes placas de madera. Aun así, la casa más espectacular de la plaza se convirtió en un puesto de tiro al blanco: huevos, piedras, globos de pintura... «¡Nos están matando!», gritaban las mujeres. A duras penas la policía lograba controlarlas. No eran quejas: era ira. Contra todo y contra todos. Y aquella tampoco era una casa, sino el lugar donde Roemer abusaba de sus víctimas. Después de redactar la crónica principal sobre la gran manifestación, escribí un segundo texto que se tituló «El peor día para ser Andrés Roemer».

Aquella pieza terminaba con esta frase: «A partir de ahora, si la justicia hace su trabajo, el peor día para Roemer debería ser mañana». Y así fue. Tras huir a Israel, fue detenido, y en abril de 2025, la Corte Suprema rechazó su última apelación y aprobó

enviarlo a México. Una decisión que, cuando escribo estas líneas, solo está pendiente de la firma final del ministro de Justicia israelí.

Miles de mujeres juntas habían vuelto a conseguir lo que parecía imposible.

5. LA PRIMERA BOFETADA

Me sucede estos días, al tratar de poner en orden las libretas, los audios y los recuerdos, que me quedo pensando en toda la gente que terminó siendo valiente sin pretenderlo.

Indígenas que creyeron que podían decidir sobre el río que pasa por sus tierras y que les da de comer, madres que se interpusieron entre el sicario y su hijo o periodistas que se creyeron lo de la libertad de prensa o, peor aún, que pensaron que lo que publicarían tendría impacto y cambiaría las cosas. Doña Berta, que perdió a su hijo y a cuatro nietos en Veracruz; Marisela Escobedo, asesinada en Chihuahua cuando exigía justicia tras la muerte de su hija; Isidro Baldenegro, que se movilizó contra la tala ilegal; el periodista Javier Valdez, fundador de *Ríodoce*; Brad Will, asesinado durante el levantamiento magisterial de Oaxaca...

A veces me imagino estos años de periodismo en América Latina como una gran foto donde todos ellos: Marisela, Javier, Brad... aparecen juntos sonriendo, luminosos, abrazados como si fueran un equipo de fútbol antes de que ruede el balón. Una foto en mi mesa para no olvidar lo importante.

Al mirar atrás, descubro con sorpresa la cantidad de religiosos que se han cruzado en mi camino. Ellos, cada uno de su equipo, también son parte importante de esa red de solidaridad y complicidades sin alharacas que sostiene el continente.

Durante casi dos décadas recorriéndolo, me he cruzado con decenas de hombres de Dios en momentos extraños. Algunos curas, muy pocos, de palio y birrete, y los más, de morral y sandalia. También muchos pastores evangélicos, de esos que van todos los días a los infiernos a mezclarse con adictos, sicarios y prostitutas en los barrios de los «techos de cartón». Solo de la mano de pastores

como Dany Pacheco o Nelson Moz es posible caminar con cierta tranquilidad por las colonias más duras de San Pedro Sula a Tijuana, o acceder a la prisión de máxima seguridad de San Francisco Gotera en El Salvador, sin que los presos dejen de mí solo los huesos. Muchos de estos líderes evangélicos fueron antes alcohólicos, pasaron por la cárcel o llevan espantosos tatuajes descoloridos, pero manejan como nadie la empatía y los códigos más mundanos que a la Iglesia católica tanto le cuesta incorporar. Ellos saben lo que es no tener para comer.

En este repaso por las libretas aparecen alcaldes, fiscales, diputados, profesores universitarios, testigos, vecinos, defensores del medio ambiente, madres, funcionarios de medio pelo y curas, muchos curas. Antes incluso de llegar aquí.

Hasta los quince años, yo había estudiado con los misioneros claretianos en Madrid. De hecho, creo que fue ahí donde sentí mi primer arranque vocacional. En medio de unas clases insoportables, de vez en cuando aparecían por las aulas curas más jóvenes que llegaban de las misiones que los claretianos tenían en Angola, Senegal o Bolivia, con diapositivas y grabaciones que proyectaban en clase y que me dejaban con la boca abierta. Uno de esos sacerdotes nos preguntó una vez a los alumnos si alguno quería ser misionero, y pronunció aquella palabra: *vocación*. Yo tenía casi catorce años y una adolescencia difícil, así que pensaba que «vocación» debía ser tener sexo con la boca. En lo que coincidían mis padres y aquellos curas era en que yo era uno de los niños más insoportables del colegio.

Días más tarde fui a ver a aquel cura para que me explicara en qué consistía eso de ser misionero o qué impreso había que rellenar para conocer aquellos lugares que tanto me llamaban la atención. Don Santiago me citó en un cuarto situado al final del pasillo y fue charlando conmigo mientras me hacía preguntas. No abusó de mí, no tocó mis partes íntimas ni me hizo fotos. Nada. Se limitó a escucharme diez minutos, me bendijo y, amablemente, me mandó por donde había venido. Al final la realidad terminó imponiéndose, y, poco después, la dirección de aquel colegio al que estaba dispuesto a entregar mi juventud y mi «vocación» me invitó a marcharme.

Antes de aquello, uno de los profesores, el padre Javier, me había dado una de las primeras y más perfectas hostias que he recibido nunca. Una bofetada limpia, con la mano abierta, franca, plana, sonora. En toda la cara. Más allá de la zapatilla de mi madre, fue la primera bofetada de mi vida y la que estrenó una etapa generosa en ellas. Fue durante una clase cuando el padre Javier me llamó la atención por algo, y yo contesté con alguna impertinencia del tipo «hago lo que quiero...». El caso es que no había terminado la frase cuando aquel cura me estampó la mano en la cara. Si lo contaba en casa, llegaría la segunda.

Antes de ir a México había estado trabajando en Afganistán. Osama bin Laden acababa de tumbar las Torres Gemelas, pero a mí lo que me inquietaba es que aquel septiembre de 2001 me había dejado mi novia, y como yo quería ser periodista, me dediqué a olvidarla viajando a conflictos tan ajenos como extraños.

Pasé algo más de un mes en Afganistán, empotrado con la Alianza del Norte en la guerra que libraba contra los talibanes hasta la caída de Kabul. Aquel era un conflicto del que hasta entonces desconocía todo y al que poco pude aportar desde el punto de vista informativo, pero en el que aprendí cosas absurdas como distinguir a un pastún de un tayiko por el tipo de sombrero o moverme con dignidad bajo el sol con ocho mil dólares en los calzoncillos. Me gustaría poder escribir de forma más comprometida de aquella cobertura, pero lo que más recuerdo es que había sido dolorosamente abandonado por una mujer y que me fui a la guerra de Afganistán como podría haberme ido a Getafe.

La llegada a México fue un tiovivo de sensaciones entre la ilusión de un mundo nuevo que empezaba y la ruina económica. En aquellos años vendía los reportajes a varios periódicos mexicanos como *Milenio* o *El Universal*, que me pagaban tarde y mal, pero a cambio me daban una oportunidad tras otra de conocer el país.

Era un cambio importante. Al volver de Afganistán había tratado

de trabajar como freelance en Madrid, pero en el panorama de la prensa en el que yo comenzaba no había sitio para mí: unos pocos reporteros controlaban el mundillo de las publicaciones por encargo, al que yo era ajeno. Tampoco había cursado ninguno de los másteres habituales y me apellidaba simplemente García, así que no tenía contactos en las redacciones. Para este fracaso anunciado me «asocié» con mi amigo Ralf Pascual, un excelente fotógrafo tan dispuesto como yo a perder dinero haciendo reportajes, y juntos pateamos todas las redacciones existentes, llevándoles nuestros temas. Aspirábamos a vivir de eso, y, según nuestros cálculos, si lográbamos vender un par de reportajes al mes, las cuentas daban para pagar, al menos, la gasolina y la comida.

De alguna manera, me identificaba con Chuck Tatum, el periodista buscavidas interpretado por Kirk Douglas en *El gran carnaval* (*Ace in the Hole*), que llega a la redacción del *Albuquerque Sun-Bulletin* y se ofrece al director del periódico con un párrafo que me sé de memoria: «Señor Boot, soy un periodista de doscientos cincuenta dólares a la semana. Puede contratarme por cincuenta. Conozco los periódicos por delante y por detrás, de arriba abajo. Sé escribirlos, publicarlos, imprimirlos, empaquetarlos y venderlos. Puedo encargarme de las grandes noticias y de las pequeñas. Y, si no hay noticias, salgo a la calle y muerdo a un perro. Dejémoslo en cuarenta y cinco».

Pero lo cierto es que ni siquiera conseguíamos que nos recibieran. No conocíamos a nadie y tampoco nos atendían por teléfono. Probamos en el mundo de las agencias, y el panorama era aún más salvaje porque se quedaban con una comisión del cuarenta por ciento en caso de venta. En España ni siquiera estaba muy extendido el uso de la palabra *freelance*, y los veteranos nos miraban con cara de derrota: «Si sus historias fueran tan buenas, ya los habrían contratado en algún lado», creía yo que pensaban. Así que, después de publicar con mucho esfuerzo algunos reportajes, Ralf eligió el sueldo fijo y empezó a trabajar en Leroy Merlin fotografiando catálogos, y yo decidí intentarlo una última vez y compré un billete de avión a México para hacer un reportaje sobre los feminicidios en Ciudad Juárez. De esta forma, a las seis y veinte

de la tarde del 6 de marzo de 2002 aterricé en Ciudad de México con una mochila de colegio a la espalda.

Llegué con veintiséis años, acabo de cumplir cincuenta y nunca terminé aquel reportaje. Chavela Vargas decía que vivió una borrachera de cuarenta años, y yo pienso que llevo más de veinte escribiendo el mismo reportaje.

En México traté de hacer lo mismo que había hecho en España: tocar una y mil puertas, visitar redacciones, devorar periódicos buscando temas y llamar a otros periodistas. Me había gastado todos los ahorros en Afganistán y en mi casa no tenían intención de pagarme la aventura, pero leía a Roberto Bolaño y me creía un «perro romántico»: «En aquel tiempo, yo tenía veinte años y estaba loco. Había perdido un país, pero había ganado un sueño. Y si tenía ese sueño, lo demás no importaba», me repetía como si fueran frases que hubiera inventado yo. Sin embargo, eran de Clarice Lispector, quien mejor describía el momento: «No va a ser una vida fácil. Pero es una vida nueva».

Uno de los primeros reportajes que propuse fue sobre las comunidades negras del Caribe, por lo que me desplacé a Jutiapa, una pequeña ciudad del norte de Honduras. Por torpeza o despiste, me quedé sin alojamiento, y un grupo de religiosos me permitió pernoctar con ellos en la casa parroquial.

Durante una semana, reporteaba de día y por la noche cenaba con ellos antes de irme a dormir a una litera situada en otra sala. Eran ocho sacerdotes de entre treinta y cincuenta años, todos castellanos, que también habían sido profesores en colegios como el mío, pero que ahora subían a diario a las aldeas más abandonadas de las montañas para llevar alimentos o dar clase de matemáticas, historia o español en comunidades campesinas de Honduras. Con ellos me enteré de que cuando los bebés tienen la tripa hinchada, no es por comer mucho, sino por los gusanos. O que el agua de coco es el mejor remedio.

Aquellos sacerdotes no eran especialmente simpáticos, y me miraban como a un intruso.

–Padre, ¿qué ha estado enseñando hoy a los niños? –le pregunté un día a uno de ellos durante la cena.

–Derivadas y raíces cuadradas –me respondió.

–¿Derivadas? ¿A chicos que no tienen ni para comer? ¿Qué sentido tiene eso?

–¿Por qué voy a darles unas matemáticas peores que a ti? –me contestó.

Una de aquellas madrugadas, un grupo de campesinos llegó voceando y muy alterado a la casa parroquial. «¡Padres, vengan, vengan! ¡Corran, por favor!», gritaban al superior, mientras golpeaban las puertas, con la cara desencajada. Medio centenar de familias campesinas sin tierra había ocupado una finca cafetalera para trabajarla, y esa noche había sido atacado por un grupo paramilitar. Cuando la noche era más oscura, una decena de matones con armas de fuego y bates de béisbol había entrado arrasando con todo mientras decenas de mujeres y niños dormían en aquellas casas de palos y láminas de hojalata. «¡Nos están disparando!», gritaban angustiados a las puertas de la casa parroquial. Sus voces fueron una bofetada de realidad en medio de la frondosidad y la noche cálida.

Cuando me levanté y llegué al comedor, el padre Fernando se preparaba para ir hacia allí a toda velocidad. Había, al menos, dos muertos y varios heridos, según contaban. Antes de salir, el sacerdote se acercó al armario del comedor, de donde yo esperaba que sacara, como mínimo, un AK-47 para hacer frente a los matones. En cambio, tomó una pequeña cámara de vídeo, se la encajó en la palma de la mano y, con tanto miedo como fe, se dirigió con aquellos campesinos a la finca de café. Cuando llegó al lugar, los sicarios ya habían huido, pero habían dejado un reguero de heridos y chozas quemadas que quedó grabado. Al día siguiente, el sacerdote llevó aquel vídeo a sus superiores, que a su vez lo llevaron al ministro de Gobernación, que a su vez puso a trabajar a la policía. Aquella grabación era la única prueba existente de un salvaje ataque a tiros con dos asesinados.

Solo llevaba unos meses en América Latina, pero en aquel pueblo aprendí algunas lecciones: que un obispo centroamericano es una mezcla de ministro, asesor presidencial, fiscal, juez, cooperante y profesor de instituto; que las instituciones son un florero, y que aquella Honduras tierna y amable que me recibió escondía también una gran injusticia y una violencia bajo las palmeras.

Desde San Pedro Sula tomé otro autobús en dirección a El Salvador, a trescientos cincuenta kilómetros y doce horas de distancia, con dos intenciones. Había oído hablar de una universidad que albergaba en sus instalaciones el único museo del mundo dedicado a sus mártires. Se trataba de la Universidad Centroamericana (UCA), el lugar donde en 1989 habían sido asesinados seis jesuitas, entre ellos el rector, Ignacio Ellacuría, el vicerrector, Ignacio Martín Baró, y el director del Instituto de Derechos Humanos, Segundo Montes, y quería saber más. Mi otro objetivo era conocer la redacción de *El Faro*. El periódico salvadoreño apenas tenía cinco años de vida, pero había leído en él textos que me habían enamorado. Nadie hacía entonces un periodismo como el que Carlos Dada y su equipo (Óscar, Carlos, José Luis o Roberto) estaban haciendo.

De la visita al museo recuerdo las ropas ensangrentadas de los jesuitas expuestas en las vitrinas y el silencio espeso de aquel lugar, en el que yo era el único visitante. Pero, aunque el museo me impactó, su librería me dio la vida. Por aquel entonces, en los tres países que forman el Triángulo Norte centroamericano (Guatemala, Honduras y El Salvador), solo había tres librerías: esa, Sophos y otra en Honduras dedicada a cuadernos y lápices de colores.

En las estanterías de la librería de la UCA había biografías de Sandino, poemas de Ernesto Cardenal, las historias de Radio Venceremos, los poemas de Roque Dalton y los libros de Leonardo Boff. Boff era el autor de uno de esos libros que me habían removido en la universidad, *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, que vincula la pobreza y el medio ambiente. Muchos de los argumentos del zapatismo, que descubrí años después, hundían sus demandas lacandonas en libros como este.

Yo era católico igual que podía ser del Real Madrid, una costumbre

heredada con la que había nacido y sobre la que nunca había reflexionado, pero aquellas vidas me dejaban con la boca abierta. Había leído las biografías del Che y de Zapata, pero todo aquello era nuevo para mí. Cardenal, Gustavo Gutiérrez o Jon Sobrino eran Quijotes con sotana cuyas vidas me hacían sentir diminuto. Si los crímenes, la pobreza y la ausencia de instituciones me habían explicado Honduras, aquel museo y los poemas de Dalton me explicaban El Salvador.

Con aquel paquete de libros baratos en la mochila, salí hacia el Norte leyendo *Guatemala: nunca más*, una recopilación de violaciones de los derechos humanos dirigida por el obispo Juan Gerardi al finalizar la guerra civil.

Durante cuatro años, monseñor Gerardi había coordinado a un grupo de colaboradores que se dedicó a recorrer el país recabando pruebas y testimonios de algunas de las matanzas más salvajes de la guerra. A lo largo de ese tiempo entrevistaron a cientos de personas que detallaban las aberraciones más salvajes: violaciones colectivas, decapitaciones, enterramientos masivos y torturas con sierras mecánicas.

El resultado fue un compendio donde no hay redacción, ni opinión ni adjetivos. Solo hechos. Una sucesión de testimonios encadenados que detallaban sin adornos casi cuarenta años de represión (1960-1996), con cifras que dejan helado: ciento cincuenta mil guatemaltecos muertos, cincuenta mil desaparecidos, un millón de exiliados y refugiados, doscientos mil huérfanos, cuarenta mil viudas, en un país que tenía nueve millones de habitantes y la superficie de Castilla y León. El noventa por ciento de aquellos crímenes habían sido responsabilidad del ejército o de bandas paramilitares relacionadas con las Fuerzas Armadas.

Por aquel entonces, yo no tenía ni idea de qué era una «comisión de la verdad», ni quién era Juan Gerardi ni que todo lo que esa obra refería había ocurrido en realidad: Santa Ana, Ahuachapán, Cuilapa... A medida que el autobús avanzaba, aquel libro de tapas negras, que aún conservo, me hundía en el asiento.

Su publicación, en 1998, fue una bomba en Guatemala, y su presentación agitó a las élites. Nunca se habían expuesto de forma

tan detallada las salvajadas del ejército, y al llegar a la capital fui caminando al lugar donde murió Gerardi. A pocas cuadras de la catedral, al final del parque San Sebastián, en la zona 1, había una placa con su nombre y la frase: «Testigo fiel». Ni siquiera el camino hasta allí, por una calle bulliciosa y triste asediada por autobuses humeantes y motoristas enloquecidos, era un paseo agradable.

Dos días después de la publicación del informe *Guatemala: nunca más*, Gerardi murió asesinado a golpes en la cabeza cuando entraba en su casa. Los asesinos usaron un bloque de cemento con el que le sacudieron tantas veces y con tanta saña que solo pudo ser identificado por el anillo episcopal que llevaba en un dedo. Aquel asesinato dio pie, entre otras cosas, a un libro espectacular de Francisco Goldman, *El arte del asesinato político. ¿Quién mató al obispo*?, considerado en 2007 por *The New York Times* uno de los mejores de ese año. Goldman dedicó meses a entrevistar, buscar pistas, atar cabos y reconstruir los días previos a su muerte, ayudando a lograr varias condenas.

Es difícil aconsejar hoy a los jóvenes periodistas que traten de sortear las complicaciones laborales de los medios trabajando por cuenta propia. Durante muchos años, yo colaboraba con una radio y escribía en tres periódicos de países distintos, pero ganaba lo suficiente para pagar las facturas. Tuve la primera nómina con treinta y ocho años, y aún recuerdo la extraña sensación que me asaltó cuando, por primera vez, pasados los cuarenta, me tomé un mes de vacaciones y al volver también lo había cobrado. Pero los hábitos de consumo de información y de medios han cambiado tanto y las tarifas se han desplomado de tal manera que no soy capaz de recomendar el pluriempleo mediático como forma de vida. Ni siquiera sé si a alguien le interesará seguir haciendo eso de «ir, ver y contar» o de pasar meses investigando en silencio hasta cambiar la historia, como Goldman. En la actualidad, los periódicos pagan tres veces menos por los mismos reportajes, y las televisiones, con mucho más dinero, solo llaman durante crisis tan potentes que, más que satisfacción, es un dolor de cabeza tratar de cumplir con ellas decentemente y la palabra dada es el único contrato laboral con la

redacción. Es un camino ingrato, sí, pero más vocaciones mutila una redacción, termino pensando.

Paco Goldman fue mi vecino mucho tiempo en Ciudad de México, y encontrármelo con su eléctrica sonrisa por la calle era un soplo de aire fresco sobre la vida y el periodismo.

Creo que es posible describir un país y sus circunstancias observando a los vendedores ambulantes. En Ucrania, por ejemplo, se venden rollos de papel higiénico con la cara de Putin cuando empezó la invasión. En Colombia se ofrecen ejemplares de derecho mercantil junto a las paradas del TransMilenio, los autobuses de Bogotá, y nadie duda de que es un país que ama las leyes y su redacción. En el metro de México se venden ventiladores en la temporada seca y paraguas en época de lluvias. En Cuba se venden gorras con una estrella roja siempre, y en Guatemala y El Salvador, en los mercados callejeros se vendían llaveros y camisetas con la cara de un cura.

Desconozco si me creía James Woods interpretando a Richard Boyle en *Salvador* o si acudir a lugares donde han sido asesinados religiosos es un macabro gusto que arrastro, como el de quien deja flores en la tumba de Baudelaire, pero el caso es que, cuando volví a El Salvador, visité la antigua habitación de monseñor Romero y la iglesia de la Divina Providencia, donde fue asesinado.

Romero no era un rojo peligroso ni un demagogo incendiario. Era miembro del Opus Dei, una orden reaccionaria y clasista acostumbrada a estar cerca del poder, pero, incapaz de mantenerse ajeno a la realidad del país, fue elevando sus críticas al ejército a medida que se sucedían las matanzas. Hasta que una tarde de 1980, justo cuando acababa de alzar el cáliz para su bendición, un paramilitar disparó desde la calle al corazón del arzobispo, que cayó fulminado.

Tan solo un día antes, el domingo 23 de marzo, Romero había oficiado misa en la catedral, durante la cual pronunció una frase que

los salvadoreños saben de memoria: «En nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo [...], les suplico, les ruego, les ordeno que cese la represión». La orden de asesinarlo la había dado un personaje tan sanguinario como conocido en El Salvador, el exmayor Roberto D'Aubuisson, fundador de ARENA, el partido que gobernó hasta 2009. «El asesino más despreciable que he conocido nunca», suele decir el periodista Jon Lee Anderson.

Su proceso de beatificación comenzó en 1994 y su caso llegó a Roma tres años después, pero ahí se detuvo. Juan Pablo II lo frenó y en su lugar privilegió la imagen de Escrivá de Balaguer y de Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, padre de seis hijos de tres madres distintas y acusado de abusar sexualmente de sesenta menores.

Pero daba igual: hacía tiempo que la imagen de monseñor Romero había trascendido el mármol del Vaticano y circulaba por los mercados callejeros. Su rostro aparecía ya desde mucho antes en estampas o en llaveros que se vendían en autobuses en los que se viajaba con gallinas, y su nombre era invocado por los migrantes que emprendían la ruta hacia Estados Unidos. Antes de llegar a El Salvador había visto a los vendedores ambulantes ofrecer camisetas con las caras del Che, del subcomandante Marcos y hasta de Maradona, pero no me acostumbraba a que una de las más vendidas fuera la de un cura con gafas.

En estas dos últimas décadas he cubierto para medios como la Cope, *El Mundo*, Associated Press o *El País* viajes con misas multitudinarias de Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Ceremonias ante cientos de miles de fieles que pasaban varias noches durmiendo a la intemperie para estar unos segundos cerca del lugar por donde circularía el vehículo del papa. Fieles que lloraban emocionados cuando Juan Pablo II se ponía un sombrero de mariachi, Francisco tomaba a un bebé en brazos o se oficiaba misa en lugares como Ecatepec, Copacabana, Ciudad Juárez o Guayaquil.

Sin embargo, creo que nada fue tan intenso como aquella noche de octubre de 2018 en San Salvador, cuando, después de muchos años, el papa Francisco canonizó a Romero en el transcurso de una misa retransmitida por televisión, que los salvadoreños siguieron en

pantallas gigantes en la capital como si se tratara de un partido de la selección.

Los pobres de la región celebraban a uno de ellos, y en muchas zonas rurales, los feligreses se reunieron en las iglesias para seguir la ceremonia. Al orgullo nacional que suponía que el Vaticano pusiera los ojos en el país más pequeño de la América continental se sumaba una sensación de justicia entre miles de desharrapados y campesinos que habían crecido escuchando sus homilías en el transistor durante la guerra civil (1980-1992). Sin necesidad de respaldo oficial, ellos ya lo habían convertido en san Romero de América, el primer santo al que habían podido ver y tocar. Pero, además, ahora también lo sabían en Roma.

Desvelados por el cambio horario entre Roma y San Salvador, cuando Francisco hizo santo a Romero, los miles de salvadoreños que atendían a la ceremonia primero lloraron, luego se fundieron en un abrazo y después aplaudieron. Aquella noche tuve la sensación de que la frase de su testamento cobró sentido: «Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño».

América Latina celebra mejor a sus muertos que a sus vivos.

Cuando se podía entrar en Nicaragua a hacer periodismo y el país no era el gulag centroamericano en el que lo convirtieron Daniel Ortega y Rosario Murillo, el poeta Ernesto Cardenal era uno de esos vivos sin celebrar.

Por alguna razón, durante mi adolescencia se me quedó grabada una foto en blanco y negro de la agencia AP en la que un desbordante Juan Pablo II regañaba con el dedo a un hombre con barba que lo escuchaba arrodillado. Pero no arrodillado como los feligreses en el banco de la iglesia, sino con una rodilla en el suelo y la otra pierna flexionada en un ángulo recto.

En marzo de 1983, Daniel Ortega recibió en la pista del aeropuerto de Managua al papa acompañado de todos sus ministros, entre los que estaba el poeta y sacerdote trapense Ernesto Cardenal, que

acababa de erigirse en el primer ministro de Cultura del nuevo Ejecutivo sandinista, que había derrocado a Somoza. Pero aquello de que un religioso formara parte de un Gobierno de guerrilleros no gustó en Roma. Así que cuando Ortega fue presentándole uno a uno a los ministros, entre los que también se contaba el escritor Sergio Ramírez, al llegar a Cardenal, Juan Pablo II comenzó a gritarle, agitando las manos ante las cámaras y los periodistas con la clara intención de que aquel dedo, a dos palmos de su cara, lo viera todo el mundo. «Usted tiene que regularizar su situación. Usted tiene que volver a la Iglesia. Obedezca», repetía en un precario español con acento polaco. Era el repudio al sacerdote-ministro y un mensaje para quienes formaban parte de la teología de la liberación, la corriente social que recorría la Iglesia latinoamericana.

Todo en esa foto es perfecto: la pista del aeropuerto, el papa, la mano anillada, el bigote negro de Daniel Ortega. Pero lo más impactante es la sonrisa de Cardenal. El cura guerrillero escuchaba al papa con un gesto dulce apretando entre las manos la boina que acababa de quitarse en señal de respeto. Aquella mirada llena de plenitud describía la fe mejor que la bóveda de la Capilla Sixtina. Era la de un hombre abroncado por otro hombre que no sabe que, en realidad, el primero rinde cuentas a otra jerarquía.

Cuando, en 2008, llegué a Nicaragua, el país podía dividirse, como si fueran equipos de fútbol, en dos modelos ligados a una sotana: Miguel Obando y Ernesto Cardenal representaban dos formas antagónicas de ser católico. Obando era el cardenal que hacía campaña por Daniel Ortega, sin ningún rubor, a pesar de las graves irregularidades que rodeaban a ambos. Ortega había sido denunciado por su hijastra Zoilamérica de violación, y Obando era un operador político desde tiempos de Somoza que acumulaba fortuna y escándalos a partes iguales. Su enorme influencia había facilitado la llegada al poder a Ortega tras un pacto con el entonces presidente Arnoldo Alemán en el que daba su apoyo a la modificación del techo electoral a cambio de perseguir el aborto. El sandinismo ganó aquellas elecciones gracias a esta promesa y a una buena campaña que reemplazó los colores tradicionales del sandinismo, el rojo y el negro, por tonos pastel, y aparcó la retórica marxista por un discurso

de telepredicador evangélico que alumbraba la llegada de una nueva etapa de paz y amor a Nicaragua. Un estratégico cambio de imagen diseñado por su esposa, Rosario Murillo, que en *El Mundo* titulamos «Del rojo al rosa y de Lenin a Lennon».

En las antípodas de todo aquello, Ernesto Cardenal vivía en su modesta casa de siempre, dedicado a escribir y a leer en medio de una persecución sin cuartel de Daniel Ortega. Solo había pasado un año y medio desde la vuelta al poder del bigote más famoso de la Guerra Fría, pero aquel día, a la sombra de las ceibas y los flamboyanes, me dio la descripción más clarificadora que escuché sobre lo que pasaría después: «En Ortega y Murillo no hay nada de revolución ni de sandinismo, solo traiciones. No hay nada de izquierda en ellos. Solo un Estado policiaco que perfeccionó los viejos vicios de la dinastía de los Somoza para aplastar a sus críticos», me dijo.

Volví a verlo tres años después, durante las elecciones de 2011, que, obviamente, también ganó Ortega. Cardenal era ya una de las voces más odiadas por la pareja presidencial, que puso en marcha su brutal maquinaria de acoso acusándole de delitos estrambóticos. Y como nada de esto funcionó, se inventaron multas y más multas para arruinar a quien no tenía nada.

Dice Alma Guillermoprieto que el periodismo es un viaje por la vida con billete de primera clase, y uno de esos privilegiados trayectos que recuerdo con más cariño fue acompañar a Cardenal el día de la votación. Al llegar a su casa, allí estaba el periodista de RNE, Fran Sevilla, un gran amigo desde que nos conocimos en Afganistán empotrados con la Alianza del Norte y con quien he vuelto a coincidir en infinidad de coberturas. El caso es que cuando llegué a la casa de Cardenal, allí estaban también Claribel Alegría, Sergio Ramírez, Dora María Téllez, Gioconda Belli y Sofía Montenegro. Un grupo de amigos y algunos de los intelectuales más brillantes de América Latina, quedando para votar con la emoción de quienes habían luchado juntos para poder ejercer ese derecho.

Me uní a ellos y nos dirigimos al colegio electoral, un momento precioso durante el que solo tomé una horrible foto caminando de los pies de Cardenal. Me impresionó la austeridad de aquella barba,

la boina de siempre y las chanclas de monje trapense. «Ni Juan Pablo II ni el sandinismo han conseguido humillar a Ernesto Cardenal, lo más libre, digno y vivo de Nicaragua», escribí aquel día en mi libreta. Ninguno de aquellos amigos que se encaminaban conmovidos hacia la urna sigue viviendo en Nicaragua.

Siete años después volví a entrevistarlo en Managua, y era una sombra de mis recuerdos. El poeta vigoroso y temperamental al que había conocido era un ser mohíno y abatido de ochenta y ocho años (murió siete años después, a los noventa y cinco) en el que habían hecho mella las afrentas del sandinismo. Estaba sentado en su vieja mecedora de madera, y hasta los desgastados pantalones parecían los mismos con los que treinta años atrás oficiaba misa entre los guerrilleros en la selva. Me dijo que estaba «más triste y agotado que nunca». Cuando ya pensaba que pasaría en paz sus últimos años de vejez, dedicado a la literatura, la ecología, los recitales de poesía y los niños con cáncer a los que enseñaba a escribir, el sandinismo había acelerado su maquinaria y trataba de meterlo en la cárcel. Ahora no solo quería arruinarlo, sino también denigrarlo, y le atribuían casos de pederastia o le acusaban de alcohólico mientras le imponían multas millonarias. Salí de su casa iracundo y apesadumbrado.

Después de aquella entrevista, las veces que volví a Nicaragua tuve que hacerlo de forma clandestina, porque el sandinismo había prohibido el acceso a la prensa y acelerado su deriva totalitaria hasta transformarse en una dictadura feroz en la que todas las premoniciones de Cardenal se habían cumplido con macabra precisión.

El tiempo ha dado a Cardenal una victoria en aquella foto en blanco y negro donde trataban de humillarlo, y ha confirmado lo que era Juan Pablo II: un polaco en Nicaragua. Un tipo que se mostró autoritario con los débiles y servil con los poderosos, sin sensibilidad para ver América Latina como algo más que una pieza en el tablero geopolítico tras el Telón de Acero.

La Iglesia y sus curas han sido también un importante aliado para que los periodistas pudiéramos procesar y entender el movimiento zapatista en momentos clave.

Cuando el primero de enero de 1994 un grupo de indígenas con pasamontañas y escopetas de madera tomó al asalto la ciudad de San Cristóbal de las Casas (Chiapas), el obispo de la ciudad, Samuel Ruiz, se posicionó junto a ellos, desmarcándose de la postura oficial de la Iglesia, que miraba con recelo aquella peculiar insurgencia que exigía «dignidad y buen gobierno». Chiapas se convertía en el último escenario de un levantamiento guerrillero en América, y la irrupción del subcomandante Marcos sacudió la vida del país. Pronto, Samuel Ruiz pasó a ser una de las voces de referencia de un movimiento que nunca disparó un tiro. Para neutralizar aquello, un año después, el Vaticano nombró a otro obispo, Raúl Vera, coadjutor de San Cristóbal. Llegaba con poderes y autoridad para cambiar el rumbo, pero sucedió lo contrario y se alió con el zapatismo. Aquello tampoco gustó en Roma, y cuando, en el año 2000, iba a tomar posesión como obispo titular de San Cristóbal, Juan Pablo II, otra vez Juan Pablo II, lo mandó a la otra punta del país, a Saltillo, casi en la frontera con Estados Unidos. De la selva chiapaneca al desierto de Sonora, situado a más de mil setecientos kilómetros de distancia.

Allí seguía Raúl Vera en 2021 cuando anunció que se jubilaba, y Jan Martínez Ahrens, me envió a aquella eucaristía. Titulamos la crónica «La última misa del cura rojo» y comenzaba de la siguiente forma:

> Un día, los feligreses más conservadores de Saltillo, la capital de Coahuila, se cansaron del cura. Estaban hartos de que su catedral se llenara de migrantes, de prostitutas, de homosexuales o de madres buscando en fosas por los cerros a sus hijos desaparecidos por la violencia. Corría el año 2011 y el obispo Raúl Vera, después de una década al frente, había apoyado el matrimonio entre personas del mismo sexo, había alzado la voz por los transexuales y había criticado a la clase política y el inmovilismo de la alta jerarquía católica. En sus homilías protestó por las condiciones de vida de los mineros, atacó la violencia del crimen organizado, y los pobres eran la opción preferencial de actos y oraciones. Pero los ultraconservadores del Yunque estaban hartos, así que una

noche se encaramaron a las rejas de la catedral y colocaron una pancarta que decía todo sin decir nada: «Queremos un obispo católico».

El adiós de Vera era también la despedida del último soldado de la teología de la liberación, a la que pertenecen brillantes teólogos como Gustavo Bueno, Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino, Ignacio Ellacuría, Samuel Ruiz o Miguel Concha Malo. Su biografía era la historia reciente de la Iglesia en América Latina, a la que valientes religiosos, de los que quedan pocos con vida, llegaron cuando las misas se daban en latín y de espaldas a los fieles, y de la que se fueron confesando en lenguas indígenas o despedidos entre lágrimas por transexuales, prostitutas y migrantes. Jóvenes de la tercera edad, entre los que se formó el papa Francisco, que pusieron a los marginados en el centro de su mensaje, hablaban de ecología y estaban más preocupados por la desigualdad que por la pobreza.

En esa escuela, sin redes sociales ni YouTube, pero sí con encíclicas rompedoras, aprendió «que la Iglesia no está sobre el mundo ni es el centro del mundo, sino que interrelaciona con el mundo», me dijo en aquella última charla. Vera y Samuel Ruiz desempeñaron un importante papel como mediadores entre los zapatistas y un Gobierno del PRI que quería destrozarlos. De aquella entrevista recuerdo su insistencia en la palabra *justicia* y en la necesidad de que los indígenas fueran incluidos en la Constitución como sujetos de derecho «y no como si fueran menores de edad», me recordó, en un banco de la catedral de Saltillo.

Con la muerte del papa Francisco en 2025, sus obituarios recordaron que su primer viaje como pontífice fue a Lampedusa y que los migrantes habían estado siempre en el centro de su mensaje. Precisamente, otro de esos religiosos con los que me he cruzado una y otra vez ha sido Alejandro Solalinde, el sacerdote al que el papa solía llamar para informarse sobre la situación del país.

En el estado de Oaxaca, pero no muy lejos de donde aquellas mujeres de Veracruz daban de comer a los migrantes junto a la vía, Alejandro Solalinde levantó un sencillo albergue para quienes se desplazaban a pie. Si bien los religiosos citados con anterioridad

pertenecían a una élite intelectual de la curia, Solalinde salió de abajo. Un pantalón gris, una camisa blanca y una eterna cruz de madera colgada sobre el pecho eran todo su equipaje.

Lo conocí en su albergue de Ixtepec, un lugar tan auténtico y desordenado como él por donde he pasado decenas de veces: Hermanos en el Camino, situado en el corazón de Oaxaca, en mitad de la ruta migratoria que une Centroamérica y Estados Unidos. Solalinde recibía todos los días a decenas de campesinos recios que llegaban como animales asustados, y a mujeres que no recordaban por cuántos hombres habían sido violadas. En aquel inhóspito lugar, rodeado de enemigos, solo Omar García Harfuch, actual secretario de Gobernación y antiguo jefe de la policía de Ciudad de México, tiroteado hasta el cansancio por los cárteles en un atentado del que salió ileso, tiene más suerte que Solalinde. Al religioso trataron de matarlo varios policías cuando se convirtió en un obstáculo para sus negocios de tráfico de personas.

En otro de los albergues de Solalinde, el de Ciudad de México, pasé la Nochebuena de 2018. Preparaba una crónica sobre la Navidad fuera de casa haciendo un reportaje con la fotógrafa Adriana Zehbrauskas, una de las miradas más elegantes del continente. En realidad, no tenía ningunas ganas de estar en casa. Como otras veces, creo que pasé allí aquella noche como quien busca el extintor o la salida de emergencia. Contar su Nochebuena era no tener que pasar la mía en casa. No soy especialmente nostálgico del hogar ni la familia, pero cada 24 de diciembre algo se remueve y en algún momento del día siempre flaqueo.

La infancia es una patria habitada; en verano, por bicicletas, melocotones y gazpacho, y en invierno, por el frío y una mesa en la que están mis padres y mi hermano. En mi Navidad no hay playa, ni calor ni trajes de baño, sino una olla al fuego y la emoción de un día especial en el que, si hay suerte, nieva.

Fueron muchos años sin risas familiares, ni sobremesas, ni cumpleaños ni nacimientos en los que siempre me enteré varios días después de las enfermedades que alguno padeció, y ahora que habito la misma ciudad que ellos, trato de ser más consciente de cada momento. Saborear que ahora no hay maletas, ni aeropuertos,

ni controles de pasaporte ni grandes abrazos al llegar. Saborear que no hay que ahorrar para pagar cada billete de avión ni repasar después mentalmente las conversaciones, con un amigo, con tu madre, con tu antigua novia, cuando se cierra la puerta del avión de vuelta y llega el silencio. He pasado muchas Navidades solo, me digo ahora sentado en el metro rumbo a casa de mi madre.

Todos los que pasaban aquella Nochebuena en el albergue de Solalinde habían salido dos semanas antes en caravana desde Honduras y El Salvador. Subieron hasta Guatemala, atravesaron la frontera, se internaron en México y llegaron a pie a la capital, a mil seiscientos treinta kilómetros de su casa. Todos repetían las mismas razones por las que habían dejado su país: milpas que no dan, riadas salvajes, cauces secos y cosechas cada vez más raquíticas.

De los casi tres mil migrantes que habían salido juntos de casa, unos cuantos habían decidido hacer una pausa para curarse las llagas, comer caliente y librarse de los parásitos del estómago hasta ver qué pasaba en el paso fronterizo de Tijuana, adonde comenzaban a llegar sus compañeros más veloces. Eran mujeres mayores, familias con niños en carriolas. Ellos eran los rezagados de un grupo que no corría: volaba. Toda aquella gente que caminaba unida había vuelto loco a Google Maps, que señala el tiempo que se tarda en llegar de un lugar a otro. La aplicación dice que se tardan dieciséis días en recorrer a pie la distancia que hay entre Honduras y la capital de México, pero ellos lo habían hecho en ocho.

La emigración tiene algo de proceso de selección darwiniano, ya se trate de los viejos gallegos, los irlandeses, los centroamericanos o los africanos que van a Europa en patera: solo llegan los mejores, y quienes lo logran se vuelven casi una «raza superior» con más hambre y más ganas que nadie después de superar una larga lista de obstáculos.

La crónica, que se publicó el día de Navidad en *El País*, incluyó este cómico párrafo, que describía el ambiente en el albergue aquella Nochebuena mientras los voluntarios se desvivían por hacer sentir en casa a los migrantes. Fue cuando, en una de esas peculiaridades tan de curas, alguien ofreció a un voluntario tocar «Noche de paz»:

Emocionado, Eugenio saca su violín y toca «Noche de paz». La dulce melodía austriaca se expande y se apodera del lugar hasta que el villancico de Franz Xavier Gruber recibe un puñetazo del reguetón. «Nena, yo te deseooo, yo te deseooo...». En medio del despiste, Vicky, un transexual hondureño de dieciocho años, ha conectado su móvil a un altavoz y durante unos minutos suena su canción favorita. Antes de que le obliguen a bajar el volumen, un espontáneo y sensual movimiento de caderas recorre la habitación, y en pocos segundos contagia a los migrantes y confirma que llegaron de una tierra que en Navidad se divierte moviendo la pelvis.

Después de noches así, vuelve uno sintiéndose un garbanzo. Un ser pequeño que flaqueó al llamar a casa. Y aquel albergue fue el mejor lugar para quitarse la tontería navideña, y la tontería en general.

Entrevisté muchas veces a Solalinde y siempre fue un tipo noble y sincero, hasta que se vinculó cada vez más a la política y a López Obrador. Una de las últimas veces me citó a las ocho de la mañana en una iglesia de la colonia San Rafael. Llegué un poco antes y me hicieron esperar en una sala de la casa parroquial. La puerta del despacho se abrió y por ella salió Martí Batres, por entonces operador de López Obrador, con quien diseñaba su estrategia electoral. Me decepcionó ver cómo Solalinde se había entregado en cuerpo y alma a la alta política. Había descubierto el poder.

Pero no todo fueron curas comprometidos, también me crucé con la basura más grande. Y de ella, dos figuras están en mi podio: Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, y Miguel Obando y Bravo. Maciel, nacido en Jalisco, era viscoso, manipulador y retorcido. Durante años violó y engañó mientras se rodeaba de millonarios. Cuando he entrevistado a algunas de sus víctimas describen a un ser despreciable que medró protegido por aquel papa que humillaba a Ernesto Cardenal. El otro religioso que más odio es Obando, que facilitó la llegada de Ortega al poder a cambio de perseguir el aborto. Su decisión allanó el camino al tirano, y condenó a morir desangradas a cientos de mujeres. Me pasa, sin embargo, que en esa nebulosa espiritual son muchas más las personas que valen la pena.

Entonces me acuerdo muchas veces del padre Germán, que salió en plena noche a defender a decenas de campesinos sin tierra, y que con su cámara se atrevió a enfrentarse a tipos armados con pistolas y machetes. O del padre Denis, que se desplaza por Alta y Baja Verapaz en Guatemala llevando alimentos a los lugares más apartados, y al que recibían como a un mesías en vaqueros. Cuando recorríamos en su coche las parroquias en las que oficiaba, Denis se ponía en la radio del coche grabaciones con algunas de las homilías más importantes de Romero y alternaba esos casetes con otros de chistes «picantes». O de José María Tojeira, el rector de la UCA, una voz firme desde El Salvador contra la deriva autoritaria de Bukele. O de Ángel Garachana, el obispo burgalés obsesionado desde Honduras por humanizar la migración.

La potencia de una pequeña cruz de madera colgada sobre el pecho que vence al miedo me conmueve y me agita. Envidio la fuerza de quienes no pierden la sonrisa movidos por algo que yo no veo. Porque aquellos que, como santo Tomás de Aquino, creen que es posible llegar a la fe a través de la razón invitan a «maldecirlo», a secas. O «maldecir al santo filósofo un día sí y otro también».

Sin embargo, creo que todos esos curas con los que me he cruzado han dejado una huella. Una entrevista en un albergue cambia mucho si la primera pregunta no es «¿de dónde eres?», sino «¿cómo estás?».

Varias décadas después de haber dejado el colegio, fui a hacer un reportaje en la colonia Rivera Hernández de San Pedro Sula; durante mucho tiempo, la colonia más violenta de América Latina. Caminaba con la libreta en el bolsillo por una de aquellas calles donde el barro y las casas rematadas con botellas de Coca-Cola se mezclan con las miradas y el canto del gallo. El charco, la moto inquietante, el borracho que no calla, el niño con uniforme, y el olor a gasolina y frijol. Todo ello bajo el asfixiante calor del trópico.

Cuando paró frente a mí un viejo *school bus* del que bajaron varios pasajeros, vi que entre ellos estaba el padre Javier, aquel claretiano que me había dado clase cuando tenía trece años. Mientras trataba de hacer las conexiones entre Honduras y el colegio, me acerqué a él y me dio la mano. Era una mano conocida.

Él no me reconoció, pero yo recordaba a la perfección aquellos cinco dedos. Comenzamos a charlar. Le dije que era un antiguo alumno y qué hacía allí. Él había dejado el colegio de Chamartín y había vuelto a las misiones, y trabajaba en la Rivera Hernández con adolescentes y pandilleros. Me señaló la iglesia y su casa, una construcción de planta baja de cemento contigua. Después nos despedimos y cada uno siguió su camino. Han pasado muchos años de aquello, pero no he podido olvidar aquel encuentro, que apenas duró unos minutos. Pasé en silencio el resto de la cobertura. Creo que, de alguna forma, se había cerrado un círculo personal, y empecé a perdonar la hostia que me había dado veinticinco años antes.

EL YOGA DE LOS POBRES

En el mundo de la fe, el cambio más importante de las dos últimas décadas ha sido el crecimiento de las iglesias evangélicas de corte protestante. Financiadas desde Estados Unidos y Brasil, su penetración ha sido la manera que ha encontrado Estados Unidos para romper el monopolio de la cruz católica.

Su papel no ha sido ni mejor ni peor que el del resto de las religiones. Se les reprocha que se aprovechan de la ignorancia de la gente, que nuevos «pastores» se hayan enriquecido o que utilicen su influencia para orientar políticamente, como sucedió con Jair Bolsonaro en Brasil, o en el plebiscito de Colombia de 2016, en el que ganó el NO a los acuerdos de paz entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC. Cuando las encuestadoras revisaron por qué todos los sondeos habían fallado, descubrieron que desde los púlpitos evangélicos, a los que nadie había preguntado, se habían movido un millón de votos. En resumen, que las iglesias evangélicas han medrado gracias a la manipulación de los fieles y su intención es influir en la política. O sea, lo que siempre ha hecho la Iglesia tradicional.

Sin embargo, me molesta mucho el tufo de superioridad moral y la

mirada condescendiente que católicos, ateos y agnósticos proyectan sobre los evangélicos. Como gran parte de los fieles que acuden a una iglesia, millones de personas buscan respuestas y explicaciones que trasciendan la vida. Desde el garaje de un polígono industrial han ayudado genuinamente a muchos adictos y a millones de personas con vidas muy jodidas que encuentran ahí algo de esperanza. Ahora que vivo en Madrid encima de una casa de apuestas, no me atrevo a criticar a quien vuelve a casa después de tres horas cantándole a la lámpara con los brazos en alto o escuchando sermones sobre cómo ser mejores personas. Me irrita que meditar en un centro budista de La Condesa o de Usaquén, aislarse en un *ashram* en Nueva York o hacer un *detox* espiritual en Tepoztlán sea moderno y *cool*, pero acudir ante el pastor en un polígono industrial sea una práctica reservada para fieles manipulados. Las iglesias evangélicas son el yoga de los pobres, aunque el gurú no ande en taparrabos ni naciera en Benarés, sino que tiene una prominente panza y antes de dar discursos eternos fue alcohólico o drogadicto.

Cuando Nayib Bukele comenzó su persecución en El Salvador de cualquiera que pareciera pandillero, las iglesias evangélicas abrieron sus puertas para esconder a muchos de ellos en un acto instintivo de caridad.

Cubrí aquellos intensos días de cacería de Bukele en abril de 2022, cuando detuvo a casi veinte mil personas en un mes. El ejército entraba en las colonias, en las casas, en los restaurantes, en las bodas... Cualquiera que tuviera un tatuaje podía ser capturado; a veces, la única razón era que el sospechoso mostrara «signos de nerviosismo». Casi seiscientas personas fueron detenidas cada día. Durante aquella cobertura, una mañana fui a la iglesia evangélica Ben Azer, en la colonia Dina. Hasta aquel día, la colonia era un territorio controlado por La 18, pero Bukele dio luz verde a las redadas masivas, y todos los hombres desaparecieron aterrados.

En el sótano de aquella iglesia había una decena de asustados expandilleros, que se escondían mientras esperaban a que pasara lo peor. Habían sido asesinos, secuestradores o extorsionadores, y estaban tatuados desde las cejas hasta los pies. Después de pagar

largas condenas, trataban de comenzar una nueva vida levantando una panadería que suministraba pan y pasteles a una decena de negocios y domicilios de San Salvador.

Cuando bajé al sótano, aquellos sanguinarios asesinos eran como conejos asustados ocultos en la madriguera. Junto al horno y las bolsas de harina, mantuvimos una larga conversación en la que hablamos de la vida en la cárcel, las adicciones, las dificultades para no ser reclutado otra vez por las pandillas, de Dios y del tiempo que tarda en fermentar la levadura.

En un momento de la conversación, Julio, con más tinta en la piel de la que cabía en la Biblia que leía a diario, salió a la puerta a fumar un cigarrillo o a hacer una llamada. No lo recuerdo bien. Julio llevaba tres años en la panadería. Había cumplido doce de condena por pertenecer a una pandilla y acudía todos los meses, sin faltar ni uno, a firmar al Ministerio Público. Los últimos días, para escribir estas líneas, he vuelto a escuchar aquel audio y es el de una entrevista que se quedó a medias, porque nunca más volvió.

Julio acababa de asomarse a la calle cuando una patrulla de la policía que por casualidad pasaba por ahí, pegó un frenazo. «Vos estás detenido», dijo uno de los cuatro agentes que bajaron del vehículo. «¿Por qué?», preguntó Julio. «No tengo por qué explicarte nada –contestó el agente–; se ha declarado el estado de excepción y tus derechos están suspendidos.» Cuando Julio reaccionó, ya estaba esposado en el coche de la policía rumbo a la cárcel. Salí corriendo hacia la puerta cuando un vecino entró alarmado a la panadería, pero en la calle solo vi la pick-up alejándose con él esposado entre los policías. Julio se dio la vuelta y me miró con cara de «lo siento, mañana seguimos», y a mí solo se me ocurrió sacar el teléfono y hacer una torpe foto al vehículo mientras se alejaba.

Llegué al hotel, escribí y envié la crónica al periódico, en la que incluía de forma breve lo que acababa de pasar. Aquellos días, las televisiones dedicaban muchas horas de programación a reportajes sobre los operativos con los que se había logrado la captura de miles de peligrosos pandilleros por todo el país. Otros miles eran exhibidos dentro de las prisiones y miles más, decían los presentadores de televisión, habían sido detenidos «en flagrancia», diseñando

horribles e inminentes matanzas. Entre aquella sobredosis de imágenes de pandilleros, de tatuajes, de policías y de madres llorando a las puertas de la cárcel vi pasar fugazmente a Julio cuando era trasladado a empujones junto a decenas de jóvenes con cadenas en los pies. Por supuesto, tres años después, Julio aún no ha salido de la cárcel y tampoco ha sido juzgado. ¿Cuántos Julios más hay en las cárceles de El Salvador?

El periodismo es la fotografía de un momento; sin embargo, en muchos casos funciona solo como una Polaroid que apenas retrata un instante, pero que necesita de la distancia y los matices para convertirse en un testigo preciso. Aunque aquel reportaje se tituló «Bukele lanza una cruzada totalitaria contra las pandillas», hoy contaría la historia de Julio y de la iglesia evangélica que lo acogió como si fuera una catacumba, o de cómo en el séptimo párrafo de aquella crónica estaba la noticia de hoy.

MENONITAS, LA CUARTA NACIÓN

No obstante, lo cierto es que, junto a todos estos religiosos movidos por la cruz o el pez, que conforman una potente red de solidaridad y complicidades, América Latina es también un lugar fértil para el florecimiento de doctrinas, gurús e iluminados.

El telepredicador brasileño Edir Macedo, líder de la Iglesia Universal del Reino de Dios, llena estadios de fútbol por todo el continente en los que «cura» cánceres, parálisis terminales y leucemias. Cuando ya había conquistado todos los mercados posibles en América Latina y Estados Unidos, dio el salto a España. En 2023 reunió en Madrid a diez mil personas en una plaza de toros, y lo vi «curar» a una mujer que había llegado en silla de ruedas y se marchó caminando. Después de aquello, el predicador también se fue tranquilamente a su hotel, y al día siguiente viajó a nuevos países en los que siguió estafando sin que nadie lo detuviera.

Lo peor de aquella celebración es que también yo terminé

creyendo que aquella mujer que, por una u otra razón, no podía caminar, al verse tocada por el gurú de la Iglesia Universal del Reino de Dios, recuperó una fuerza que no tenía y decidió dejar de vivir sentada.

En otra ocasión, en Chiapas, entrevisté a un imán nacido en Granada que convertía a los indígenas al islam. Se llamaba Aureliano Pérez, pero ahora era Shayk Nafia. Uno de sus colaboradores me mostró la madrasa donde diecisiete niños tzotziles recitaban sentados en el suelo un Corán escrito en tablas de madera. «¿Es más fácil convertir a los pobres?», le pregunté. «Sí, los pobres son más limpios de corazón. A los indígenas les cala más el islam que a un español, porque allí solo están preocupados por el banco, las hipotecas...», me resumió aquel hombre nacido en Galicia que había dejado de ser Esteban López para llamarse Hayy Idriss.

> Católicos, evangélicos, indígenas y musulmanes forman parte de un cóctel espiritual y social que se extiende con distintas intensidades por México, el Caribe y Centroamérica, pero en el que un exótico grupo sobresale por encima del resto debido al misterio y al secretismo que los rodea: los menonitas. Puede sonar a broma, pero es la única posibilidad que conozco de viajar en el tiempo y fue la única entrevista que he hecho a un hombre del siglo XVI.

En un pequeño territorio incrustado en la triple frontera que forman México, Guatemala y Belice viven tres mil familias menonitas que se mueven en coches de caballos, no usan electricidad, ignoran lo que es un teléfono móvil, se casan entre ellos y dedican casi todo el día a tareas del campo y a leer la Biblia. Viven en Shipyard, una de las congregaciones más secretas y enigmáticas del mundo.

Los menonitas son comunidades ultraconservadoras repartidas por países como Canadá, México, Paraguay o Bolivia. Distanciados de los amish desde 1693 por diferencias sobre el grado de disciplina que debe seguirse dentro de las comunidades, son una variante protestante surgida durante la Reforma luterana que cuenta con más de un millón de creyentes en América Latina. Una corriente pacifista que se originó en lo que hoy son los Países Bajos, Alemania y Suiza, y que ha vivido casi siempre perseguida y moviéndose de un país a

otro por Francia, Rusia o Canadá desde su ruptura en 1536 con la Iglesia católica y la Reforma protestante.

Llegué allí con el fotógrafo Fred Ramos, preparando «El Caribe Turbio», una serie de crónicas que tenían el objetivo de mapear la frontera sur de México, por la que, según Trump, llegaban a Estados Unidos todos los males del país. Estaba investigando las rutas aéreas del narcotráfico, y aquella zona menonita, situada en medio de una de las áreas del mundo donde el tránsito de cocaína es más intenso, era un agujero de silencio del que no había noticias.

Pero antes de contar lo que allí vimos, quiero hablar de las fronteras. Pocas en el mundo han dado tanto juego como la que separa a Estados Unidos y México. En lugares como Ciudad Juárez-El Paso o Tijuana-San Diego, las casas de techos de lámina se extienden abigarradas hasta donde alcanza la vista, frente a campos de golf trazados con escuadra y cartabón. Según el Índice de Desarrollo Humano (IDH) de las Naciones Unidas, España y Marruecos comparten la tercera frontera más desigual del mundo después de las que hay entre las dos Coreas y entre Israel y Siria. Entre España y Marruecos hay noventa y seis posiciones de diferencia y entre Estados Unidos y México cincuenta y cuatro. Pero todo esto se atreven a decirlo las Naciones Unidas porque no conocen Shipyard.

Para llegar allí hay que viajar desde Ciudad de México a Chetumal, cerca de la frontera con Belice, y recorrer en coche ciento cincuenta kilómetros por el estado de Quintana Roo hasta llegar a La Unión, el último pueblo de México. Se trata de un miserable enclave caótico, católico y algo sucio que trabaja la caña de azúcar y bebe cerveza como si fuera agua. Nada más cruzar la frontera con Belice está uno de los pueblos más eficaces del mundo. En Shipyard no hay un papel en el suelo, son protestantes y ultrarreligiosos, y es imposible conseguir un cigarro o una gota de alcohol. Teniendo en cuenta que el resto de Belice no es precisamente Suiza en cuanto a dotación de servicios, digamos que se trata de un lugar que tendría que haber sido de otra manera.

Pero yo había aterrizado en Marte y los carteles estaban escritos en alemán antiguo.

Aisladas del mundo, me encontré dos comunidades ultraconservadoras, Shipyard y Spanish Lookout, en las que vivían unas tres mil familias que utilizaban ruedas de hierro, velas para iluminarse, leña para cocinar y animales para trabajar el campo, y donde la música estaba prohibida. No había un cine, una biblioteca ni un parque, y el principal delito de la juventud era utilizar el teléfono móvil a escondidas. No hace falta decir que era el sitio más aburrido del mundo.

Investigábamos con poco éxito, dado el silencio colectivo, cómo convivía una comunidad tan cerrada con el tráfico de drogas. Durante la elaboración del reportaje entré en contacto con uno de los alcaldes menonitas y trabamos cierta amistad. Y creo que nunca se arrepentirá lo suficiente. Para nuestra sorpresa, nos permitió quedarnos varios días en el único hotel de la comunidad, y gracias a él pudimos movernos sin problema por un lugar tan hermético como surrealista. Dos pueblos congelados en el tiempo que son el paraíso de cualquier fotógrafo.

Un día que regresábamos de una entrevista vi mucha gente reunida alrededor de una enorme iglesia. Fuera de aquella construcción con aspecto de granero había estacionados numerosos coches de caballos mientras niños muy blancos y muy peinados esperaban a sus padres. No gritaban, no jugaban, no corrían y no tiraban del pelo a las niñas. Solo esperaban obedientes a sus padres sentados fuera. Aquellos niños tan lechosos y pecosos, en un país donde el ochenta por ciento de la población es negra o mestiza, usaban camisas que sus madres confeccionaban en casa. En invierno eran de manga larga, pero en verano descosían por encima del codo un trozo de tela que volvían a unir cuando llegaba el frío.

Cuando entramos en la iglesia, Fred y yo nos miramos desconcertados. Doscientos hombres de cachetes rojos y manos grandes de trabajar el campo recitaban junto a un difunto pasajes del Gesangbuch, un antiguo libro de oraciones. Sentados en bancos de madera, todos los hombres llevaban pantalones con tirantes y camisas de cuadros abotonadas hasta el cuello. Cientos de voces repitiendo un soniquete al que se sumaban decenas de mujeres con tocados y largos vestidos negros de fieltro con medias, bajo el

inclemente sol del Caribe. Aquel funeral era un viaje en el tiempo y la escenografía perfecta de una película de época en la que tampoco el muerto desentonaba: un hombre de unos cuarenta años, al que apodaban el Happy, con dos heridas en la cabeza.

Los menonitas llegaron a esa parte de Belice hace casi sesenta años, con una mano delante y otra detrás, procedentes de Chihuahua (México). El Gobierno de Belice, cuando todavía se llamaba Honduras Británica, les dio más de treinta y cinco mil hectáreas de monte en un rincón remoto del territorio nacional. A cambio de tierras y de autonomía, ellos se pusieron a producir como locos y hoy son el motor alimentario del país. Los menonitas producen el noventa y cinco por ciento del pollo y el ochenta por ciento del maíz, el arroz, el frijol y el sorgo que se come en Belice. En paralelo, el Gobierno de Belice les ha concedido independencia, y funcionan de forma autónoma en lo religioso, lo fiscal y lo educativo. Los niños menonitas reciben las clases en alemán del medievo.

En aquel lugar ultraconservador aterrizan muchas de las avionetas cargadas de droga que salen a diario de Colombia y Venezuela y suben por el Caribe. De hecho, entre 2014 y 2019, todos los meses aparecía una avioneta calcinada en algún campo cercano, me dijo el alcalde. En estos campos perfectamente cultivados, las aeronaves encuentran un lugar ideal para aterrizar y resolver, en pocos minutos, la operación de descarga. El piloto envía las coordenadas, una cuadrilla ilumina la pista con antorchas en botes con trapos empapados en gasolina, la avioneta aterriza, baja los ladrillos blancos y en un abrir y cerrar de ojos la mercancía está del lado mexicano. Solo veinticuatro horas después, la carga llega a la frontera con Estados Unidos tras subir el golfo de México por Veracruz. El alcalde reconoció que, a pesar de su carácter ultrarreligioso, hay decenas de menonitas encarcelados por narcotráfico, pero que su comunidad trataba de alejarse de un problema que los desbordaba. «Cuando escuchar que se estrella avioneta no hacemos nada, dejamos quemar todo y ni metemos en eso», me contó en un exótico idioma que mezclaba inglés de Hollywood, español aprendido con los agricultores y alemán de la época de Menno Simons, el fundador menonita, fallecido en 1561.

Tratar de averiguar qué había ocurrido con el Happy era tan complicado como saber qué pasaba con las pistas de aterrizaje: si el pueblo se beneficiaba de aquel tráfico de drogas o eran solo las víctimas de un mundo que los desbordaba, si había cárteles involucrados o si el dinero estaba destruyendo la comunidad.

Sin embargo, a unos metros del ataúd, la única amiga del Happy lloraba al margen del grupo. «A él no le habría gustado nada de esto», me dijo en voz baja, señalando aquel pueblo en el que nunca pasaba nada y todos se dedicaban a trabajar y a rezar. La mujer me contó que el Happy se había marchado del pueblo hacía unos meses, tras conocer a una gente que tocaba la guitarra o escuchaba la radio. Aquel muchacho inocente que no había visto nunca la televisión, que se emborrachaba con una cerveza y que no sabía relacionarse, apareció meses después tirado en un canal de riego con dos machetazos en la cabeza. Nadie quiso saber si andaba metido en líos de drogas, si había sido una borrachera o su mala cabeza, y el silencio menonita volvió a extender su manto sobre cualquier asunto incómodo que afectara a la comunidad. Para su amiga, sin embargo, todos aquellos hombres y mujeres del medievo que recitaban pasajes en alemán junto a su cuerpo eran responsables de su muerte. El Happy había huido de un sistema represivo y endogámico que le obligaba a casarse con algún familiar.

Cuando me fui del lugar, el soniquete fúnebre del velorio entraba en su sexta hora sin alteración de ritmo ni cadencia. Para aquellos menonitas, como para las monjas de clausura, el silencio era su supervivencia.

6. LA MUERTE BAILA CON CHAVELA Y CON MARÍA SABINA

El día que puse un pie en casa de Chavela Vargas, me encontré un lugar donde todo estaba preparado para su muerte.

Desde hacía muchos meses, sus amigos se habían organizado para despedirla en Tepoztlán, el precioso pueblo de Morelos, situado a una hora de Ciudad de México, donde vivía.

Después de su último concierto, sus conocidos habían comenzado a prepararle homenajes, las discográficas habían publicado recopilatorios con sus canciones más icónicas y los periodistas se habían puesto a escribir biografías mientras ella se retiraba sin hacer mucho ruido a una sencilla casa ubicada al pie de los imponentes cerros del Tepozteco y el Tlahuiltepetl junto a Lola, una inquieta perra xoloitzcuintle que no me quitaba la vista de encima.

Antes de llegar a su casa para la entrevista me había documentado y había buscado nuevos enfoques que me permitieran preguntarle sobre algunos de los aspectos menos conocidos de su vida. Había buscado, leído y subrayado sus últimas declaraciones, y había contactado con su círculo más cercano para conocer su estado de ánimo. Así que creía saber lo que me encontraría al entrar en aquella casa. Al fin y al cabo, no podía ser tan difícil: tenía noventa y un años, había dejado los escenarios, se había retirado al campo y era hora de ir apagando la luz. Y eso es lo que me esperaba.

Lo que no imaginé fue que llegaría a un lugar donde todo estaba preparado para su muerte menos la difunta, que se dedicaba a mandar a la mierda, un día sí y otro también, a sus enterradores. Tampoco le quedaba bien el traje de venerable anciana que le habían diseñado. Ella, en cambio, a la muerte, que estaba allí

sentada con nosotros, le lanzaba respuestas de adolescente descarada, y las dos se descojonaban juntas.

Desde que llegué a su casa, tuve la sensación de que no estábamos solos. Durante varias horas hablamos de su vida en Costa Rica, de sus padres, de su llegada a México, del alcohol, de la familia, de las cantantes jóvenes y de las multinacionales de la música mientras bebíamos agua de frutas. Vestía una guayabera amarilla, pantalón y zapatillas negras; llevaba gafas de sol y un elegante paliacate rojo anudado al cuello.

Ella enlazaba recuerdos, que verbalizaba con la voz de lija con la que fue reconocida, haciendo pequeñas pausas para elegir la palabra precisa, para ir y venir por la memoria. Decía «pena» y la cambiaba por «amargura», y en lugar de «infancia» elegía «en una vida anterior». Y mientras lo hacía, la muerte entraba y salía de la entrevista. Yo la vi. Acariciaba sus manos, pasaba por la grabadora, serpenteaba entre nosotros y la ayudaba a matizar las respuestas.

Había nacido en abril de 1919 en Costa Rica, y una semana después de llegar al mundo, Emiliano Zapata fue asesinado a balazos en la hacienda Chinameca. Ahora pasaba los últimos años de vida en una silla de ruedas en la que le «rejodía» estar sentada y lucía un pelo blanco tan tupido como el de un adolescente. Junto a aquellos grandiosos cerros, todo era verde y silencio y calma en uno de los enclaves más cautivadores de México.

Durante décadas, México proyectó con fuerza a sus referentes culturales por todo el continente. Figuras como Pedro Infante, Cantinflas o el Chavo del Ocho lograron una popularidad que atravesó fronteras, de Tijuana a la Patagonia. En el ámbito hispanoamericano, solo Argentina ha logrado disputarle ese alcance, tanto por la magnitud de su industria como por el peso de sus propios iconos, aunque en este caso el país también suma el fútbol y cinco premios Nobel, la cifra más alta de Latinoamérica.

Hasta la caída del PRI a principios de este siglo, detrás de esta potencia cultural estaba el Estado. La estética charra, el mariachi, la «época de oro del cine», Diego Rivera o Carlos Fuentes fueron una exitosa pata del Gobierno, que invertía en cultura lo que otros gastaban en ejércitos después de la Guerra Fría. Son conocidos los

esfuerzos diplomáticos del expresidente del PRI, Carlos Salinas de Gortari, para conseguir el Nobel para Octavio Paz o el título de Miss Universo para Lupita Jones. Cultura y oficialidad eran partes de un mismo cuerpo, que ejerció eficazmente de embajador al servicio de un modelo nacional hasta su desmoronamiento con la derrota de Francisco Labastida y la llegada al poder de Vicente Fox en el año 2000.

Pero la profundidad cultural mexicana prevalece vigorosa al derrumbe de estos pilares. Los recortes a la cultura llevados a cabo por la derecha de Vicente Fox y la izquierda de López Obrador no han podido frenar la poderosa capacidad de un país de mostrar como pocos su propia mirada del mundo. En las últimas dos décadas ha seguido siendo una potencia en música, pintura, diseño, literatura, arquitectura y artes plásticas. Francisco Toledo, Vicente Rojo, Graciela Iturbide, Peso Pluma, Alejandro González Iñárritu, Alfonso Cuarón, Guillermo del Toro, Sexto Piso o Almadía mantienen en lo más alto una cultura que vivió mucho tiempo de la subvención. Su poderosa industria y la riqueza etnográfica de México son inspiración y lugar de recale para artistas de todo el mundo. A muchos de ellos los ha incorporado con la misma generosidad con la que recibió el exilio español en los años cuarenta.

Creo que el mejor exponente de ese músculo cultural reside hoy en un lugar como la Feria del Libro de Guadalajara. De ella se dice que es la mejor feria del libro en español por volumen de ventas, número de visitantes, contratos cerrados, impacto en prensa o el tamaño de las colas para lograr una firma o escuchar una conferencia. Pero la importancia de la FIL reside en su capacidad para hacer que sucedan cosas. Hoy sería impensable ver a un presidente de Israel caminando por los pasillos de la feria, como hizo Simón Peres, o participando en una charla que incluya preguntas del público.

Heredera del más profundo sentido humanista y la mejor tradición diplomática, la cultura entre España y Latinoamérica ha sido el pegamento más eficaz y sutil ante cualquier crisis.

Cuando más agrias eran las relaciones entre España y México a raíz de una petición de perdón no satisfecha por los abusos de la

conquista, Barcelona fue la ciudad invitada a la FIL de 2025. En paralelo, durante el año del agravio, cuatro importantes pilares de la cultura de la Comunidad de Madrid (el Festival de Otoño, el Centro Cultural Conde Duque, el museo Reina Sofía y la Orquesta Sinfónica de la Comunidad) pasaron a contar con mexicanos en su dirección. Algo inédito.

Al mismo tiempo que se ha tensado la alta política, el intercambio funciona más veloz que nunca, y el movimiento de escritores, actores, guionistas, editores, pintores o dramaturgos no cesa. Periodistas de uno y otro lado tienen más presencia que nunca en radios y podcasts, y ha dejado de ser raro que en Televisa inviten a un analista español, que en Telecinco haya un periodista argentino o que una editorial oaxaqueña como Almadía inaugure una librería en el barrio de Prosperidad de Madrid. Finalmente, el rey Felipe VI aceptó junto al embajador de México, aparentando cierta improvisación, que hubo «abusos» durante la conquista para tratar de salvar una relación considerada «de Estado» para el Gobierno español. En este caso, la cultura, la vida, ya había hecho su parte.

A lo largo de dos décadas me he entregado en cuerpo e hígado a las FIL. Creo que la mitad de mis arrugas actuales vienen de ahí. Durante los años que fui periodista freelance me instalaba en Guadalajara a lo largo de toda la feria aprovechando que la organización pagaba el hotel y que la feria era una generosa fuente de noticias. Todos los días salía a «pescar», y era difícil volverse de vacío con un programa vital que incluía una entrevista con Élmer Mendoza y otra con Horacio Castellanos Moya, una charla política de Simón Peres por la tarde, y un baile casual en La Veracruzana con García Márquez por la noche.

Amigos, mezcal y momentos estelares que siempre irán con uno: la poesía de Juan Gelman, la complicidad de Pérez-Reverte y los Tigres del Norte, la conversación entre el presidente israelí y Felipe González, la elegante sonrisa de Elena Poniatowska, el nivel de Mario Vargas Llosa, el humor de Juan Villoro, la socarronería de Élmer Mendoza, la acidez de Martín Caparrós, el tirón de Gael García Bernal, la lucidez de Horacio Castellanos Moya, la solidez de Leila Guerriero, la brillantez de Juan Gabriel Vásquez o la frescura de

Julieta Venegas. El hotel revuelto y el olor de los libros nuevos en la mesa. En Guadalajara, Peña Nieto también me regaló el patinazo de los tres libros. No se puede pedir más. Hasta que descubrí la FIL, para mí la cultura era un cuadro de Sorolla.

Entre los momentos épicos que nunca olvidaré está la charla que mantuvieron García Márquez, Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis en el auditorio principal. Más que la charla fue el recibimiento, una abrumadora expresión de amor militante de los mexicanos a su cultura. Desde unas horas antes de que comenzara el evento, miles de personas los esperaban fuera del recinto mientras ellos firmaban ejemplares como estrellas de rock antes de acceder al auditorio. Cuando por fin aquellos tres ancianos hicieron aparición en la sala, se desató la locura. Vi a chicos subidos a los altavoces y a las sillas para ver a sus ídolos. Al entrar, la gente aplaudió, gritó y vitoreó moviendo los puños en el aire como si fuera al final de un partido de béisbol. Eran tres ancianos celebrados por adolescentes como no lo consigue ningún youtuber.

Uno se enamora de quien le mete un libro en la cabeza, pero pide matrimonio a quien además dice: «Toma, este te va a gustar». A América Latina fui con libros en la mochila de Cortázar y García Márquez, pero terminé quedándome por Rulfo, Gioconda Belli, Sergio Ramírez, Ernesto Cardenal, Castellanos Moya, Evelio Rosero, Rodolfo Walsh y Bryce Echenique después de que alguien me dijera: «Toma, este te va a gustar». Lo mejor de una corresponsalía es el tiempo que dedicas a la única tarea de conocer un país.

Con Roberto Bolaño descubrí el viejo Distrito Federal. Otro día salté a Carlos Monsiváis, Sergio Pitol o Luis Zapata, y, como todos los amigos son pachecos, otro leí a Carlos Castaneda, y ya nunca pude olvidar que Toni Cano fue el primero que, pocos meses después de llegar yo a México, me habló de los libros de Benítez. Mi amigo Toni es uno de esos maravillosos corresponsales catalanes, en este caso de *El Periódico de Catalunya*, que, como Joaquim Ibarz, de

La Vanguardia, un día aterrizaron en el país, se enamoraron de él y nunca más se fueron. De su mano conocí a Benítez, sobre quien pasamos muchas horas hablando entre mezcales en el mejor momento: cuando uno solo es página en blanco.

Decía antes que es posible saber en qué país estás tan solo recorriendo sus tianguis y mercados callejeros. En Argentina se venden camisetas con la cara de Eva Perón y de Maradona. En Colombia, de Pablo Escobar o el Pibe Valderrama. En El Salvador, de Bukele, monseñor Romero o el Mágico González, y, en el caso de México, dos mujeres aparecen impresas en playeras una y otra vez: Frida Kahlo y la de una anciana María Sabina apretando un cigarrillo Delicados junto a la boca. Se trata de «la mujer del libro blanco» o «la sabia de los hongos», como la llamaba Juan Rulfo, un icono que, en el mundo de los derechos de autor, habría hecho millonarios a sus descendientes.

La primera vez que oí hablar de María Sabina y sus capacidades curativas fue durante una charla en el Chopo de Ciudad de México, pero quedé cautivado por aquella mujer menuda el día en que cayó en mis manos el ejemplar *Los indios de México*, que Toni Cano me había prestado. Página a página, fui buceando por aquel libro en una misteriosa y cautivadora realidad tan desconocida como ajena para mí. Curanderos, chamanes, sobadores, hueseros o rezanderos se ocultaban entre las montañas de Oaxaca, atendiendo males del cuerpo y del espíritu con hierbas y hongos que terminaron siendo la base de muchos de los medicamentos que hoy me recomienda mi terapeuta.

En aquel libro encontré un párrafo que decía así: «Muchos mazatecos suben a buscarla hasta su cabaña solitaria, le consultan sus problemas, tienen fe en sus curaciones, la rodean de consideración y respeto. María Sabina no le da una exagerada importancia a su elevada categoría. En vez de rodearse de misterio, se la ve en la calle cargada de bultos o sentada llena de humildad en un rincón de la iglesia. Su frecuentación y manejo de lo sagrado no le impiden cumplir con los deberes familiares, y de este modo aparecen unidas sus dos existencias. No oficia ninguna ceremonia sin que esté presente uno de sus nietos. El niño se duerme

enroscado, como un cordero, apoyando la cabeza en sus piernas recogidas». Ahí ponía claramente que la chamana tenía un nieto y me fui a buscarlo.

Conté en el capítulo anterior que sobre algunas de las mejores historias que he reporteado jamás publiqué una línea. Y este es uno de esos casos. Una de las mayores satisfacciones del periodista freelance es elegir los temas en los que quieres trabajar sin necesidad de aprobación ni de redactar un *pitch* para el jefe. Dejarte llevar solo por el instinto. Poner a prueba tu olfato, detectar aquellas historias que son interesantes para ser publicadas y que, aun cobrando menos de lo que vale hacerlas, forman parte de la mochila de aprendizajes del oficio. Pienso que somos lo que somos más la mochila que cargamos con nuestras vivencias. Así que poco después viajé a las montañas de Oaxaca.

En un principio pensaba en un reportaje del tipo «en busca de los herederos de María Sabina» o algo por el estilo, aunque no sabía si iba tras sus descendientes reales o los espirituales, que mantienen viva la tradición curandera. Buscaba sin saber qué encontraría. Me excitaba pensar en el origen griego del verbo *buscar*, que viene de *bosquear*, o sea, adentrarse en el bosque. Después de algunos días en la sierra Mazateca, escribí unos párrafos que nunca salieron de la libreta y que vuelco aquí casi literales:

> El hombre termina de servir la torta de milanesa con quesillo y ofrece el postre al periodista: ¿hongos alucinógenos?, ¿ceremonia?, ¿artesanía?, ¿necesitas curandero? Si eres forastero y acabas de llegar a Huautla de Jiménez, solo puedes venir a buscar algo de esto.
>
> En Huautla todo tiene hongos. La parada de taxis se llama María Sabina, el transporte público lleva un hongo pintado en la puerta, la pizzería tiene un hongo dibujado en la pared del que salen porciones con forma de pizza margarita, el Palacio Municipal tiene hongos pintados en la fachada, la radio comunitaria se llama Radio Hongo, la fonda se llama Pequeños que Brotan, y los servilleteros de esa fonda tienen forma de hongo. Hasta la iglesia tiene unos hongos pintados en la fachada.
>
> Llegué aquí buscando lo que queda de la herencia espiritual de María Sabina, más allá de saber si Jimi Hendrix pisó estas calles para comer hongos. Tengo miedo de que me ocurra lo mismo que el día que pasé por el Hotel California, en

el municipio de Todos Santos (Baja California), donde los Eagles, presuntamente, escribieron su famosa canción. Nunca supe si la leyenda era o no cierta, pero el principal reclamo turístico se limitaba a repetir de forma machacona la canción. En el baño, en el vestíbulo, en el bar, en la tienda del local... sonaba una y otra vez la musiquita: «Such a lovely place, Such a lovely face...». Una hora después solo quería prenderle fuego al local.

Son las seis de la tarde y el pequeño changarro de la calle principal huele a aceite quemado y quesillo pegado en la plancha. El olor se pierde entre las laberínticas calles de Huautla de Jiménez, una ciudad mazateca del estado de Oaxaca de treinta mil habitantes rodeada de un intenso verde. Huautla está construida casi de forma artesanal sobre tantos barrancos y desfiladeros que si se mueve un poco, se cae.

Encuentro a su nieto cortando madera en una humilde choza, en las afueras de la ciudad. Filegonio García fue borracho, como tantos en esta sierra, y no le gusta dar entrevistas. No obstante, desde que murió su abuela no ha hecho más que aparecer en revistas, libros y reportajes. A veces lo ha hecho por unas pocas monedas, creyendo que aquello le llevaría primero a la cantina y luego al estrellato.

Antes, los periodistas engrasaban su resistencia con una botella de aguardiente, pero desde que dejó el alcohol, lo logran comprando alguno de los hongos bordados que vende a modo de artesanía. Son las doce de la mañana del día siguiente a mi llegada.

–¿Podemos hablar? –pregunto.

–Sobre los hongos, pues –contesta el nieto.

–¿Y cuánto?

–Ochocientos pesos –responde rápido al ver que el negocio fluye–. Tengo ahora a dos personas en la cabaña de ahí que están bien mal.

–¿Y qué tienen?

–Les echaron magia negra en Catemaco

Me cuenta que vendió la mitad de la casa de María Sabina y que la otra mitad es de un tío que murió. Dice que todo el mundo le robó: sus «familiares, los de la película sobre su abuela, los de los libros y hasta el presidente municipal, que llegó a cobrar regalías por ellos». Filegonio es fruto de una historia común en estas montañas.

En el arrugado tomo de *Los indios de México*, que conservo en la estantería de los libros-tesoro, Fernando Benítez describió así el

pasado de aquella mujer, que manejaba una sabiduría que nadie sabía de dónde venía: «A los catorce años, a María Sabina la pidió en matrimonio Serapio Martínez, un mercader ambulante que viajaba por Tehuacán, Córdoba y Orizaba, cargando ropas y mantas. En uno de esos viajes se lo llevaron a pelear los carrancistas o los zapatistas, no lo sabe bien, y volvió ocho meses después..., trayendo caballo y carabina, porque fue un soldado valiente». Es lo que le contó a Benítez el día que la entrevistó para reconstruir su vida. María le dijo entonces: «Ya deja las armas. Sufro mucho y es necesario que vivas conmigo». Y Serapio desertó. La unión duró seis años; Serapio contrajo la gripe española y, tras diez días de agonía, murió. Después de seis años «viviendo como monja», la pidió un tipo llamado Marcial Calvo, brujo de profesión, con quien tuvo seis hijos. «Marcial, además de brujo, era un mal hombre», escribió el antropólogo.

María Sabina era descendiente de curanderos: su bisabuelo, Pedro Feliciano, su abuelo, Juan Feliciano, y su padre, Santos Feliciano, lo eran. Aunque no llegó a conocer a ninguno de los tres, ella también se hizo curandera. Durante años tuvo que ocultar a Marcial sus habilidades con los hongos para no dejarlo en mal lugar, hasta que, mucho tiempo después, llegó el día en que enfermaron dos ancianos conocidos suyos y María los curó comiendo hongos. Cantando. Invocando a Dios Espíritu Santo, a san Pedro o a san Pablo. Su marido, al descubrir que comía hongos y que era una curandera dotada de poderes superiores a los suyos, se encolerizó y, delante de los viejos, pegó a su mujer hasta hacerla sangrar. Poco después se lio con una mujer casada y apareció muerto.

El científico Robert Gordon Wasson, al que María Sabina llamaba Bason, fue quien dio a conocer a escala internacional a María Sabina al citarla ampliamente en revistas y tratados médicos a partir de 1955, cuando la visitó. Gordon Wasson, con la ayuda de Roger Heim, entonces director del museo de Historia Natural de París, y del científico Albert Hofmann, descubridor del LSD, entre otros. A partir de los conocimientos de María Sabina, Hofmann extrajo de los hongos los principios activos de la psilocibina. Wasson y su esposa, Valentina Pavlovna, están considerados los padres de la ciencia

etnomicológica, y a los doctores Aurelio Cerletti y Jean Delay se atribuye su aplicación en algunos tratamientos de la esquizofrenia y la ansiedad.

A su legado se debe la aparición de variados medicamentos que, cada vez más, se usan en la química enfocada a producir remedios para múltiples enfermedades psiquiátricas, a partir de los componentes de tres variedades de hongos que ella enseñó a la ciencia, los hoy inscritos en el catálogo de alucinógenos, como el *Psilocybe caerulescens*, el *Psilocybe cubensis* y el *Psilocybe mexicana*. O, lo que es lo mismo, el «derrumbe», el hongo que crece en la tierra de los barrancos y en el bagazo de la caña de azúcar, el «san Isidro», que crece en el excremento del toro, y el «pajarito», que brota al cobijo de los maizales.

Hoy, ligera como una cabra entre los riscos, Sofía, de noventa años, llega a casa después de curar a una señora a quien le duele la matriz. Ella no toma el hongo, solo reza y acompaña en su viaje al paciente; y con ella decido presenciar la sesión de curación que dura desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde. Doña Sofía recuerda los tiempos en los que los hongos eran una droga que había que suministrar de forma discreta al enfermo. El altar de doña Sofía es un popurrí de imágenes, plantas, piedras de incienso, imágenes de Cristo, de san Francisco de Asís, de san Jorge en su caballo, flores de plástico.

Aunque en Huautla es algo tan común como los cafetales, la cura con hongos no siempre fue comprendida fuera de estas montañas. Hace treinta años, ella y su familia corrían a esconderse cuando los camiones con soldados llegaban al pueblo y hacían redadas entre los curanderos más conocidos. Dicen en Huautla que todo cambió cuando José López Portillo fue al lugar y probó los «pequeños que brotan».

Está también José Luis García, que tiene sesenta y seis años. Él, en cambio, sí consume hongos durante las ceremonias con sus pacientes, que llegan durante todo el año desde Japón, Italia o D.F. Principalmente van por problemas relacionados con la salud o con la envidia, que, dice, son la mayoría de las enfermedades. Su casa es una modesta construcción de barro y lámina; en ella hay un gran

altar central con dos calendarios, uno en el que pone «Zapata vive» y otro de chicas desnudas. Él trabaja con hongos y huevos. Por la mancha que deja la clara en el vaso se distingue con facilidad si el paciente tiene espanto o maldad. También mata un gallo, al que saca la sangre que luego mezcla con cacao y se bebe. También añade una pluma roja de gallo y llama a este mejunje «clavado de los dioses».

A lo largo de estos años haciendo periodismo en la región, pocas veces me ha tocado cubrir espectáculos, algo que agradezco, pues es una de las industrias más desagradables que existen.

Una vez me enviaron a entrevistar a Shakira, que viajaba a México desde su Colombia natal durante la promoción de su último disco y el comienzo de su gira mundial.

Uno llega a entrevistas así como parte de una lista de veinte periodistas. Diez entrevistas por la mañana y diez por la tarde, con un cuarto de hora para cada uno donde los periodistas más que preguntar disparan a la *celebrity* con el cronómetro en la mano.

Como era poco ducho en esa dinámica, y ya le habían preguntado todo lo posible sobre su nuevo disco, aproveché para hablarle de Venezuela y Hugo Chávez. Venezuela y Colombia estaban a punto de declararse la guerra, y varios cantantes se habían movilizado para organizar un concierto por la reconciliación y la calma; quería conocer su opinión al respecto.

Recuerdo que nada más terminar la pregunta se hizo un silencio incómodo, y Shakira debió de pensar: «¿Cómo ha logrado colarse este anormal?». Me miró, miró después a su asistente, y este a su vez miró a la encargada de la discográfica, a la que le bailaban los párpados. Apenas había terminado de hablar cuando dos pulgares me tomaron por los sobacos y, en cuestión de minutos, estaba en la puta calle.

Visto el fracaso, Javier Lafuente, subdirector de *El País América*, insistió tiempo después en el error y me pidió una entrevista a la

cantante Björk, que, por supuesto, nunca me concedieron, porque esta gente intercambia listas de periodistas «raros», como los bancos comparten las listas de morosos.

Pero en pocos sitios como en América Latina la cultura es la calle y se come hasta al artista más internacional. Así redacté el inicio de aquella entrevista frustrada, titulada, como conté más arriba, «Björk es mágica, pero México más»:

> Björk y el señor Raúl miden casi lo mismo. Ella, metro sesenta y tres, y el señor Raúl, ocho centímetros menos. Ella tiene cincuenta y tres años y nació en Reikiavik, la capital de Islandia, y él, sesenta y cuatro y nació en Mérida, Yucatán. La primera ha dejado boquiabierta a la crítica tras sus primeros conciertos en la capital mexicana, donde vivirá quince días, y el segundo le hace el jugo de naranja todas las mañanas.
>
> Ambos viven estos días a pocos metros de distancia. Desde hace veinticinco años, todos los días, él coloca su mesa de cartón, varios sacos de naranjas y el exprimidor a unos pasos de la residencia que la cantante ocupa de forma provisional hasta final de mes. Se trata de una elegante y discreta casa colonial de dos plantas, cinco habitaciones y un patio interior, que cuesta cuatrocientos dólares la noche. Björk es una de las artistas más reconocidas del mundo por su música experimental y futurista, y en el negocio del señor Raúl lo más tecnológico es la sombrilla. La primera es una artista única..., pero México más.
>
> –¿Y cómo dice que se llama?
>
> –Björk.
>
> –¿Víctor?
>
> El señor Raúl tiene formación en electricidad y plomería, pero se dedica a exprimir todas las mañanas decenas de naranjas en la esquina de las calles Jalapa y Chiapas de la colonia Roma. Björk Guðmundsdóttir es hija de Hildur, una reconocida ecologista islandesa, y de Guðmundur, un electricista que se fue de casa cuando ella tenía dos años. De esa manera, con la seguridad de quien comparte un pasado común, el señor Raúl prosigue: «Eran las cinco y media de la mañana y llegó una camioneta y dos coches elegantes con cristales oscuros. De ahí bajaron unos diez hombres de saco [traje] que entraron a la casa rodeando a varias mujeres. Era una bajita, una güera, y otras dos, negras enormes, que iban detrás», recuerda. Según su investigación, eran un grupo de diputados «que venían de reventón a cogerse a unas chicas y a una china que es famosa».

Chavela Vargas me enseñó su casa, que era como ella. Nada de chalet, maderas finas o mármoles. Todo se reducía a cuarenta metros cuadrados de vivienda austera salpicada de pequeños recuerdos: una medalla aquí, una foto allá, una máscara prehispánica colgada al fondo. En la única habitación de la casa había una cama sobre la que colgaban varias fotos de Chavela con Pedro Almodóvar y Rafael Amargo, entre otros, y una de Federico García Lorca. En la estantería, un puñado de libros, una foto de la Virgen de Guadalupe, «por mujer y por mexicana», y, arrumbado entre otros recuerdos, un premio Grammy.

Pasamos de un tema a otro. Me hablaba de los hijos que no había tenido, de sus padres y de su país de nacimiento. Todavía me entra la risa cuando recuerdo su lado más punk al hablar de Costa Rica: «Son unos incultos, no tienen ejército y le declararon la guerra a Irak, ¿qué te parece?», vacilaba.

Avanzaban la tarde y la conversación, y la muerte seguía sentada junto a nosotros. No era una muerte negra y con guadaña esperando agazapada un desliz para llevársela, no. Era algo más sutil que coqueteaba con la grabadora, bebía agua de frutas y le susurraba frases al oído que solo «la Vargas» oía, pero que la hacían reír entre respuesta y respuesta. Así que terminé preguntándoselo:

P. ¿Se lleva bien con la muerte?

R. No tengo ningún pleito con ella. Ella y yo andamos parejitas.

P. ¿Cómo es la muerte?

R. Es muy hermosa. Todos hablamos mal de la muerte porque no la hemos vivido. Yo hablo con la vida y hablo con la muerte, y las dos me parecen muy interesantes.

P. ¿Y qué le dice?

R. Es encantadora. Me dice: «Chavela, ¡qué!, ¿cuándo nos vamos?», y le digo: «Espérame tantito». A ratos una voz me dice: «Quédate tranquila, ya lo diste todo y es la hora de partir». Pero yo no me asusto. Ya le dije a la muerte que no le tengo miedo, que lo sepa, no le tengo miedo. Luego la vida me dice: «No te dejes mal aconsejar», y yo le digo que no se preocupe, que a mí nadie me malaconseja. Y le digo a la vida y a la muerte que cuando llegue la hora de irse, las dos van a ir a mi sepelio.

Y se partía de la risa contándomelo.

Aquella conversación fue tan intensa que siempre tuve la sensación de que, en cualquier momento, Chavela Vargas dejaría de hablar, se pondría de pie y se apagarían las luces. Delante de nosotros desaparecerían los cerros, y la anciana que acariciaba a la perra se levantaría para abrir los brazos en cruz y desplegar un inmenso jorongo rojo, cantando «Macorina». Entonces, con ella inmóvil, el cañón de luz se quedaría iluminando el mejor Cristo que se haya visto nunca sobre un escenario, y la muerte, subida con ella, rodearía su cuello, acariciaría sus manos y volvería después con sutileza al patio de butacas. Así me lo imaginaba y así publiqué una entrevista en un periódico nacional en la que siempre creí que hablaba una persona y contestaban dos.

Entre broma y broma, la cantante-chamana me despidió a su manera: «¿Sabes?, estoy pensando que me voy a morir en domingo para joderle el día a todos, porque ese día todo el mundo está haciendo el vago», me dijo entre risas. Y así fue: el domingo 5 de agosto de 2012, María Isabel Anita Carmen de Jesús Vargas Lizano, Chavela Vargas, falleció exactamente cuando le dio la gana. Ni un minuto antes ni un minuto después.

AGRADECIMIENTOS

Llegué con una mochila de colegio a Barajas. Sé que era miércoles porque mi padre pidió permiso en el trabajo para llevarme al aeropuerto. En principio, me iba para hacer un reportaje que supuestamente tenía apalabrado y regresaría pocas semanas después, una vez que caducara mi visado de turista.

No se lo debió creer porque vino a despedirme y se agarró un cabreo importante al ver mi ridículo equipaje. Un año después bautizamos a Sahid, mi ahijado, en Oaxaca. El año pasado terminó la universidad en el Politécnico de Ciudad de México. Aquel viaje para hacer un reportaje acabó durando más de veinte años. Aunque nunca publiqué ni una palabra, la crónica sigue escribiéndose.

Un periodista es lo que es gracias a su mayor o menor talento y a la mochila con la que viaja. En ella van los amigos, los funerales, las conversaciones, las ansiedades, las risas, el colegio y las cervezas estúpidas con desconocidos que un día cobran sentido. Como adivinar que la Feria del Tejate y del Tamal de San Andrés Huayápam terminaría ocupando un lugar especial en esa mochila.

Agradezco a mi familia por estar siempre ahí y preparar con amor la pista de despegue. Al jurado del premio, porque Leila, Juan y Martín son todo lo que uno quiere ser. Doy las gracias a Marcela por enseñarme a mirar de otra manera; a Pablo, por su contagiosa obsesión y a David, por buscar el caviar en un texto. A Óscar, por mostrarme que amor y rabia son un motor poderoso. A Carlos, por enseñarme la dignidad del oficio y a Chele, la brillantez del reporteo. A Quim le agradezco hacerme sentir periodista cuando más despistado estaba; a Tony, por ser el mejor abrazo, y a Elena, por su luminosa irrupción. A Polanco, a Marjo, por ser la compañera más lista, y a Dani, por emocionarme con este oficio sin descuidar la risa.

A José María García, a Antonio Herrero, a Pedro J. Ramírez y a Jan, porque fue como ponerle cara al periodismo. Y a Jon, Alma, Marjorie, Goldman y Córdoba. por ponerle cara al periodismo que me entusiasma. A Luis, por confiar y al equipo de Anagrama –Silvia, Ferran, Mari Paz, Pol y Belén–, por llevar este libro a un lugar mejor.

A Nuria y a César, por poner la red; a Begoña, por el camino juntos, y a Izara, por su valentía temeraria. Al Pla, a Páramo, a Oaxaca, al Covadonga, al Leyendas, al Maní, al Kentucky y al Dandy del Sur, por los buenos ratos. Agradezco a quien me enseñó a bailar, me mostró una playa o me dijo: «Este libro te va a gustar». A Boqui, por tragarse mis inseguridades y a los carnales porque son mi cable a tierra. A Burroughs, a Kerouac, a Fuentes, a Dalton, a Cardenal, a Rulfo, a Bolaño, a Benítez, a Monsiváis, a Montemayor, a Élmer Mendoza, a Toledo y a Rojo. Al tamal con las Patronas y a la fabada en casa de los Taibo.

Pero a quienes más agradecido estoy es a las decenas de colegas locales que me dieron cátedras de periodismo sin percatarse. Reporteros que sufren para pagar el alquiler, que dejaron su casa de un día para otro o viven amenazados persiguiendo noticias con la única intención de construir democracia y hacer un país, su país, mejor. Por supuesto, pagan un alto precio: ninguno tiene una vida personal de la que presumir en Navidad ni nadie que no oculte a su familia algunos de los temas sobre los que reportea. Agradezco con toda mi fuerza el compromiso sacerdotal de quienes me rodearon, la tierra que me acogió y esta profesión que me permitió hacerlo.

Para muchos, la patria es la tierra donde nacieron; para otros, es el lugar donde pagan los impuestos; y para mí, desde el terremoto de 2017, el sitio donde uno duerme a la intemperie con sus vecinos.

Durante mucho tiempo, cada año que lograba vivir como periodista freelance, pagar las facturas y recibir nuevos encargos era una victoria. Ahora, que ese camino dura ya treinta años, soy más viejo, me he hecho más cínico y he perdido sensibilidad para detectar los dolores «primermundistas». Y me preocupa. Para un periodista es como trabajar sin una mano. Pero lo sigo intentando. Trato de curar la sobredosis.

1. Sin embargo, el ridículo, y la capacidad de la clase política para exhibirlo, no es patrimonio exclusivo de Peña Nieto, sino un bien compartido.

Poco antes de que *Años luz* obtuviera el Premio, la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, tuvo que regresar de forma anticipada de un viaje oficial a México. Lo que iban a ser diez días de visita se quedó en seis, debido a la polémica que provocaron sus intervenciones. Habló de «narcoestado», paseó de la mano de controvertidos empresarios vinculados a la ultraderecha y se refirió al Madrid actual «como esa ciudad que hoy tiene a muchas Malinches en el metro, en las calles, en los colegios». Pero quizá lo más irritante fue la utilización en varias ocasiones de un «nosotros» que me incluye en el bochorno.

Ahora que cubro la actualidad española, nunca había visto tanto despropósito en un viaje oficial. Creo que, sin ser consciente, Ayuso dejó ver sus carencias y que sus hipotéticas aspiraciones presidenciales encallan fuera del marco madrileño. Hacer campaña en España enemistándose con una parte importante de Latinoamérica no parece la mejor estrategia.

En paralelo a la ridícula «pausa» impuesta por López Obrador, nunca el contacto entre ambos países ha sido tan intenso y rara vez estas polémicas llegan a la conversación cotidiana.

Ilustración: izquierda: fotografía del terremoto de Haití en 2010, © Cristóbal
Manuel / centro: caravana de migrantes en México, © Héctor Guerrero, 2018
/ derecha: niña con cometa, © Andrea Murcia.

Primera edición: septiembre 2026

Diseño de la colección: Compañía (lookatcia.com)
© Jacobo García, 2026
www.indentagency.com

© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433951465

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es